



*Anverso:*

*Mapa incluido en la edición realizada por Marcos Burriel de la obra de Miguel Venegas, Noticia de la California... "Las viñetas en los márgenes muestran lo que se pensaba de la fauna californiana y de las formas de vida de sus habitantes, incluyendo sus actuaciones violentas cuando, en 1734, dieron muerte a dos jesuitas, los padres Lorenzo Carranco y Nicolás Tamaral". (Mapa y cita tomados de León-Portilla, Miguel, Cartografía y crónicas de la Antigua California, Universidad Nacional Autónoma de México, Fundación de Investigaciones Sociales A. C., México, 1989, p. 146).*

# La California jesuita

(Salvatierra, Venegas, Del Barco, Baegert)

Selección, introducción y notas  
de Leonardo Varela Cabral

GOBIERNO DEL ESTADO DE BAJA CALIFORNIA SUR  
SECRETARÍA DE CULTURA  
INSTITUTO SUDCALIFORNIANO DE CULTURA  
ARCHIVO HISTÓRICO PABLO L. MARTÍNEZ

GOBIERNO DEL ESTADO DE BAJA CALIFORNIA SUR

LIC. CARLOS MENDOZA DAVIS  
*Gobernador del Estado de Baja California Sur*

LIC. RAFAEL TOVAR Y DE TERESA  
*Secretario de Cultura*

PROFR. HÉCTOR JIMÉNEZ MÁRQUEZ  
*Secretario de Educación de Baja California Sur*

DIP. PROFRA. DIANA VON BORSTEL LUNA  
*Presidenta de la Comisión de Educación del Congreso del Estado de Baja California Sur*

LIC. CHRISTOPHER ALEXTER AMADOR CERVANTES  
*Director General del Instituto Sudcaliforniano de Cultura*

JOSÉ GUADALUPE OJEDA AGUILAR  
*Subdirector del Instituto Sudcaliforniano de Cultura*

M.C. ELIZABETH ACOSTA MENDÍA  
*Directora del Archivo Histórico Pablo L. Martínez*

LIC. LUIS ALBERTO ROCHÍN BÚRQUEZ  
*Coordinador de Difusión del Archivo Histórico Pablo L. Martínez*

Primera edición 2016

D.R. © 2016 INSTITUTO SUDCALIFORNIANO DE CULTURA

Archivo Histórico Pablo L. Martínez  
Altamirano e/Navarro y Legaspy, Zona Centro,  
C.P. 23000, La Paz, Baja California Sur

ISBN: 978-607-8478-15-6

Ninguna parte de este libro puede ser reproducida, almacenada en un sistema de recuperación, o transmitida en ninguna forma electrónica, mecánica, fotocopiada, magnetofónica, u otra, sin permiso escrito del Archivo Histórico Pablo L. Martínez y el autor.

Impreso y hecho en México

*El corazón de las misiones californianas es su dimensión invisible. Es el lado espiritual de la historia: la suma de inspiraciones y motivaciones de tal empresa.*

Miguel León-Portilla,  
*Baja California: geografía de la esperanza.*

*O wonder!  
How many goodly creatures are there here!  
How beauteous mankind is! O brave new world  
That has such people in't!*

William Shakespeare,  
*The Tempest* (Act V, scene 1).



# Introducción

## California y su épica

Cuando uno arriba por primera vez a estos parajes siente algo parecido a lo que deben haber experimentado todos los que nos antecedieron; no sólo conquistadores como Cortés y sus soldados, ni los evangelizadores jesuitas, franciscanos o dominicos encabezados por Salvatierra; ni esos múltiples cronistas que en fecha más reciente se han aproximado a California, como –por sólo citar dos nombres– Fernando Jordán y Harry Crosby; sino también lo que vivieron sus primigenios habitantes, llegados desde un remoto sur o un gélido norte (o quizá de ambos rumbos, en múltiples oleadas, en flujos y reflujos): frente al estupor, la necesidad de entender una realidad distante y distinta, el enfrentamiento con un mundo nuevo que existió mucho antes –y ya era “novedoso”– milenios atrás de aquel día cuando los europeos acuñaron, refiriéndose a América, la expresión “Nuevo Mundo”, o Shakespeare afirmara, partiendo de las mismas referencias, en algún verso de *La Tempestad*: ¡Oh, maravilla! ¡Oh valiente mundo nuevo!

California ha sido desde que se le conoce un mundo nuevo continuamente descubierto, reiteradamente descrito, distinto a otras regiones del orbe y a la vez con puntos en común que la enlazan a muchas de ellas (los grandes espacios, el océano, los calores y las sierras), sin que ninguno de sus rasgos particulares permita que la suma de todos la haga suficientemente parecida a cualquier otro lugar del planeta. Curiosa y tal

vez afortunadamente, la novedad de California se mantiene intacta hasta hoy, a pesar de los siglos y el pasar de la historia, sin que nos cansemos de “descubrirla” ni describirla. No obstante, todo aquel que llega o regresa a sus territorios desea siempre saber algo más acerca de su historia, aproximarse aunque sea tentativa y provisionalmente a una narración inteligible de los hechos que han ido dando forma a tan peculiar escenario, donde se desarrollan no menos peculiares formas de vida y se cultivan especiales paisajes, ambientes, sensibilidades.

Cuando, hace ya un cuarto de siglo, llegué a California, me enfrenté con preguntas seguramente muy parecidas a las que se formularon todos los que habían arribado antes que yo: ¿Quiénes eran y cómo vivían sus pobladores más antiguos? ¿Cómo se fueron adaptando para habitarla distintos grupos humanos y de qué manera se desplazaron a través de los años a lo largo de su tierra? ¿De qué manera se conformó esta realidad cultural diversa, compleja y al mismo tiempo aparente y pasmosamente sencilla? Durante todo este tiempo he buscado respuestas –nunca suficientes, pero siempre alumbradoras– ante esas viejas inquietudes, y especialmente he descubierto que cada pregunta remite a nuevos e insospechados cuestionamientos que quizás nadie, nunca, responderá: ¿Qué significan las pinturas rupestres de la Sierra Central de la Baja California? ¿Cuáles fueron las vivencias inexpressadas o inexpressables que alimentaron la memoria escrita por los evangelizadores? ¿Además del clima y algunas otras obviedades, existe un motivo profundo y quizás misterioso para el fracaso de Cortés y subsiguientes colonizadores desde la época de la Conquista hasta nuestros días? Y sobre todo, la inevitable gran pregunta: ¿Por qué California nos fascina y repele, abraza, hiere, ama y hostiga con tanta asiduidad? Es decir: ¿Qué de ella ha obsesionado y obsesiona a casi todos quienes en ella se (re)conocen?

He leído, más con ojos de literato que de historiador, múltiples textos, y me he enfrentado con la necesidad de compartir estas lecturas o al menos algunas de ellas con un lector imaginario: mi lector ideal no es un especialista sino un apasionado de la California, como lo fue (antes que especialistas), el propio Jordán; como lo es Crosby y como fue Ignacio del Río. Intento visualizar ese libro que buscaría el visitante interesado en avivar ciertas imágenes de nuestra historia, acercarse a un grado razonable

de comprensión de lo aparentemente incomprendible, pero especialmente encender la flama de viejas experiencias que iluminan (e iluminaron) el deseo de formar parte del pasado, presente y futuro de la península, donde se funden y se fundan hechos reales (la expoliación, el desarraigo, las migraciones) con otros, múltiples, que son un tanto irreales (sagas magníficas, heroicas, míticas, místicas, nostálgicas y religiosas.) No soy ingenuo ni soberbio. Sé que ya existen estos libros y que varios de ellos resultan genuinamente imprescindibles (elijo *El otro México*, de Fernando Jordán y *A la diestra mano de las Indias*, de Ignacio del Río, entre muchos), pero razono que resulta difícil para un lego, a mi propia imagen y semejanza, hacerse de todos y cada uno de estos textos, así que acudo en busca de cuatro y sólo cuatro voces fundacionales, que como puntos cardinales figuran en este libro, fincando un discurso del asombro con el cual me identifico porque invita a polemizar: son las palabras de los misioneros jesuitas que acudieron a la evangelización de los indígenas en la península californiana durante el siglo XVIII, en una época que habrá de nombrar “tardía” de la Conquista, si lo vemos desde la perspectiva de otras regiones de la Nueva España.

La “europeización” de la California inicia en el siglo XVI, con la llegada del infortunado piloto Fortún Jiménez de Bertandoña y luego el célebre conquistador Hernán Cortés al ahora puerto de La Paz. Ninguno de estos dos desembarcos iniciales arraigaría. No será realmente sino hasta la llegada de los jesuitas, por la zona meridional de Loreto y como producto de una iniciativa compartida e impulsada conjuntamente por los reverendos Juan María de Salvatierra y Eusebio Francisco Kino, que se empezarán a fundar asentamientos permanentes y provocarse una verdadera transformación cultural. Sólo a partir de estos hechos, acaecidos a fines del siglo XVII o principios del XVIII, la presencia europea en California dejó de ser una anécdota para traducirse en hondas e irreversibles transformaciones. Ciertamente es que al igual que muchas otras metamorfosis históricas, la de esta zona del planeta está teñida de sangre. La desaparición –que no es lo mismo que exterminio– de la población indígena fue un efecto ocasionado durante esta evangelización. Aun así, resulta imposible no aquilatar el legado histórico de los misioneros, que por muchos motivos, incluyendo precisamente quizás estas heridas abiertas, aún latentes, irriga y alimenta nuestra vida

cotidiana: todos esos lenguajes, memorias, manifestaciones del arte y la cultura, estructuras profundas del hacer, el quehacer y el pensamiento que nos (y los) ligan a esta tierra.

Cierto es que este libro se circunscribe sólo a una etapa de nuestra historia, mas me parece que esta época es ciertamente crucial para entender nuestro pasado, presente y tal vez el futuro. Por otro lado, como todas las grandes épicas, esta etapa resulta al mismo tiempo fascinante y terrible, pues está hecha de heroísmo y miserias, grandes logros y hondos abismos; teñida de aventuras y resumida al mismo tiempo en pequeños gestos cotidianos que niegan o hasta ponen en duda el sentido mismo —si lo tuviere— de la historia.

Además, el presente libro se circunscribe a sólo un periodo (el más intenso, sin duda) de los contactos humanos entre europeos y nativos, el cual es relatado por apenas cuatro voces. Pero en este cuádrivio se cifra un extenso mundo y lenguajes nuevos, donde están inscritos muchos otros discursos: primero, el de los nativos, quienes no pudieron legarnos más testimonio que algunos grandes enigmas y las distorsionadas descripciones que de ellos hacen sus evangelizadores; segundo, el de los propios misioneros, que experimentan deslumbramientos, el choque de sus convicciones y dogmas con una realidad imprevista, el impulso de conocer y penetrar en lo desconocido, al mismo tiempo que una profunda incapacidad para comprender una realidad alterna, revelándonos la esencia contradictoria de su empresa: la expansión de un modelo utópico de sociedad concebida a la relativamente “moderna” luz de la Contrarreforma, y el designio de realizarlo por medios que mucho tienen de medievales.<sup>1</sup>

En tercer lugar, están las voces de quienes hemos atestiguado los vestigios aún existentes de esa época (las misiones, pero también sus paisajes, los oasis, los objetos rituales, las formas de ser y sentir dispersas a lo largo de una estrecha franja de tierra casi insular). Digo esto porque los actuales habitantes urbanos de California somos herederos de esta épica

---

1 “Hay en el pensamiento de aquellos misioneros, particularmente en el de los que actuaron en los tiempos iniciales del periodo misional, un fuerte acento providencialista, a la par que un candoroso optimismo en cuanto a lo que cabría esperar de su obra de evangelización”, dirá Ignacio del Río en *Conquista y aculturación en la California jesuitica (1697-1768)*, UNAM, 1984, p. 71.

y esa época, sin quererlo; pero más que nosotros, en ella viven insertos todavía los rancheros cada vez menos numerosos y más aculturados de la Antigua California. Son ellos quienes realmente mantienen viva, aunque parezca milagroso, una cultura tricentenaria traída por los evangelizadores, a quienes sus antepasados sirvieron y con quienes colaboraron en tal empresa, dejando huellas que han quedado inscritas en cada piedra del llamado Camino de las Misiones; a su vez puesto sobre las rutas ancestrales de mil trayectos recorridos por innumerables generaciones de nómadas acostumbrados a descubrir y renombrar, habitar y despoblar infinidad de ritos y sitios: signos y designios que el tiempo ha preservado, pues la memoria los testifica como lugares de encuentro y desencuentro.

Es muy posible que seleccionar y comentar algunos de los pasajes memorables de la crónica jesuítica contribuya a desempolvar estos caminos y despertar en los lectores el interés por adentrarse en los misterios de California. En todo caso, cualquier aproximación al conocimiento de los procesos históricos que han dado forma a la sociedad actual del noroeste de México no puede dejar de lado el papel central que jugaron estos misioneros como actores y testigos de su época, en la cual un viejo orden se derrumba para dar vida al nuevo, y del Barroco al Neoclásico, de la Contrarreforma a la Modernidad, se edificaron los cimientos de nuestro mundo contemporáneo.

## **Los jesuitas en su época**

La llegada de los misioneros jesuitas a la California fue resultado de un proceso largo y difícil, que refleja las circunstancias de su tiempo, así como la filosofía y el pensamiento de esta singular orden religiosa. La Compañía de Jesús, fundada en 1529 por un pequeño grupo de sacerdotes encabezados por el clérigo y militar vasco Ignacio de Loyola, buscó proporcionar una vía expedita hacia “la perfección evangélica”, que implicaba entre otros aspectos formar un verdadero ejército de aguerridos soldados de la cristiandad. Ligada al papa por un “vínculo especial de amor y servicio”, se convirtió rápidamente en un caldero de intelectuales

católicos de todo el mundo, cuya incesante ebullición logró cimentar un magisterio fundamentado en la ciencia, el arte, la política y la fe.<sup>2</sup>

Los jesuitas profesan los tres votos normativos de la vida sacerdotal: obediencia, pobreza y castidad, además del cuarto voto, de obediencia al papa. La *Fórmula del Instituto*, confirmada en 1550, dice: «Militar para Dios bajo la bandera de la cruz y servir sólo al Señor y a la Iglesia, su Esposa, bajo el Romano Pontífice, Vicario de Cristo en la tierra». Pero no ha sido sólo al Señor y a su “esposa”, la Iglesia, a quien han servido los jesuitas, sino también a su propio proyecto: el ambicioso propósito de propagar una militancia al mismo tiempo abarcadora e intransigente. Abarcadora, porque se propuso, y en buena medida logró, llevar la fe católica hasta los confines más remotos del mundo y combatir con las armas de esta fe otros impulsos transformadores que no se apegaban a la doctrina de la Iglesia. No obstante, ha alojado en su seno a pensadores muy polémicos (por ejemplo a Pierre Teilhard de Chardin, quien en el siglo XIX intentó conciliar el catolicismo con la teoría de la evolución, o a los engendrados, en el siglo XX, de la Teología de la Liberación). Intransigente, también, porque propone un riguroso camino de “perfeccionamiento” que implica una amplia educación en muy diversas áreas del saber, tanto intelectuales como científicas y hasta tecnológicas, así como los famosos “ejercicios espirituales de San Ignacio”, definidos por su propio autor de la siguiente manera:

Por este nombre se entiende todo modo de examinar la conciencia, de meditar, de razonar, de contemplar; todo modo de preparar y disponer el alma, para quitar todas las afecciones desordenadas (apegos, egoísmos...) con el fin de buscar y hallar la voluntad divina.<sup>3</sup>

---

2 “...el 27 de septiembre de 1540 (...) en el Palacio de San Marcos, el Papa Paulo III firma la bula *Regimini Militantis Ecclesiae*. Se formalizaba así el nacimiento de la Compañía de Jesús, quizá la más importante de las órdenes religiosas, cuya acción fue significativa para contener el avance de la Reforma en Europa. Invaluable fue también su aporte a la expansión y consolidación del cristianismo en América...” Lucero, Manuel, *Loreto y los jesuitas. Los soldados de Loyola en la Antigua California, 1697-1768*, Gobierno del estado de BCS-CONACULTA, La Paz, 2012, p. 15.

3 Loyola, Ignacio de, *Obras. Edición manual*, transcripción, edición y notas de Ignacio Iparaguirre, Biblioteca de Autores Cristianos, Madrid, 1977.

Dicho afán de perfeccionamiento espiritual es una suerte de “entrenamiento” muy riguroso, francamente ascético,<sup>4</sup> heredero sin duda de las grandes exigencias autoimpuestas por los cristianos antiguos; aquellos que en los primeros siglos después de Cristo solían retirarse de la “vida mundana” para habitar los desiertos del Asia Central, donde llegaron a fundar ciudades enteras dedicadas a la meditación, la contemplación y el misticismo. Si hubiera una palabra que pudiera definir a la Compañía de Jesús, ésta sería quizás su predisposición hacia el “enfrentamiento”, pero vale la pena aclarar que el más intenso choque que propicia un jesuita ocurre dentro de sí mismo, con su propia conciencia, a la cual obliga a transformarse para perfeccionarse, lejos de la comodidad de cualquier dogma fácilmente asumido y cerca de un autoanálisis que implica la confrontación con la condición humana, pues despojarse de “apegos y egoísmos” significaba no sólo luchar contra el ego, sino también repudiar el espíritu mundano de su época. Esto es precisamente lo que distingue a los jesuitas: la determinación de rebelarse contra el racionalismo y la relajación de la disciplina eclesíástica mediante el uso razonado pero fulminante de la inteligencia y distintos saberes tanto teóricos como prácticos, bajo una guía espiritual. En suma, reformar a la Iglesia, desde una visión relativamente ortodoxa, pero al mismo tiempo audaz, para luchar contra la otra, indeseable Reforma.

No resulta casual que bajo el doble signo de la expansión y la intransigencia los jesuitas (así llamados, en principio, con un dejo peyorativo que era sinónimo de “astutos y embaucadores”) hayan logrado constituirse como una orden preponderante dentro del catolicismo, con gran presencia a nivel mundial, ni que concitaran tan numerosos como imbatibles adversarios. El primero de ellos fue el pensamiento reformista y luego

---

4 “Se habla de los *Ejercicios* de San Ignacio, con razón, como un método para educar la mente. Y en efecto, más allá de su contexto y de su contenido, que son los tradicionales de la revelación bíblica, los *Ejercicios* enseñan una disciplina metódica del pensar y del vivir; en otras palabras, ofrecen una formación para el raciocinio de la persona, que es premisa y expresión de un orden vital.” María, Carlo, cardenal Martini, “Los ejercicios y la educación estética”, en “Arte y espiritualidad jesuitas I, Principio y fundamento”, *Artes de México*, No. 70, junio de 2004, México.

el pensamiento ilustrado, ambos su “bestia negra”, a la que determinadamente combatieron. Después, su mayor enemigo serían las potencias políticas y económicas de la época, que vieron crecer a la orden y temieron la expansión de sus dominios en un entorno de gran lucha por el poder.

No obstante, la principal aportación histórica de la orden jesuita no es militar ni política, sino de carácter eminentemente cultural: su ideario de transformación personal para acercarse a la palabra de Dios se tradujo en una necesidad de traducir al lenguaje de otras culturas la europea de su época, e inevitablemente condujo a la transformación de la cultura occidental por medio del diálogo con culturas ajenas, tan distintas y alejadas como la china, la japonesa o las americanas. Los jesuitas condujeron con inteligencia, talento y gran sentido humanista la expansión europea durante el periodo de la Contrarreforma y acogieron un estilo artístico, el barroco, que permitió la transformación del mundo mediante la suma de todas las artes y ciencias en torno a una nueva manera de transmitir y traducir las experiencias religiosas.

Fueron hombres sensibles y formados, didactas y autodidactas, enormes científicos e inigualables aventureros. Educados en la auto-observación, se obligaron a observar y escuchar a esos pueblos remotos que intentaban evangelizar y lograron hazañas tan increíbles como cuestionar racional y pacíficamente la cosmovisión de los más grandes imperios orientales o introducir los últimos avances de la ingeniería, hidráulica, arquitectura, astronomía y agricultura entre los pueblos nómadas y seminómadas de América. Fundaron no una, sino varias versiones de su utopía. La más famosa y vistosa de ellas fue quizás la de las “reducciones” del Paraguay, en donde, sustraídos literalmente a cualquier otra autoridad, propiciaron con éxito formas de organización productiva impensables para los indígenas de la época. En California, la posibilidad de erigir una sociedad sedentaria y católica también gozó de los beneficios derivados del aislamiento geográfico y el relativo desinterés o al menos las limitaciones (acaso iniciales) de otras órdenes religiosas y actores políticos de su tiempo frente al reto inmenso de colonizar estas tierras. El éxito aquí no sería nunca alcanzado, y un indicador indiscutible de su fracaso californiano estriba en la dramática reducción poblacional de los indígenas, que a su llegada, en 1697,

sumaban unos cuarenta mil, y que para 1767 (el año de su expulsión) no rebasaban los siete mil.<sup>5</sup>

Como queda claro a la luz de los hechos, no se les puede abstraer de la intención ideológica a la cual esencialmente obedecieron, ni deslindar del proyecto imperialista al cual sirvieron. Si bien, en su afán evangelizador, tensaron los límites de la tolerancia eclesiástica respecto a las posibilidades de acceder a la comprensión de sus interlocutores no cristianos, terminaron inevitablemente por ser incapaces de llevar este humanismo hasta sus últimas consecuencias: la liberación de los pueblos que conquistaban. Por el contrario, voluntaria o involuntariamente –muy dentro del espíritu de su época– se constituyeron en vehículos de una dominación cultural violentamente rechazada entre las grandes civilizaciones orientales y castróficamente implantada en los muy vulnerables enclaves americanos. Ligados a las élites intelectuales y políticas, reprodujeron un sistema de desigualdades que fue y sigue siendo sujeto de encendidas polémicas.

En China, por ejemplo, llegaron al extremo de adoptar principios del confucianismo, mientras que en Paraguay no dudaron cuando tuvieron que defender a los indígenas frente a la explotación esclavista del régimen colonial, y en California se atrevieron a coquetear con un concepto “bárbaro” de beatitud, como lo enuncia Baegert en su obra, derivado del contacto y aceptación de la naturaleza como manifestación del orden divino. Por estas y otras herejías, así como debido a su creciente influjo y poder político, serían expulsados de la Nueva España entre 1767 y 1768, obedeciendo una orden suscrita por el monarca español Carlos III.

Su llegada a lo que hoy es México se remite a 1572, de tal manera que su presencia dentro del entorno virreinal se prolonga durante casi dos siglos, y aunque después fueron sustituidos por franciscanos y dominicos para continuar su tarea misionera, la marca que dejaron dentro de la historia, la literatura, la lingüística y prácticamente en todas las ciencias y artes es imborrable.

---

5 “¿Podría atribuirse a la imposición de nuevas formas de vida una significativa función en el proceso de extinción del indio peninsular? Creemos que sí, aunque la misma naturaleza de la situación desencadenada por el proceso de aculturación impide utilizar otro método que el de la inferencia para establecer la posible relación causal entre los fenómenos producidos en el nivel de la cultura y los de tipo demográfico.” Del Río, Ignacio, *Conquista y aculturación en la California jesuítica (1697-1768)*, UNAM, 1984, p. 232.

## Las misiones y sus visiones

El proyecto religioso de la Compañía de Jesús concibió, quizás por primera vez en la historia del mundo, el concepto de un orden “globalizado”, es decir la idea de una religión y un pensamiento con alcance universal, capaces de abrazar a la población entera de todos los continentes. La clave de esta utopía era la convicción de estar sirviendo a un elevado propósito, pues sus sacerdotes se asumían convocados o enviados a realizar la inevitable transformación del orbe.<sup>6</sup> Por tanto, las misiones jesuitas no fueron solamente ejercicios de expansión ideológica, política y religiosa impulsados por el ansia de poder, sino el reflejo de una cosmovisión ligada con el mesianismo, concepto judaico profundamente arraigado en la cultura de Occidente. La propagación vastísima del Evangelio fue llamada a servir como vehículo para instaurar un nuevo orden social, de inspiración divina, que como toda utopía terminaría por disolverse pero antes de hacerlo dejaría una honda huella en futuros proyectos de índole geopolítica.

El establecimiento de tales misiones implicaba realizar tareas que iban desde la exhaustiva exploración geográfica hasta el acopio, adopción y aplicación de una cantidad ingente de saberes y conocimientos en todos los campos de la inteligencia teórica y práctica. No es casual que en muchos casos los estudios lingüísticos realizados por estos religiosos constituyan hasta la fecha (por ejemplo para la California), nuestra fuente principal, sino es que única, para conocer y acceder al contacto con los pueblos originarios. Así, construir una misión era mucho más que levantar un edificio o establecer un asentamiento: significaba vincularse con una cultura distinta y arraigar en ella para poder transformarla en aras de la expansión de la fe por medio del conocimiento y el convencimiento.

Muchos fueron los fracasos de los jesuitas en este camino, como vastos también sus logros. No pocos de tales esfuerzos terminaron en el martirio, en tanto que la ya mencionada expulsión decretada por la corona española

---

6 “El mundo no sería lo que es si Occidente no estuviera en expansión continua, si no se sintiera impulsado por la idea de haber sido enviado (*missus*) a transformar la tierra, es decir, de tener una misión”. Alfaro, Alfonso, “La redondez de la tierra”, en “Misiones jesuitas”, *Artes de México*, No. 65, junio de 2003, México.

infringió sobre ellos una dolorosa humillación. Para remontarnos al origen de la tarea misionera jesuita en América hay que remitirnos al siglo XVI, cuando esta actividad conoció sus mejores momentos bajo el auspicio de San Francisco Javier, compatriota y condiscípulo de Loyola. Este primer misionero, navarro como San Ignacio, murió en el año de 1552, en las lejanas islas del mar de China, luego de realizar un largo periplo por África, India y Japón. Su ejemplo e ideario cundieron más allá de su tiempo y definirían la ardua tarea a emprender por los sucesores. El tercer general de la Orden, Francisco de Borja, propició que, a petición de Felipe II, el 26 de septiembre de 1572, llegara a la capital de la Nueva España un contingente fundador, bajo la dirección del primer padre provincial, Pedro Sánchez.

Ahí permanecieron, dedicados a la educación de las élites, hasta 1590, cuando las autoridades virreinales deciden enviarlos al norte de la Nueva España, hacia las fronteras agrestes de la Gran Chichimeca. En esta empresa, tanto los jesuitas como los franciscanos fueron convocados para la difícil tarea de pacificar un territorio poblado por indios belicosos que dificultaban la explotación y el abasto de las ricas vetas de plata que alimentaban la riqueza de la capital. Gonzalo de Tapia, experimentado apóstol que había estudiado y dominado la lengua otomí, llegó a Zacatecas en 1591, impulsando la evangelización de esta región minera mediante el conocimiento y aprovechamiento de varias lenguas autóctonas. Tapia, acompañado por el zacatecano Martín Pérez, predicó en la región y posteriormente se trasladó a Guadiana (hoy Durango), más tarde a Nayarit y Sinaloa. En el pueblo de Teborapa, cerca de Villa Sinaloa, moriría martirizado en el año de 1594.

Este camino y destino serían continuados durante casi dos siglos más por trescientos jesuitas que vivieron y murieron en el noroeste novohispano, entre los cuales resultan significativos para la evangelización californiana Eusebio Francisco Kino (llegado a Veracruz, con 35 años de edad, en 1681) y Juan María de Salvatierra y Visconti (arribado al mismo puerto, con 27 años de edad, en 1675). El primero de estos dos sacerdotes italianos acompañaría al almirante Isidro Atondo y Antillón durante una expedición que desde Sinaloa llegó al puerto de La Paz el primero de abril de 1683, regresando en octubre de ese mismo año para fundar la que sería la primera misión de la península en el sitio de San Bruno, al norte de

Loreto. Esta misión hubo de ser abandonada en 1685. Salvatierra, por su parte, se convirtió en visitador de las misiones de Sinaloa y Sonora, trabando contacto con Kino en 1690, compartiendo con él su proyecto de acudir prontamente a California para incorporarla al “reino de Dios” y su representante metafórico, el monarca. Tal iniciativa se concretaría hasta 1697, mediante la obtención de una autorización otorgada por el virrey José Sarmiento Valladares, acudiendo para ello sin la compañía de Kino (quien se sumaría destacadamente al proyecto en 1701), quien debió permanecer en la contracosta para responder a la necesidad de su presencia en la llamada “pimería” (o zona habitada por los indios pimas), que comprendía la inquieta región sonorenses. Las amenazas de los piratas ingleses sobre el Galeón de Manila, el deseo británico por hacerse de la “Nueva Albión” y posteriormente la acechanza de una Rusia en expansión transiberiana impulsaron fuertemente el demorado respaldo de la Corona española a esta evangelización peninsular, que se vería sustentada en lo financiero mediante la creación del Fondo Piadoso de las Californias. De este modo los jesuitas obtuvieron el derecho de hacerse cargo completamente de la tarea misional, asumiendo no sólo su autoridad religiosa sino también la subordinación política, militar y económica.

Fueron dieciocho, en total y contando el muy efímero de San Bruno, los enclaves jesuitas en este lapso que se extiende durante setenta años, tres meses y medio, hasta su expulsión en 1768. A Salvatierra se sumarían numerosos religiosos de la orden, destacando, además del hondureño Juan de Ugarte y el italiano Francesco María Piccolo, los italianos Sigismundo Taraval e Ignacio María Nápoli, los mexicanos Jaime Bravo, Clemente Guillén y Juan Bautista Luyando, los españoles Miguel del Barco, Lucas Ventura y Victoriano Arnés, el escocés William Gordon, el bohemio Wenceslaus Linck, el croata Ferdinand Consag, los alemanes Johannes Bischoff, Benno Ducrue y Franz Xavier Wagner, así como el alsaciano Juan Jacobo Baegert.<sup>7</sup> No todos ellos escribieron sobre su estancia en California, aunque la mayoría tomó apuntes, redactó cartas o notas y hasta realizó dibujos, empujados por la necesidad de mantener comunicación,

---

7 León Portilla, Miguel, “Baja California: una geografía de la esperanza”, incluido en “Misiones jesuitas”, *Artes de México*, No. 65, junio de 2003, México.

registrar ambientes, hechos y datos, o expresar necesidades, reflexiones y circunstancias. La principal preocupación de estos jesuitas, al obedecer a su proyecto de expansión de la fe católica, consistió en “reducir el territorio” y lograr el bienestar de los indios, tal cual ellos lo concebían, sin interesarles en lo más mínimo la explotación de las riquezas reales o imaginarias que albergaba este apartado pero estratégico rincón del territorio. Por el contrario, varios de ellos empeñaron su herencia o entregaron su vida en esta tarea, y si bien los frutos de la evangelización son discutibles, pues resultaron en la desintegración aniquiladora del universo indígena, el legado documental, histórico y científico que representan es inobjetable, como inquietante resulta pensar en una conquista española que hubiera prescindido de su visión universalista.

No ha sido fácil elegir cuáles de las múltiples voces jesuitas habrían de incluirse en este compendio, pues inevitablemente es necesaria la renuncia a ciertos matices de su diversidad para lograr una suerte de muy apretada (e incompleta) síntesis, que sin embargo atestigua los principales derroteros de su expresión. El decir jesuita acerca de la California se funda en la necesidad de explicar y explicarse la inédita realidad a la cual se enfrenta, involucrando el conocimiento de la naturaleza y los grupos humanos peninsulares, así como también el registro de los hechos que van acaeciendo durante su quehacer evangelizador. No perdamos de vista, sin embargo, que como todo discurso, este tiene sus propios destinatarios, siendo por ello sus textos de muy distinta naturaleza. Del padre Juan María de Salvatierra, pionero de la presencia jesuita en la California, se conoce una pequeña parte de su dilatada correspondencia, que da cuenta fielmente de los hechos y tribulaciones que llevaron a la constitución del primer asentamiento europeo. De Miguel Venegas (quien no visitó la península, pero se preocupó, al igual que posteriormente Francisco Javier Clavijero, por compilar, ordenar e interpretar información proveniente de numerosas fuentes directas), tenemos una copiosa obra que en tres volúmenes registra con gran minucia, además de otros múltiples datos, la crónica del proceso evangelizador en su conjunto. De del Barco y Baegert conservamos valiosísimos testimonios que no sólo contextualizan e informan de primera mano acerca de este valiente Mundo Nuevo, sino que además

aportan elementos para una aproximación sumamente personal, vale decir autobiográfica, hacia este periodo de nuestra historia.

Sería imposible pretender agotar o abarcar de manera suficiente la amplísima variedad de registros y temas abordados por la crónica misionera en un libro de esta naturaleza y extensión. A cambio, ofrezco la posibilidad de contrastar y complementar las distintas visiones expresadas en cuatro textos fundamentales y disímbolos: las cartas de Salvatierra (1697-1699), un extracto etnológico e histórico de la cuasi-enciclopedia escrita por Venegas (1739), la parte etnológica y algo de la crónica inscrita en el libro de historia natural y crónica compuesto por Del Barco (c. 1770), así como aquellas escandalosas impresiones o “noticias” que Baegert extrae de su memoria para confrontar lo dicho por otros autores (1772), aportando así, a manera de colofón e invitación para profundizar en estos temas, un punto de vista que de tan subjetivo se ha considerado no pocas veces amargo, pesimista y hasta calumnioso, pero que es en cualquier caso polémico.

He procurado extraer de cada texto aquello que lo singulariza, si bien algunos temas se repiten, pero no los tratamientos ni el tono con que son abordados. Decidí, para los casos de Salvatierra y Venegas, concentrar mi atención (y la del hipotético lector) en el registro de la historia de la empresa jesuita, aunque incluí en Venegas aspectos etnográficos, lo mismo que para Del Barco. En cuanto a Baegert, concedí mayor peso a sus observaciones naturalistas y etnográficas, tan singulares. No creo equivocarme si afirmo que la visión del conjunto evita hasta donde es posible redundancias y permite gozar la disimilitud de sus autores, sus íntimas discrepancias y aquellos acentos más personales, justo en los temas y momentos donde mejor se plasman.

Las fuentes revisadas son, para Salvatierra, la publicación de sus cartas en el volumen *La fundación de la California jesuítica. Siete cartas de Juan María Salvatierra, S. J. (1697-1699)*, editado por la Universidad Autónoma de Baja California Sur en 1997, con la edición, introducción y notas de Ignacio del Río, así como un estudio biográfico a cargo de Luis González Rodríguez; para Venegas los tres tomos de la *Noticia de la California y de su conquista temporal y espiritual hasta el tiempo presente*, editados por Editorial Layac, México, en 1944; para Del Barco, la *Historia Natural y Crónica de la Antigua California*, editada por Miguel León Portilla para

la Universidad Nacional Autónoma de México en 1973; y para Baegert, las *Noticias de la península americana de California*, editadas por primera vez en español en 1942, con una introducción de Paul Kirchhoff, reeditadas por Elizabeth Acosta Mendía para el Archivo Histórico Pablo L. Martínez de Baja California Sur en 2013. He omitido la numeración de los capítulos para evitar confusiones en esta apretada antología, pero he respetado el orden en que se dispone la información en los textos, así como los títulos y subtítulos de los fragmentos seleccionados, de manera que resulte fácil ubicarlos dentro de la obra original. Asimismo, he separado y subtítulo los apartados de Historia Natural y Crónica para Venegas y Del Barco, con la intención de reflejar, al menos de manera elemental, la obvia separación de temas que constituye la estructura de ambos trabajos. Decidí no extenderme demasiado en la relación de las múltiples peripecias misioneras (son muchas y están al alcance de un lector interesado en ahondar en ellas, además de que han sido objeto de diversos trabajos de investigación y síntesis), así que me aboqué a reproducir al respecto, en las voces de Salvatierra, Venegas y Del Barco, tres episodios que me parecen fundamentales e ilustrativos: la fundación de la misión de Loreto en 1697, la rebelión pericú de 1744 y la expulsión de los jesuitas en 1768, en el entendido de que brindan una perspectiva parcial pero suficientemente panorámica del relato histórico al que pertenecen y del cual constituyen sus momentos climáticos (digamos, incluso, traduciénolo a términos narrativos: el planteamiento, nudo y desenlace de su aventura californiana).

## SEÑOR.

*Los afanes Apostólicos de los Jesuitas en la remota Península de la California, último término de los Dominios de V.M. en la América Septentrional sólo tienen por fin la gloria de Dios y extensión de nuestra Santa Fe entre los Infieles, que la pueblan, el Real Servicio de V. Mag., la seguridad y conveniencia de sus Vasallos, y la dilatación y gloria de su Imperio. Lo hecho hasta aquí en esta grande Obra, ha sido efecto del Católico celo y Real magnificencia del Augusto Monarca, Padre de V. Mag. Lo que hoy se hace, y los adelantamientos, que en adelante se esperan, son y serán fruto debido a la piedad y amplitísima beneficencia de V. Mag. misma. Por todos los títulos es propia de V. Mag. esta Empresa, ejecutada por medio de los Jesuitas; pero por los títulos mismos a nadie puede consagrarse la Relación de ella, sino sólo a su Augusto nombre. La Provincia de la Compañía de Jesús de Nueva-España, tiernamente agradecida, vuelve a V. Mag. lo que es suyo. En su nombre, con el más profundo reconocimiento:*

SEÑOR.

JHS

Pedro Ignacio Altamirano<sup>8</sup>


---

8 Procurador General de la Compañía de Jesús para las Indias; dedica, en 1757, la obra *Noticia de la California y de su conquista temporal y espiritual hasta el tiempo presente, sacada de la historia manuscrita, formada en México año de 1739 por el Padre Miguel Venegas, de la Compañía de Jesús; y de otras Naciones y Relaciones antiguas y modernas*, al monarca español Fernando VI, quien murió sin descendencia y fue sucedido, a partir de 1759, por Carlos III. Este último, representante de lo que se ha dado en llamar el “despotismo ilustrado”, a la postre expulsaría a los jesuitas de la península californiana y de todos los territorios novohispanos. (El presente texto se incluye como prólogo a la edición consultada de Venegas).

## Juan María de Salvatierra

Juan María de Salvatierra y Visconti, nacido en Milán el 15 de noviembre de 1648 y muerto en la ciudad de Guadalajara en 1717, fue, como muchos de los misioneros jesuitas, miembro de una familia acomodada. En su caso, el padre español y la madre italiana pertenecían a ilustres linajes europeos. Juan María, que en realidad se llamaba sólo Giovanni, al igual que el mayor de sus cuatro hermanos, adoptó el segundo nombre para dejar constancia de su fe mariana, la cual se verá constantemente reiterada en la recurrencia devocional hacia la Virgen de Loreto, que por esta suerte se habría de convertir en patrona de la evangelización californiana.

Se ordenó sacerdote a los veintisiete años y trasladó a la Nueva España en 1675, llegando como misionero a la sierra Tarahumara en 1680 y trasladándose a California en 1697, después de haber fungido como Visitador de las misiones de Sinaloa y Sonora de 1690 a 1693, así como Rector de los colegios de Guadalajara y Tepetzotlán de 1693 a 1697. Durante su estancia en el noroeste novohispano, trabó contacto con el también jesuita italiano Eusebio Francisco Kino (1645-1711), con quien compartió la preocupación por expandir el ámbito de la evangelización hacia la ignota y áspera península.<sup>9</sup> Ante los grandes obstáculos financieros y administrativos para dar inicio a tal labor, opuso junto con Kino

---

9 Que, por cierto, habría de requerir aún varias expediciones destinadas a constatar fehacientemente que no se trataba de una isla, como en un principio creyeron los españoles.

una imbatible tenacidad y se convirtió en gestor, promotor, recaudador y finalmente cabeza del primer asentamiento europeo californiano. Para ello, obtiene del virrey José Sarmiento y Valladares, conde de Moctezuma, una real provisión con fecha del 6 de febrero de 1697.

Aunque el brillante estudio biográfico elaborado por Luis González Rodríguez para la edición consultada consigna que Salvatierra era sumamente prolífico en la literatura epistolar, sólo han llegado hasta nosotros siete cartas, contenidas en el volumen *La fundación de la California jesuítica. Siete cartas de Juan María de Salvatierra, S. J. (1697-1699)*, con edición, introducción y notas de Ignacio del Río; así como el ya mencionado estudio biográfico, en edición de la Universidad Autónoma de Baja California Sur, realizada en 1997. Existe también la publicación del jesuita E. J. Burrus (quien estima que Salvatierra habrá escrito un millar de cartas), *Juan María de Salvatierra, S. J. Selected Letters about Lower California*, editado por Dawson's Book Shop de Los Ángeles en 1971.

Estas siete cartas fueron seleccionadas por Ignacio del Río en virtud de su gravitación alrededor del tema que nos interesa: la fundación de la Misión de Nuestra Señora de Loreto en 1697, y el consiguiente inicio de la aventura jesuita en la California. La que seleccioné para su inclusión en este libro es la numerada por Del Río como III y dirigida al padre Juan de Ugarte, quien a la sazón fungía como procurador de las misiones californianas y posteriormente se sumaría al contingente de religiosos radicados en la península. La edición de Del Río brinda abundante y muy pertinente información erudita, consignada en sus notas a pie de página. Lejos de la posibilidad de aportar más de lo que él hiciera, he decidido razonablemente mantenerlas y señalarlas en cursiva para distinguirlas de las que personalmente realicé.

Esta carta relata lo acontecido desde la Semana Santa hasta los últimos días de noviembre de 1697, con énfasis en el arribo a California, ocurrido el 15 de octubre de ese año, y los acontecimientos posteriores, que desembocaron en el establecimiento de la primera misión californiana, así como las numerosas vicisitudes que tuvo que encarar el pequeño grupo de personas que acompañó a Salvatierra (ninguno de ellos religioso, ya que,

como mencionamos y se reitera en la carta, Eusebio Francisco Kino, quien ya conocía el puerto de La Paz, se vio imposibilitado de acompañarlo) y él mismo para dar inicio y cierta solidez al proceso fundacional.

Salvatierra se expresa de un modo sumamente entusiasta respecto a la tarea que le ha sido confiada, a la cual dedicó en un principio los siete años que median de 1697 a 1704, año éste último cuando se le designó provincial de los jesuitas en la Nueva España, es decir se le puso al frente de la Compañía de Jesús en esta zona del valiente mundo nuevo. Sin embargo, también detalla con gran sinceridad y aflicción la incertidumbre que rodeaba a la empresa y la gran dificultad que representó para los jesuitas no sólo establecer asentamientos relativamente sustentables y capaces de convocar a la población indígena, sino la inevitable constatación cotidiana de que dicho establecimiento se fundaba en una mutua incompreensión: para los religiosos era una hazaña de la Providencia, mientras que para los indígenas significaba una oportunidad inmejorable de acceder con facilidad a alimentos que no abundaban en su medio, al costo de dejarse “adoptar” por los misioneros, con la consiguiente renuncia que ello significaba a sus tradiciones y costumbres, o enfrentarse contra temibles armas de fuego que habrían de resguardar, en manos de los soldados acompañantes, la benevolencia de los padres y sus provisiones.

Particularmente interesante es el pasaje donde Salvatierra relata el encuentro con un viejo cacique enfermo que desea entrevistarse con Isidro Atondo y Antillón, al cual acompañara Francisco Eusebio Kino años atrás. Este personaje, el cacique, más parece sacado de la imaginación literaria que de una crónica novohispana, pero lo cierto es que la Conquista toda, así como la evangelización de la California están teñidas de estos detalles dramáticos, heroicos, trágicos y patéticos. La presencia del cacique nos recuerda que la epopeya misionera fue, o puede entenderse también, como una especie de genocidio involuntario, y que a las visiones beatíficas que impulsaron el andar de los jesuitas se opone, con igual o mayor contundencia, el atisbo de una realidad desoladora: la del país casi deshabitado en que habría de convertirse esta península durante mucho tiempo, hasta

que nuevos pobladores establecieron otras formas de vida en la sierra, las costas y el desierto.<sup>10</sup>

La carta de Salvatierra puede, y creo que debe, leerse como un relato de aventuras al mismo tiempo que como un importante documento histórico. En estas aventuras no hay “buenos” y “malos”, sino distintos grupos humanos que luchan por llevar a cabo lo que perciben como su destino, poniendo en juego su propia capacidad de sobrevivencia. Y me atrevo a afirmar lo anterior, porque está claro que Salvatierra arriesgó no una sino muchas veces su vida en el afán de ver cumplida la utopía californiana. De hecho, atendiendo al ensayo biográfico de González Rodríguez, nos enteramos de que:

Tanta era su adhesión a la California que solicitó insistentemente al padre general de la Compañía de Jesús que se le relevara pronto del provincialato para poder reintegrarse a la península y al trabajo misionero.<sup>11</sup>

Así, Salvatierra, el devoto mariano y el más ferviente impulsor de la califonia jesuita, regresa a la península en 1707 y la abandona hasta 1717, sin dejar un solo momento de participar en la procuración de más fondos para el sostenimiento de las misiones, ni estimular o participar directamente en la ubicación y establecimiento de otras. Dice González:

Fue hasta el año de 1717 cuando Salvatierra tuvo que salir nuevamente de la península para realizar el que sería su último viaje. Se le había mandado presentarse en la ciudad de México para participar en una junta en la que se tratarían asuntos de California. El religioso preparó un informe para el efecto y el 31 de marzo se embarcó hacia Matanchel, acompañado por el hermano Jaime Bravo. Iba ya muy enfermo del “mal de piedra”<sup>12</sup> y fue necesario que un grupo de indígenas lo llevaran en *tapextle* (una especie de camilla) de Tepic a Guadalajara. Llegó enteramente

10 Este proceso y sus implicaciones son analizados y valorados con amplitud y lucidez en Magaña Mancillas, Mario Alberto, *Indios, soldados y rancheros. Poblamiento, memoria e identidades en el área central de las Californias (1769-1870)*, CONACULTA-Instituto Sudcaliforniano de Cultura, La Paz, 2010.

11 Salvatierra, Juan María, *La fundación de la California jesuitica. Siete cartas de Juan María de Salvatierra, S. J. (1697-1699)*, edición, introducción y notas de Ignacio del Río, Universidad Autónoma de Baja California Sur, La Paz, 1997, p. 54.

12 Enfermedad del aparato renal-urinario caracterizada por la formación de arenillas o “piedras” en los riñones, las cuales dan origen a intensos dolores en la región lumbar, sin que exista dolor en la vejiga.

postrado a esta última ciudad y, a poco de haber llegado a ella, el sábado 18 de julio de 1717, falleció. Tenía entonces sesenta y ocho años cumplidos.<sup>13</sup>

## Carta de Salvatierra al padre Juan de Ugarte<sup>14</sup>

(27 de noviembre de 1697)

*Pax Christi:*

Heme abstenido de escribir a vuestra reverencia porque sabíamos que las cartas deseadas son las que tienen fecha de Californias; y por la misericordia de Dios, intercesión de María y defensa de las paredes de su santa casa de Loreto, que veníamos a fundar,<sup>15</sup> esta carta es de Californias y en ella relataré a vuestra reverencia los pasos de nuestro viaje –y tocantes a él– por mar y tierra.

Ha obrado la Señora de Loreto grandes maravillas en el viaje de la galeota y de la lancha hasta (el) Yaqui,<sup>16</sup> de suerte que toda la gente de mar que viene en ellas le llaman “el viaje de los milagros”, habiéndose visto perdidos muchas veces, pero en especial una que les pareció a todos imposible el poderse salvar, pues, en cercanía (de la barra) de la Navidad,<sup>17</sup> la tormenta y las corrientes muy fuertes llevaron la galeota sobre un farellón blanco que a cada paso se iba tapando con las olas grandes de la mar, y la galeota

13 Salvatierra, Juan María, *op. cit.*, p. 56.

14 [...] el padre Juan de Ugarte obraba entonces en la ciudad de México como procurador de las nuevas fundaciones de California. Por esta razón, desde un principio el padre Salvatierra debió tenerlo bien informado sobre todos los sucesos de la expedición misionera. [...] pocos años más tarde Ugarte decidió pasar como misionero a California. (Se reitera que las notas en cursivas, dentro de esta carta, se deben a la erudición de Ignacio del Río).

15 [...] Salvatierra tenía una especial devoción por la virgen de Loreto [...] incluso mandó construir en los colegios jesuitas varias capillas en honor de ella. Según cierta leyenda, la casa de la Virgen existente en la población de Loreto, provincia de Ancona, en Italia, había estado originalmente en Jerusalén, de donde milagrosamente habría sido trasladada a su nuevo asiento en la península itálica.

16 Se refiere a las embarcaciones previstas para la entrada a California, que eran el barco Santa Elvira y la lancha El Rosario.

17 La barra de Navidad se forma en la desembocadura del río Chacala o Cihuatán, que actualmente marca los límites de los estados de Colima y Jalisco.

iba tocando sobre el mismo farellón. Diéronse todos por perdidos, pero, invocando a Nuestra Señora de Loreto, quedaron libres y es de advertir que duró el evidente peligro desde el amanecer hasta el mediodía.

Llegaron a Chacala<sup>18</sup> y, como la gente de mar conoció que su viaje no era para pesca de perlas, por poco se le amotina al capitán; pero por medio de la Virgen se sosegó esta no menor tempestad, en tal grado que por falta de otros bastimentos, se contentó la gente de venir comiendo todo el resto del viaje maíz cocido, que llaman pozole.<sup>19</sup>

En (el) Yaqui, como son mares bravos y sin puerto, corrieron iguales peligros el tiempo de la detención; pero en la última desesperación de poderse ya mantener, estando llanos toparon bastante fondo en una canal escondida que dura sólo medio tiro de arcabuz dentro del mismo estero, muy abrigado de todo viento, con que se retiró la galeota a este abrigo. Y, porque la ocasión de hallarle fue el desembarcar a la Madonna<sup>20</sup> para que se hiciese la fiesta de la Natividad<sup>21</sup> en (el) Yaqui y procesión, pareciéndole(s) a todos los marineros semejante hallazgo de puerto escondido que fue especialísimo favor de la Virgen le llamaron a este nuevo puerto el puerto de Loreto,<sup>22</sup> y está tan inmediato a tierra como medio tiro de escopeta. Y en verdad dicho puerto servirá de único alivio para cuando traiga el barco luengo, que estoy deseando, y ha de ser el único alivio de estas misiones el que haiga forma de puerto en (el) Yaqui, por ser la parte más cercana y más abastecida de algunas cosas necesarias para un socorro preciso y estar en mucha cercanía de la provincia de Sonora, provincia más fértil que Sinaloa.<sup>23</sup>

Detuviéronse poco menos de dos meses las embarcaciones en (el) Yaqui, a causa de aguardar bastimentos, habiéndose malogrado por varios accidentes lo más de los bastimentos que yo tenía prevenidos en la (Nueva) Galicia y apolillado y agusanado el maíz por la fuerza del calor

18 *Puerto localizado en la desembocadura del río Chacala.*

19 *Pozole: del náhuatl pozolli, maíz cocido en agua.*

20 *Es decir, la imagen de la virgen María.*

21 *La Natividad de la virgen María se celebra el día 8 de septiembre.*

22 *No podemos identificar este puerto, localizado, pues, en la costa del Yaqui. Es evidente que no prevaleció el nombre de Loreto, que, según Salvatierra, le impusieron entonces los marineros.*

23 *Tanto en la provincia de Sinaloa, como en la de Ostimuri —donde se localizaba el Yaqui— y la de Sonora había un buen número de misiones jesuitas.*

y humedad de tantas aguas, de suerte que caminaron siempre con fuerza de tempestades y temporales.

También fue a causa de la tardanza el aguardar algunos hombres de armas; pero fue en balde el aguardarlos porque (en) el tiempo que yo me acerqué a la mar reventó con tanta fuerza el alzamiento de fronteras (de la Tarahumara) que obligó a salir a mucha gente española a la defensa y socorro, y entre ellos fueron los que estaban apalabrados de venir conmigo a Californias, con que en el mejor tiempo me faltaron.

Pero no por eso desmayamos, porque cuatro españoles de la galeota ofrecieron quedarse conmigo, y el portugués Esteban Rodríguez (Lorenzo),<sup>24</sup> que salió de México conmigo, ha quedado muy perseverante y corrido conmigo todos los trabajos. También se me juntó otro pobre del Rosario<sup>25</sup> y dos indios, uno de Guásabas,<sup>26</sup> en Sonora, y el otro de Tepahui,<sup>27</sup> mis antiguos amigos, y otro indizuelito de Guadalajara.<sup>28</sup> Y estos (nueve hombres) son los primeros conquistadores (de California).

La embarcación chica o lancha la dio de limosna don Pedro Gil de la Sierpe,<sup>29</sup> con grande liberalidad, a esta misión de Nuestra Señora de Loreto, y en ella también venían seis hombres marineros, que habían todos de estar en nuestro resguardo así en mar como en tierra. Llegaron, pues, los bastimentos precisos de alguna harina y maíces comprados, y los padres de(l) Yaqui, viéndome sin carne por haber quedado toda en la (Nueva) Galicia, me dieron de limosna con liberalidad treinta reses, y cuasi toda esta carne se embarcó en la embarcación chica.<sup>30</sup> También pude embarcar un caballo, diez carneros y cuatro cabras con su macho, y cuatro lechoncitos que truje (de) más de cien leguas lejos.<sup>31</sup>

24 *Esteban Rodríguez Lorenzo fue más tarde y hasta su muerte, acaecida en 1746, capitán general del presidio de Loreto.*

25 *Real de minas de El Rosario, en el sur del actual estado de Sinaloa.*

26 *Guásabas o Huásabas era un pueblo ópata. Se encuentra actualmente en el municipio de El Quiriego, Sonora.*

27 *Tepahui se encuentra actualmente en el municipio de Moctezuma, Sonora. En esa región vivían entonces los indios tepahues.*

28 *Más adelante dirá Salvatierra que este joven indio era del pueblo de Ventitán.*

29 *Don Pedro Gil de la Sierpe fue un reconocido benefactor de la empresa jesuítica californiana; ocupaba el cargo de tesorero real en el puerto de Acapulco.*

30 *Esas reses no se transportaban en pie a la península, sino que su carne se llevó en tasajo.*

31 *Tales animales domésticos fueron los primeros que se introdujeron en California en la ocasión de esta nueva entrada. También llevaron consigo los expedicionarios un perro bravo, como luego se dirá en esta misma carta.*

Estábamos sólo aguardando por horas al padre Eusebio Francisco Kino cuando recibimos carta de que, por el peligro que corría Sonora por su ausencia, no lo dejaban salir;<sup>32</sup> con que, por no perder del todo esta empresa en la detención de las embarcaciones, que se maltrataban mucho y se iban inutilizando para el viaje, y por lograr los gastos forzosos así del alentado caballero don Pedro Gil de la Sierpe como de la misión, me fui a embarcar el sábado antes de la dominica del Rosario.<sup>33</sup>

Detúveme algunos días dentro de la galeota, sin navegar, por varios accidentes, hasta que el día de San Francisco de Borja,<sup>34</sup> a la tardecita, salimos del puerto y, por recelo de no dar en unos bajíos, luego (de) salidos del puerto volvieron a echar anclas. Y me consoló salir del puerto el día de nuestro santo fundador de esta provincia mexicana (de la Compañía de Jesús).<sup>35</sup>

El día 11 (de octubre), viernes, nos dimos a la vela, y apenas habíamos navegado media legua cuando, por haberse sotaventado demasiado la galeota, dimos en un banco de arenales, con grandísimo peligro de malograrse todo. Venía la galeota muy cargada y (con) cargas balum(b)osas, como vuestra reverencia puede considerar por las que se hicieron en México. Como en la ocasión había aire y muchas corrientes, levantaban las corrientes la embarcación y dentro de un avemaría le dejaban dar el golpe sobre los arenales y con el golpe crujía todo. Y como se iba zumbando en el arenal, levantaba muy alto el timón, de tal calidad que si no acuden luego se nos pierde todo.

De este modo iban corriendo los golpes. Los marineros se dividieron en dos pareceres: los unos decían que virásemos para atrás y los otros que virásemos para adelante, para nuestro viaje. Yo no me metí en cosa, mirando sólo el pegarme a alguna tabla en abriéndose la embarcación, que, como

32 *Respecto de este cambio de última hora, el padre Kino escribió después: "Yo había de ir también con su reverencia (el padre Salvatierra) a la dicha empresa (de California), pero los superiores de por acá y la real justicia y los señores vecinos de esta provincia (de Sonora) con informes que enviaron a México me lo estorbaron". E. F. Kino, Las misiones de Sonora y Arizona, p. 83.*

33 *Deduzco que ese sábado fue el 5 de octubre, puesto que el día de Nuestra Señora del Rosario (7 de octubre) cayó en lunes ese año. La dominica o prédica dominical respectiva debe haberse hecho el día 6.*

34 *El 10 de octubre.*

35 *San Francisco de Borja.*

es larga a modo de galera, con carga de popa a proa, se levantaba con los golpes por el medio del árbol mayor, dando señas de abrirse.

Determinó el capitán Juan Antonio Romero de que se siguiese el parecer del contra maestre, llamado Antonio Justo, buen marinero genovés que había sido contra maestre en la armadilla de Californias.<sup>36</sup> Así que vide la resolución de virar para fuera, entonces les hice hacer propósito a todos de ayudar a la plantación de la santa casa de Loreto en Californias. Todos respondieron que sí; forcejearon con las canoas y algunos remos, invocando todos a Nuestra Señora de Loreto, cuando, después de haber dado más de treinta golpes la galeota, nos hallamos en altamar, con tal alegría de todos que se daban los parabienes en voz alta como saliendo de sí de alegría y dando mil bendiciones a la Madre de las Misericordias.

Así se volvieron a la embarcación chica los que habían venido con su canoa a ayudarnos. Nos pusimos a la vela, y, con buenos aires a ratos, y a ratos con calmas, caminamos como diez leguas.

La noche refrescó el aire y, así, el día 12, sábado, amanecemos ya a la vista clara de Californias, tomando la posesión de vista el día de la Virgen.<sup>37</sup> Y a prima noche<sup>38</sup> del sábado hubiéramos podido dar fondo en San Bruno,<sup>39</sup> pero se guardaba esto de saltar en tierra de una vez para otro sábado, y, así, temiendo los marineros los escollos no muy conocidos de estas costas, y no habiendo luna, se retiraron a altamar.

Hasta aquí habíamos caminado (teniendo) a nuestra vista la embarcación chica cuando, esta noche, tuvimos así aires como fuertes corrientes que iban para adentro; y así, amanecemos el día 13, domingo, sin tener a la vista la lancha ni poder saber más de ella. El viento lo tuvimos contrario el domingo y, así, no pudimos entrar en San Bruno, en su media ensenada, y, así, por tanta fuerza del (viento) sudueste, nos dejamos llevar para

---

36 *Se refiere a la armada o flota con la que Isidro de Atondo y Antillón pasó a California en 1683. La expedición colonizadora de Atondo permaneció en la península hasta 1685.*

37 *El 12 de octubre es día de la virgen del Pilar. La iglesia católica tiene también los sábados como días de la virgen María.*

38 *Prima noche: la primera cuarta parte de la noche, aproximadamente entre las ocho y las once horas.*

39 *El real de San Bruno se localizó cerca de la costa, unos veinticinco kilómetros al norte de Loreto. Fundado en 1683 por los expedicionarios encabezados por Isidro de Atondo y Antillón, quedó abandonado en 1685, cuando se mandó que los colonos se retiraran de la península y volvieran a la contracosta novohispana. Salvatierra esperaba que fuera un sitio a propósito para hacer aquí su primera fundación misional.*

arriba, de suerte que el lunes 14 nos hallamos a vista de la serranía que llaman de las Vírgenes, y por no coger más altura nos entramos en una grande bahía llamada La Concepción, muy asegurados del aire. Y quiso la Virgen tomar posesión de ésa, su bahía, de suerte que allí dije misa el día de la gloriosa Santa Teresa<sup>40</sup> y salté en tierra, comimos unas pitahayas y no vimos gente, aunque reconocimos mucho rastro, y fresco.

Tiene la bahía (de la Concepción) una entrada más adentro, que no está puesta en los mapas, con señales de ser cosa buena y puerto muy resguardado y quizás con aguas dulces a la raya, por ser allí el remate de una larga cordillera de montañas. Deseaba el capitán penetrar adentro y descubrirla bien con las canoas para el día siguiente cuando, al anochecer, se nos levantó un aire favorable y, así, con él nos tiramos a la altamar y caminamos esta noche como veinticinco leguas, de suerte que amanecemos sobre San Bruno, y, así, el miércoles 16, a la tarde, saltó en tierra arrimada a una mala loma Esteban Rodríguez y otros marineros, y finalmente descubrieron gente y se juntaron como unos cinco indios, y, haciéndoles yo señas desde el navío con el sombrero, me hicieron ellos señas con las manos (indicándome) que bajase.<sup>41</sup>

Bajé con el alférez y teniente don Luis Tortolero (y Torre)<sup>42</sup> y otros marineros. (A la) llegada a tierra los hice hincar (a los indios) y besaron todos el Santo Cristo y el relicario de la Virgen Santísima. Preguntéles con señas y media lengua<sup>43</sup> por algunos de los indios antiguos mansos, y nos hicieron señas (indicándonos) que (esos indios por los que preguntábamos) estaban en el pueblo, convidándonos a que fuésemos allá, con tales demostraciones (sic) que, juzgando yo que había tiempo para ir y volver, pues serían las tres de la tarde, fuimos caminando por una cuchilla

---

40 *Día 15 de octubre.*

41 *Esos fueron los primeros indios californios que vio el padre Salvatierra. Puesto que se hallaban en las cercanías del antiguo real de San Bruno, es posible que hubieran tenido contacto con los miembros de la expedición de Atondo y Antillón, entre los que se hallaban los padres Eusebio Francisco Kino, Matías Goñi y Juan Bautista Copart.*

42 *Luis Tortolero y Torre obró en un principio como jefe de los hombres de armas que acompañaban a Salvatierra. Como se dice en la carta IV, Salvatierra le dio nombramiento de capitán. Aunque luego el virrey confirmó dicho nombramiento, pronto Tortolero y Torre hubo de dejar el cargo por haber enfermado de la vista...*

43 *Como lo dirá más adelante, Salvatierra llevaba un vocabulario de la lengua que hablaban los indios de la región de San Bruno. Ese vocabulario lo había elaborado el padre Juan Bautista Copart.*

de peñascos sueltos, tan agria que no se pudo hacer sino con manos y pies, y duró (la caminata) más de media legua, sudando todos a chorros.

Y resolvimos de revolver,<sup>44</sup> por hacerse tarde, y al hacer la demostración (sic) de revolver mostraron mucho sentimiento los indios, tanto que por no disgustarlos nos resolvimos a pasar una mala noche (y) llegar hasta el real antiguo (de San Bruno), pues era imposible reandar de noche los crestones de la sierra.

Al caer del sol llegamos muy fatigados al antiguo real de San Bruno, fundado en una loma en que no había (ya) más que piedras caídas y todo derrumbado entre abrojos y espinas, menos un pedazo de cortina<sup>45</sup> que todavía estaba levantado, como de una vara de alto, que mira a la llanada arriba. Como íbamos desprevenidos, cuasi todos se quedaron sin cenar, menos los que se alentaron a comer unos granos de maíz que había sobrado de un almudillo que bajamos a tierra para regalar a los indios. Y a mí me supieron muy bien, tostados en la ceniza.

Vinieron algunos indios e indias a vernos, aunque las indias, apenas que se habían sentado a conversación cuando, por una voz que oímos de fuera, luego arrancaron todas de carrera. Quizás tendrían algún recelo con nosotros. Dos veces nos trujeron agua y toda ella una peor que otra de salobre.

Al amanecer salimos y reanduvimos por la misma vereda, por no saber otra y haber dormido la canoa en el puesto de ayer. Vinieron en nuestra compañía algunos de los indios que durmieron en la loma del real destruido y nos alcanzó otro indio, ya hombre, que dijo (que) se llamaba Francisco y decía tal y cual palabra castellana, pero sin noticia de la lengua del cielo de Dios.<sup>46</sup>

Mucho se desanimaron los pocos conquistadores por razón del agua tan salobre, por la grande distancia de la mar hasta el primer aguaje salobre, por la dificultad de poder desembarcar con tan poca gente (y) cargar más de media legua, aun por el camino más derecho, tantas cargas que venían, (y) por no oírse un tiro de arcabuz desde el real viejo hasta

---

44 *Revolver: volver atrás, o sea, devolverse.*

45 *Cortina: porción de una muralla.*

46 *Es decir, sin que supiera cosa alguna de la religión católica.*

la embarcación. Y por ser tan pocos necesitábamos tener unión mayor para poder ser ayudados de los de la mar y poder nosotros ayudarlos, en desembarcando para venirnos a ver a el real.

El capitán Juan Antonio Romero dijo que en otra ensenada muy cercana había hecho él aguada dos años antes<sup>47</sup> y que estaba el agua buena y dulce, y se llamaba la ensenada de San Dionisio; que le pareció estar todo eso verde y en más cercanía de la mar, aunque no lo había registrado entonces con refleja.<sup>48</sup>

Había asimismo otras dificultades para desamparar San Bruno e ir a la ensenada de San Dionisio, y que, por lo tanto, habiendo dificultades por todos lados, tomamos a la Madonna<sup>49</sup> por patrona y que ella nos diese la mano. Echamos las suertes en su nombre y nos salió en suerte el papelito de San Dionisio, llevándome la inclinación y el deseo de ahorrar más viaje para San Bruno.

Luego que nos cayó en suerte San Dionisio, a las tres de la tarde en 17 de octubre nos dimos a la vela y salimos de la ensenada de San Bruno y dormimos arrimados a la isleta de Coronados. Teníamos aparejados a los (indios) de San Bruno y diciéndoles que por no ser el agua buena íbamos a San Dionisio, que fuéramos allá y los veríamos en San Dionisio.

El día siguiente, viernes 18, llegamos temprano a la ensenada con forma de media luna;<sup>50</sup> la vimos desde el barco toda verde y de punta a punta viene a tener como cuatro o cinco leguas. Salté en tierra con el capitán al puesto que les pareció a los marineros que habían hecho el aguada dos años antes. Vinieron a recibirnos bastantes indios con sus mujeres e hijitos, besaron el Santo Cristo, hincados, y (a) la Virgen. Tenían la ranchería<sup>51</sup> (a) medio tiro de arcabuz de la mar. Fuimos a ver con ellos los ojos de agua; los topamos luego en una cañada que por el lado sur hace mesa alta como

47 *Hacer aguada: abastecerse de agua. Este dato indica que el capitán Romero de la Sierpe había navegado por aquellas costas peninsulares hacia 1695.*

48 *Es decir, con el ánimo de tomar cabal conocimiento del sitio.*

49 *O sea, a la virgen María.*

50 *Ciertamente, la ensenada de San Dionisio, actual ensenada de Loreto, es abierta y tiene forma de media luna.*

51 *Es decir, estaban acampados.*

más de una pica,<sup>52</sup> toda llana, y remata en este modo de llano alto (que está a) un solo tiro de arcabuz de la mar (y) que nos queda al poniente.<sup>53</sup>

Parecióme grande puesto para podernos atrincherar, resguardado el norte por lo alto de la mesa y el bajío de la cañada, que en el puerto a donde estábamos hace una lagunita de agua algo salobre, pero buena para las bestias. Y más allá de la cañada, a la otra banda, hace un gran carrizal, de donde no pueden llegar acá las flechas sino cansadas y (en cambio) pueden llegar al carrizal nuestras armas y tener a nuestra vista nuestro ganado.<sup>54</sup>

En los principios de la conquista toda la mesa estaba llena y tupida de mezquites de buenas sombras; y una sombra en que dormimos a la siesta, el capitán Romero y el alférez Tortolero y yo medimos el grueso del mezquite y tuvo más de tres varas de grueso, de lo cual quedó espantado el capitán Romero por haber informado y certificado antes, en Acapulco, al señor tesorero don Pedro Gil de la Sierpe, que no había visto leña en la California y ver agora que aquí corren leguas estos mezquिताles.<sup>55</sup>

Volví a bordo con esta vista muy contento, pues ya era tarde y hora de comer y hacer nombre de Dios en la California;<sup>56</sup> pero la Virgen Santísima quiso que esto fuese en sábado, y, así, llegando a bordo empezaron los marineros a dudar si el puerto en que saltamos en tierra era en el que habían hecho el aguada años antes; (decían que aquél) aún era mejor de lo visto y que quedaba por el otro extremo de esta media luna.

Deseoso, pues, de coger el mayor puesto, y siendo fácil el aclararnos de la verdad, navegamos como una legua poco más hacia el sur de la ensenada, y al principio de la navegación nos hicieron señas (los indios) de la ranchería<sup>57</sup> que dejábamos; saltamos en tierra y se juntó mucho número de gente y todos besaron el Santo Cristo y (a) la Virgen, y como eran tantos no alcanzó el maíz que bajé dentro de un balde.

52 *Pica: medida de profundidad equivalente a catorce pies (poco menos de cuatro metros).*

53 *El llano era, pues, el que les quedaba al poniente, no la mar, que se extiende al oriente de la ensenada.*

54 *Estas prevenciones muestran que Salvatierra y sus acompañantes no descartaban la posibilidad de que se produjera un enfrentamiento armado con los nativos.*

55 *Confirma esta referencia que el capitán Juan Antonio Romero de la Sierpe ya había estado en California.*

56 *"Hacer nombre de Dios"; según el Diccionario de Autoridades, significa "dar principio a alguna cosa, especialmente en las que hay ganancia".*

57 *Con la palabra "rancherías" se aludía a los distintos grupos o bandas de cazadores-recolectores.*

Mezcláronse los indios del puesto a donde saltamos la mañana –que costa a costa nos fueron siguiendo por la playa– con los otros indios, en mayor número, del otro aguaje a donde íbamos; y como no sabíamos a donde estaban (los otros aguajes) caminamos más de una legua y media, siempre arrimados a la playa y con la amenidad del monte a mano derecha, con i(n)mediación, y hasta que, entrando en un carrizal muy dilatado, llegamos a la cañada, que me pareció más amena que la otra y con más gentío, pero los aguajes menos buenos.

La chusma, que era mucha, tiraba a retirarse; pero con paz y sosiego se vinieron todos. Sentéme entre ellos y se sosegaron todos, en especial las viejas, que estaban muy ariscas, que después de muchas razones que les dije mucha gente se hincó de rodillas y besó al Santo Cristo y a la Virgen, y di algunos zarcillos<sup>58</sup> a tal y cual vieja, y así, nos volvimos y se nos desapareció el balde (en que se había bajado el maíz).

A la vuelta, en medio del camino de la playa, (nos) encontramos con un indio principal de la otra ranchería a donde estuvimos por la mañana –que se llamara Pablo cuando (tiempo más tarde) le bauticé–, y volvió con mucha instancia que nos quedásemos allá.<sup>59</sup> Y habiéndole dicho que sí, que volveríamos por la mañana, hizo grandes demostraciones (sic) de alegría.

Volvimos a bordo, y habiendo grande calma, amanecimos el sábado 19 de octubre con un airecito fresco que nos volvió al puesto que habíamos dejado. Salté en tierra con el capitán Juan Antonio Romero, que dio nombre de Dios trabajando<sup>60</sup> hasta ayudar en limpiar el pedazo de mesa en que se había de poner el primer real.

Y se desembarcaron todos los animales, y, como a la novedad de verlos venía mucha gente a la playa, y (venían) mujeres, sucedió un cuento precioso en que se rieron todos mucho, los gentiles, y nos reímos todos. Los varones van desnudos de el todo; las mujeres, de la cintura para abajo, hasta más abajo de la rodilla, llevan cordeles muy tupidos de carrizo y otros cordelitos semejantes que hacen mucho ruido al moverse, como

58 *Zarcillos: artes o pendientes; en este caso quizá se tratara de alguna especie de abalorios.*

59 *Es decir, los instaba vivamente a que se quedasen allá.*

60 *Aquí Salvatierra utiliza otra vez esta expresión; habría que entender que el capitán empezó a trabajar provechosamente.*

quien sacude el maíz. Como nunca habían visto lechones (los) recibieron con mucha novedad, y más de verlos tan mansos que se les acercaban sin hacerles daño. Las mujeres se levantaban también para ver los marranos más de cerca y, éstos, como oyesen el ruido a modo de maíz, corrieron todos tras de las mujeres, gruñendo mucho, y cuanto más se huían las mujeres tanto mayor era el ruido de los cordeles, como quien llamaba a los lechones con más violencia, de suerte que duró la fiesta y risa de todos hasta que con maíz verdadero se sosegaron los marranos.

Los cuatro días siguientes se gastaron en desembarcar la ropa y maíz y harina, y (los indios) nos ayudaron a todos y hubo unos tres o cuatro indios que trajeron, desde la playa hasta la mesa del real de Nuestra Señora de Loreto, un tercio de harina cargado en la cabeza.<sup>61</sup> Y les dábamos un poco de maíz a todos los que nos traían algo de la playa, que dista como dos tiros de escopeta y se divisa todo desde la mesa del real; pero como se corre por un pedazo de carrizal que queda a la otra banda de la cañada, por donde fue el desembarcadero de la ropa y no en la boca de la cañada, algunos de los ayudantes hurtarían algo en el pasar del carrizal, aunque cuasi todos estuvieron muy fieles. Y con la mucha instancia que yo hice hallaron el balde que, según dijeron, lo había cogido uno de la ranhería de los monquí,<sup>62</sup> que es lo que queda en el otro lado de la ensenada abajo.

Toda la carga la repartimos a modo de pared, atrincherándonos con ella, y como los indios son voracísimos de maíz empezó el Demonio a tentarlos por ese lado, y viéndonos pocos, pensaron que por miedo les daríamos cuanto querían. Desde que salté en tierra se les cuece un almud (del maíz) de limosna en el cazo y yo se lo(s) reparto cocido y algunos puños a los que no alcanza(n). Esto es de limosna, aunque no se haga

---

61 *Es de notarse que los indios no sólo tendían a aceptar el trato directo con los inmigrantes, sino que se mostraban dispuestos a auxiliar a éstos en tareas como las que aquí menciona Salvatierra.*

62 *Monquí era el nombre genérico que se daban a sí mismos los indios que poblaban la zona costera en la que se hizo el desembarco; no era, pues, el nombre de una ranhería o banda. Vid. Miguel del Barco, Historia natural y crónica de la Antigua California (Adiciones y correcciones a la Noticia de Miguel Venegas), ed. y est preliminar de Miguel León Portilla, México, Universidad Nacional Autónoma de México, 1973, 172. El padre Francisco María Piccolo, por su parte, da en un texto suyo los nombres de las ranherías que quedaron adscritas a la misión de Loreto y no incluye ninguna que se denominara monquí. Vid. F. M. Piccolo, Informe del estado de la nueva cristiandad... pp. 53-56.*

nada, que al que ayuda en alguna cosa, aunque de mover una mano, se les da su puño antes de repartirles el pozole.<sup>63</sup>

Voy con los papeles del padre Juan Bautista Copar(t),<sup>64</sup> entrando con ellos en hablar en alguna cosa de nuestra santa fe, y se deberá todo a dicho padre y a lo bien que trabajó la doctrina cristiana en esta lengua, de lo cual ellos (los indios) quedan muy admirados. Y lo que me consuela mucho es ver que la palabra de Dios va entrando como la lluvia en la tierra.

Reconociendo el peligro en que nos hallábamos por la codicia en los bastimentos de maíz, y como (los indios) se arrimaban por de fuera de la trinchera a los costales, arrimamos en una tarde una cerca de ramas de mezquites espinosos a toda la trinchera y fue tal el sentimiento de ellos por esto, que se pudo temer mucho no diesen sobre nosotros.<sup>65</sup>

Y poco valía el que le dijese que todos eran buenos, pero que tal y cual hurtaba, con que, viendo yo el peligro de nuestra gente, requerí al capitán Romero para que nos dejase para nuestra defensa un pedrero<sup>66</sup> de los que traía la galeota, y luego se desembarcó (dicho pedrero), ayudándonos mucho dicho capitán con toda la gente de el mar.

Descabezamos un mezquite grueso, (que estaba a) cuatro pasos de la trinchera. Se agujeró (el tronco) con escoplos y se plantó en él el pedrero, alargando la trinchera para tener dentro el pedrero en su tronco, el cual (o sea, el pedrero) se voltea por todos lados con mucha facilidad, dominando todo el real, toda la cañada, toda la mesa y hasta toda la playa de el mar, de cuya vista se goza. Pasamos la noche los pocos que aquí estábamos con mucha vela,<sup>67</sup> concertados con los de la mar que, a oírse dos tiros de arcabuces, viniesen a socorrernos, que sería señal (de que los indios) darían sobre nosotros.

---

63 *Vemos aquí que, aunque, en lo general, el alimento se distribuía indiscriminadamente entre los indios, algunas cuotas adicionales de maíz se repartían en forma condicionada.*

64 *En esos "papeles", que Salvatierra recibió de manos del padre Juan Bautista Copar(t), se contenía el vocabulario, al que ya hemos aludido en otra nota.*

65 *Léase: "se pudo temer mucho que diesen sobre nosotros".*

66 *Pieza de artillería que se cargaba con balas o con piedras.*

67 *Es decir, casi sin dormir.*

Sosegáronse de esta primera moción y esta noche, que fue en 23 de octubre, nos cayó un aguacerón tan grande que nos mojó cuanto teníamos, confiados en que no llovía en Californias.

El día siguiente al aguacero desembarcó la santa Madonna y topó regado todo el suelo. Se recibió en tierra con mucha salva y rezamos con los indios el *Ave María*, en su lengua,<sup>68</sup> y cantando las letanías lauretanas la llevamos en procesión al real, cargándola el capitán Juan Manuel Romero y otros. Con otra salva entró (la imagen de la Virgen María) dentro de el real, armándosele por iglesia la tienda de don Domingo de la Canal que, con el pabellón de don Martín de Zabalza<sup>69</sup> y otros, componen las tiendas en medio de el real.

Dieron señas de mucho gozo los indios e indias con la venida de la santa imagen, que llegó aquí el viernes en la tarde, y el sábado siguiente se le celebró la misa, en 25 de octubre,<sup>70</sup> y dos días antes habíamos plantado la santa cruz con muchas flores, instándome todos los españoles (y) después muchos indios para (que les permitiera) besarla.

En todo este tiempo de detención de la galeota no hemos podido saber nada de la lancha ni de los seis hombres que vienen en ella, y, así, prevenidos aquí lo mejor que se ha podido, nos quedamos aquí solos, yendo la galeota a su viaje segundo (al) Yaquí para traer algunos soldados y algunas bestias y unas cargas de bastimentos que dejamos, tanto más que en la lancha perdimos cuasi toda la carne y el maíz mejor que venía en esta ocasión.

Salió, pues, la galeota el sábado 26,<sup>71</sup> y, al vernos pocos y tan solos y con maíz, se tentó mucho de la gente de la parte de los indios para obligarnos a que les diésemos cuanto querían de lo que ellos pedían y querer quedarse todo el día con nosotros, comiendo todo el día sin querer ayu-

68 *Seguramente se utilizaron para el caso los apuntes del padre Copart.*

69 *Domingo de la Canal y Martín de Zabalza eran probablemente vecinos de la ciudad de México que habían contribuido al gasto de esa primera entrada.*

70 *En todas las copias manuscritas de esta carta que tuvimos a la vista aparece esta fecha tal y como la hemos transcrito. Sin embargo, como lo ha hecho notar el padre Burrus, se trata evidentemente de un error. Vid. E. J. Burrus, ed. Juan María de Salvatierra, S. J. Selected Letters... p. 111, nota 61. Basta cotejar las fechas de los días anteriores que Salvatierra va consignando puntualmente en los párrafos antecedentes de su carta, para darse cuenta de que ese sábado, en el que se celebró la primera misa en Loreto, debió ser 26 de octubre.*

71 *Aquí vemos confirmado lo que, respecto de la fecha de aquel sábado, se indica en la nota anterior.*

darnos en nada. Y para que se apartasen de la i(n)mediación de el real a boca de noche se hacían muy reacios, de suerte que fue grande favor de la Virgen Santísima el que desde luego no se quebrase con ellos alguna demostración (sic) de guerra, por no querer ellos obedecernos y apartarse a boca de noche. Y de estos peligros de romper cuasi cada día, por los días primeros en que nos hallamos solos se pasaron dos (peligros) cada día. La dicha ha sido que entre ellos se han demostrado (sic) algunos alentados en nuestra defensa y en sosegar el atrevimiento de los otros.<sup>72</sup>

El día de San Simón y Judas,<sup>73</sup> estando yo para decir misa fueron algunos (indios) malévolos a arrebatarse con el ganado menor de las pocas cabras y carneros, y acudieron otros a avisarnos y que fuesen con ellos algunos de nosotros hacia la playa.<sup>74</sup> Y salió el alférez don Luis Tortolero con otro, quedando aquí los otros (habitantes del real) con prevención, y, de este modo, luego (a)parecieron las cabras y carneros, retirándose los malechores.

Trajéronlas al corralito, sin que faltase nada y, con esta ocasión, mandé matar el carnero más gordo, que era lástima se lo comiesen los enemigos.<sup>75</sup> Y, por ser tan buenos los pastos, el poco ganado menor, que no venía de la mar muy maltratado, ha engordado y se reconoce ser la tierra buena para ello, que el entenderse lo contrario era una de las imposibilidades que se ponían para poblarse en la California.

El día siguiente después de desembarcada la Virgen Santísima llovió también un aguacero que empapó toda la tierra y empezaba ya a correr el agua. Y como estamos aquí sin abrigo nos causó en los días siguientes muchas incomodidades para haber de enjugar trastes sin deshacer sino a retazos la trinchera. Y como cada uno de los pobres en estos aguaceros se arrimaba al abrigo de algún rincón, con mucho gusto, en medio de el

---

72 *Esta referencia es interesante porque alude a las divisiones internas que, a consecuencia del contacto con el grupo forastero, se empezaban a producir en los grupos indígenas.*

73 *28 de octubre.*

74 *Aquí se advierte ya cómo se fueron haciendo militantes las lealtades que algunos indios mostraban hacia los forasteros. Esto, sin duda, tenía que afectar desde luego la cohesión interna de las bandas que iban quedando implicadas en la situación de contacto.*

75 *Nótese que Salvatierra califica llanamente de "enemigos" a los indios que habían tomado o tomaran los animales de la gente del real.*

trabajo, repetían riéndose estas palabras: “¡No llueve en California, no llueve en la California!” Así, en medio de mojados hemos estado alegres.

El martes 29 de octubre, a medio día vino y llegó aquí un indio alto, acompañado de otros, que decía: “Almilante, almilante”,<sup>76</sup> y tenía traza de cacique, según la demostración que hicieron los demás. Se dejó entrar dentro de el real en presencia de el alférez, a la sazón don Luis Tortolero, y mía, y se sentó y preguntó por el padre Matías, (el) padre Eusebio y (el) padre Juan<sup>77</sup> y por tal y cual de los de el tiempo de don Isidro (de Atondo). Venía desnudo, como todos,<sup>78</sup> y el venir de esta manera nos hizo ver la grave enfermedad que el pobre tenía, pues ya tenía comida del cáncer cuasi toda una parte del cuerpo.

Mostró y muestra ser indio de buenas entrañas y que Dios lo ha conservado en vida para que reciba el santo bautismo. Dice que lo llamaban Dionisio y asiste a la doctrina con muchas señales de predestinado. Es grande comedor, al par que altote que es él, y, siendo él de San Bruno, con el regalo de que le hago se ha detenido aquí y con título de enfermo duerme i(n)mediato a la trinchera con algunos de su séquito. Y es el único que, (según) he alcanzado, muestra indicios de saber alguna cosa de Dios y afición a ellas; y otros, aunque sabían decir “Santa María *ora pro nobis*”, era sin conocimiento de las palabras sino materialidad, y al mismo tiempo pronuncian “mantequilla”, “perro”, “señor” y otras al tono.

El dicho indio cacique enfermo, un día después de haber llegado entró aquí a el anochecer, que fue el último jueves de octubre, y me dijo en secreto, a los oídos, que los monquí querían venirnos a matar esta noche o mañana, según pude entender. Estuvimos, aunque (somos) pocos, bien prevenidos toda la noche y, como a media noche, avisó el soldado de posta que había oído disparar un tiro hacia la ranchería de los monquí,<sup>79</sup> por

76 *Preguntaba seguramente por el almirante Isidro de Atondo, que más de diez años antes había estado en San Bruno. La palabra está escrita así, “almilante”. ¿Quiere decir esto que así la pronunciaba el indio? ¿Hemos de pensar que en la lengua que hablaba este indio –cochimi seguramente– no se empleaba el fonema “r”.*

77 *O sea, por los padres Matías Goñi, Eusebio Francisco Kino y Juan Bautista Copart, que asistieron a la expedición de Atondo.*

78 *Poco antes, en esta misma carta, Salvatierra indicó que los hombres nativos andaban desnudos, pero que las mujeres usaban una especie de faldellines de canutillos o pedacitos de carrizos.*

79 *Otra vez incurre Salvatierra en el error de considerar que monquí era el nombre de una ranchería.*

la mar. Lo mismo dijo el compañero de posta y los indios que dormían con el cacique enfermo.

Se respondió de acá con disparar un arcabuz y de allí a una hora oímos todos claramente disparar otro tipo de pedrero o pieza (de artillería) la mar abajo, hacia esa ranchería de los que querían dar. Espantáronse los indios y preguntaron (que) qué era eso, y respondimos que eran otros españoles que nos venían a socorrer contra los monquí.

Aquí descargamos el pedrero de balas y se (le) pusieron unas piedras y se disparó con la boca alta hacia la mar, y como era de noche hizo grandísimo ruido y las piedras y las balas que iban por el aire lo mismo (hicieron ruido).

Juzgamos sería la lancha perdida que, costeando, venía en busca de nosotros disparando de noche. Amaneció y vimos arrimada al islón del Carmen una embarcación que, por juzgarla todos ser la lancha y no ser otra, nos puso en mil discursos de cómo, teniendo bastante viento, no se acercaba acá, antes se iba encaminando hacia (la isla de) Coronados a salir por esa boca que hace la isla de Coronados por la punta de esta ensenada. Y de hecho salió de dicha boca y se nos des(a)pareció, dejándonos confusos y juzgando que por la mar afuera tendría aires contrarios.

Pensamos se abrigaría a la espalda de la isla de Coronados, en cuya ensenada estarían resguardados de los malos vientos. Y estando en esta suposición llegó un indio que desde esta punta, con su balsilla,<sup>80</sup> fue a bordo de la embarcación hasta Coronados, por su curiosidad, y con esta ocasión se trujo una carta que todos pensamos con mucha alegría que era la carta de la lancha; pero se nos aguló luego la alegría, pues la carta era del capitán Juan Antonio Romero, que se decía de esta manera: “Que- do pesaroso de no haber conseguido lo que pretendía para que tuviera vuestra reverencia algún alivio con la gente que hubiere traído; pero nos ha sucedido al contrario, que estuvimos en la otra banda<sup>81</sup> en seis brazas de agua, seis leguas a sotavento de(l) Yaqui, y fue tanto el viento y la mar

80 *El padre Miguel del Barco describe unas balsas que los indios del sur de la península construían con troncos de un árbol parecido al corcho. Vid. M. del Barco, historia natural y crónica..., p. 70. Las que usaban los indios de la región de Loreto estaban hechas de carrizos, según lo indica Salvatierra en la carta V.*

81 *O sea, en la costa del Yaqui.*

que me obligó a venirme a esta costa para ganar barlovento y proseguir el viaje, que si no me hubiera venido acá ya hubiera perdido el viaje y (nos hubiéramos perdido) nosotros de vuelta para Chacala. Dios ha sido servido de que haigamos vuelto aquí. Dios me concede besar la mano de vuestra reverencia.” Hasta aquí la carta del capitán de la (galeota) para su viaje.

Y aquí nos quedamos arrimados al amparo de la Soberana Señora, desamparados de todo socorro de la tierra, y, aunque pudo causar mucho desmayo en los pocos hombres que aquí estábamos, no obstante todos sacaron fuerzas y nuevos alientos para defender la fe.

No dieron sobre nosotros este día los enemigos porque pensaron que venía la embarcación disparando por la mar para amenazarlos; pero al día siguiente, reconociendo ellos haberse ido otra vez y sin socorrernos la embarcación, acudió mucha gente en son de paz en cercanía del real y del cazo de pozole. Y aunque venían sin armas como acostumbra, no obstante se vido que algunos traían piedra debajo del brazo y tal y cual su estoque en la mano, que es arma con la que pescan y juntamente con que pelean.<sup>82</sup> Yo, sin hacer novedad, salí a la hora ordinaria. Al estar casi cocido el pozole juntéles a la doctrina, en la cual estuvieron con poca atención. Repartióseles el pozole, que, con lo que se añadió de maíz seco, alcanzó para todos.

Después estúveme paseando y, sentándome en un palo, estuve haciendo ejercicios de lengua,<sup>83</sup> en el cual tiempo se me arrimaron más curiosos y más gente de lo ordinario para este ejercicio. En el caso me dijo uno, señalándome el zurrón más grande de maíz y diciéndome que les diese ése y que, de no dárselo, nos mataría.

Por decir la palabra matar dicen “lui, lui”. Hice que no entendía, como a cada paso sucede en quien aprende lengua y se está enseñando en ella. Mostré de tomar por equívoco la palabra “Luis” y “Luisillo”, que es el nombre de un indio californio, pariente de éstos, que desde el tiempo de don Isidro de Atondo salió de esta tierra con otros dos

82 *Probablemente ese “estoque” fuera una especie de dardo o lanza con mango de madera y punta de piedra.*

83 *Es decir, practicando la lengua de los nativos.*

indi(e)zuelos californios en compañía del padre Juan Bautista Copar(t). Antes de desamparar la California (esto es: antes de que la expedición de Atondo abandonara la California) salieron (Luisillo y los otros dos indios) en una embarcación, la cual después no volvió más, y con esto se quedaron los dichos tres indios al amparo del señor obispo de Guadalajara, don Juan (Santiago) de León Garabito, y por más diligencia que yo haya hecho no pude traer conmigo los dos que todavía están vivos en algún escond(r)ijo de alguna hacienda de (la Nueva) Galicia o la Nueva España.

Con el equívoco, pues, del nombre de Luisillo, les dije que (él) vendría acá y que estaba vivo y que lo verían, y, dándoles la detenida con ello, me fui saliendo poco a poco de entre ellos y me retiré dentro de la trinchera, en donde, ya con muchas malas señas que se habían visto, se resolvió de despedir a los indios para que se fuesen a pescar y otras cosas suyas semejantes en que se ocupan para sí mismos.

Quise tratar de ver si se podrían ocupar en alguna faena, y así, les dije que trujesen unas piedras para hacer el pie de un horno, y para el ejemplo empecé yo a trabajar, y un par de españoles bien prevenidos por orden del alférez hicieron lo mismo. Y a haber ayudado (los indios) en algo ya era algún título para dárselos maíz y no por título de miedo que nos ponían; (pero) no hubo quien alzase la mano y se levantase a ayudarnos en cosa, de lo cual reconocimos con más claridad su depravado intento.

Dejamos nosotros también el trabajo, por no conseguir el fin que pretendíamos, y, finalmente, fue menester llegar a la última resolución de mandar que se apartasen, con todos los medios de mansedumbre, lo cual no sirvió y fue menester llegar a las amenazas de las armas. Y como yo estaba en medio de entre los españoles y los indios procurando con buen modo la retirada de paz, me alcanzó de uno de ellos, a género de caricia, que fue una bofetada de dos manos a un tiempo, y tal y cual de ellos, al son del aire, (me tiró) alguna piedra. Pero finalmente se retiraron, habiéndome yo retirado primero, dejando obrar a los españoles con amago de guerra.

Al irse retirando y apartando, dos ancianos de ellos se pusieron por delante y, volviendo la cara para su gente, le hicieron señas con las manos a que se apartasen y sentasen. Después, volviendo la cara a nosotros, nos hicieron las mismas señas a que nos aquietásemos y depusiésemos

las armas. Con eso sirvieron ese día para medianeros<sup>84</sup> y los indios todos se repartieron en cuatro escuadras, en cuatro diferentes puestos, todos abajo del real, en la cama que hace el río,<sup>85</sup> distante(s) todas las escuadras como un tiro de escuadras de arcabuz, y se sentaron todos, cada escuadra en su puesto.

Y el modo de sentarse cada escuadra era éste: sentábase uno en la punta, que hacía frente; luego se seguía otro, eslabonado, en la segunda hilera, i(n)mediato del primero; en la tercera hilera venían tres, en la cuarta cinco, y se volvían.<sup>86</sup> Y de esta manera se estuvieron todo el día entero hasta caer el frío de la noche, sin hacer ellos ni nosotros tampoco nada.<sup>87</sup>

Vino el día siguiente y, como si no hubiera sucedido nada el antecedente, aquí se coció su pozole ordinario y hubo su doctrina y su comida, como siempre, y se resolvió acá, por consejo del alférez don Luis (Tortolero) y mío, que no se despidiesen después de la comida sino solamente después de la oración de la noche. Ello era de gran cocijo<sup>88</sup> a los pocos hombres que aquí estábamos para la guarda y vigilancia, quemándose los pobres al sol, sin tener tiempo de poder descansar de día siquiera un cuarto de hora después de haber pasado toda buena parte de la noche en vela, repartiéndose los cuartos,<sup>89</sup> sin tener una noche vaca<sup>90</sup> para poder descansar.

No obstante este grande trabajo y tesón, todos se sujetaron, y con amor, a esta orden, para tener cada día una ocasión menos para alboroto y motín de los indios. Y así, tan solamente se despedían (los indios) a boca de noche y casi siempre con mucho trabajo y peligro, desamarrándome siempre para esa hora un perro bravo que traíamos y asomándolo a la puerta del real, llevándolo de la mano un soldado, y, de esta manera, entre burlas

84 *Es obvio que esos ancianos tenían un cierto ascendiente sobre sus coterráneos. Cabe preguntarse si, entre los grupos nativos, las posiciones de autoridad estaban a veces asociadas con la edad.*

85 *En la cama o lecho del río. Salvatierra debió haber escrito más bien "arroyo", pues no hay río en esa región.*

86 *Esta parte de la frase, "y se volvían", no hace sentido. Probablemente fue mal transcrita por alguno de los primeros copistas.*

87 *Esta ordenada formación militar, según es descrita por Salvatierra, hace pensar en una tradición compartida por las distintas bandas.*

88 *Cocijo era una deidad zapoteca, asociada con la lluvia. Aquí la palabra cocijo se usa en su sentido coloquial de molestia, incomodidad.*

89 *Es decir, asignando vigilantes para cada cuarta parte de la noche.*

90 *Vacante, sin ocupación.*

y veras se iban apartando. Y con este tesón e i(n)menso trabajo pasamos hasta el día de los asaltos, que sucedió en 13 de noviembre.

En este ínterin iba creciendo la enfermedad del cacique que, gentil, se llamaba Dionisio, teniendo comida del cáncer ya casi del todo una parte del cuerpo y empezándole a entrar en las tripas. Habíanse dispuesto en todos los días antecedentes para el santo bautismo, y, así, con consuelo de todos se bautizó el día 11 de noviembre y se llamó Manuel Bernardo Ibó,<sup>91</sup> significando esta palabra *ibó* el sol.<sup>92</sup>

El día 12 entróse dentro (de) la trinchera el cacique nuevo cristiano, al anochecer, después de haberse apartado toda la gente de los indios, y me dijo en secreto que cuidase bien del maíz porque querían venir los enemigos y llevárselo. Nos prevenimos bien de noche para cualquier acontecimiento, exforzando (sic) los puestos más flacos de la trinchera.

Amaneció el día siguiente, 13 de noviembre, día de nuestro santo novicio Estanislao.<sup>93</sup> Deseé mucho celebrarle con solemnidad la misa, pero las sospechas de algún rebato y los muchos indicios de ello ni para los repiques de la campana dieron lugar, temiendo no nos asaltasen en tiempo de la misa,<sup>94</sup> la cual se celebró a toda prisa.

Pasóse la mañana con las distribuciones ordinarias, sin haber habido novedad en nosotros desde que saltamos el pie en tierra. Fue mucho el gentío que acudió a la doctrina: y al repartimiento del pozole se hacían del rogar algunos, cosa que nos causó novedad, abalanzándose de ordinario a la comida. Y es el caso que, como ya lo miraban todo por suyo, no hacían caso de lo poco para arrebatárselo todo.

El día antecedente se vido mucho movimiento de gentes con arcos y flechas, como que se iban a otra parte a no sé qué casamiento con algunas doncellas de la nación didiú;<sup>95</sup> y con este achaque durmieron lejos del

91 *Fue éste, pues, el primer indio bautizado por Salvatierra. Advierta el lector que, a los nombres de pila impuestos al indio, se agregó un apellido tomado de una lengua vernácula: la cochimí.*

92 *Ibó significaba ciertamente sol o día en lengua cochimí. Vid. M. del Barco, Historia natural y crónica..., p. 180. ¿Quiere esto decir que el indio bautizado hablaba la lengua cochimí, que no era la propia de los indios de la región de Loreto, identificada más bien como variante dialectal de la lengua guaycura?*

93 *El beato Estanislao de Kotska, que había sido novicio de la Compañía de Jesús.*

94 *Es decir, "temiendo que nos asaltasen".*

95 *Asume Salvatierra que los didiú formaban una parcialidad de la población indígena comarcana. En esto lo sigue el historiador jesuita Miguel Venegas en su Noticia de la califonia y su conquista temporal y espiritual*

real y desde aquí descubrimos las lumbradas. Pero todo fue un engaño, porque dormir lejos sería para la junta y última resolución de dar todos a una sobre nosotros.

Estando comiendo los soldados como (a) cuatro pasos de la puerta, y estando uno de ellos, mocito, en guardia de la puerta con luneta o dejarretadera en las manos —arma que nos ha servido de alabarda—,<sup>96</sup> se pararon muchos (indios) cerca de la puerta y, empezando a desviarlos con buen modo el soldado de guardia, no quisieron hacerlo. A un indio malévolo entre ellos y algo ladino, de los de San Bruno, como se arr(i)esgaba a quitar la luneta de las manos del soldado, conocido el avilantez<sup>97</sup> y el riesgo acudió luego el alférez y teniente don Luis (Tortolero) y, arrancando la luneta de manos del soldado, defendió la puerta y amagó, si se resistían, con ella (con la luneta), haciendo al amago más rebelde entre ellos. Y otras veces se habían hecho semejantes (amagos) y, con ellos, retirándose la gente; pero ahora se retiraron convocándose, pues ya estaban convocados. Mandaron se retirasen todos, aun los que con i(n)mediación nos asistían, que eran tres mocitos de buen natural, y uno de ellos sólo no quiso obedecer; se quedó con nosotros solo. Hasta el cacique enfermo llamaron y se fue y se apartó porque no lo matasen después de habernos muerto a nosotros.

Luego oímos gritos entre los carrizales, y el indio cristiano de Tepahui, con aliento, escapó las pocas cabras y carneros de sus manos (y) las trujo al corralito, al abrigo de nuestra trinchera; y porque los marranos no estaban lejos sino a nuestra vista, salió don Luis (Tortolero) con otro soldado y el indio de Sonora<sup>98</sup> para recogerlos, y tuvieron tan buena mano que, aunque con algunos flechazos ya clavados, los entramos dentro del real llamándonlos.

Ya de todas partes empezaban a llover flechas dentro y, finalmente, todos a un tiempo nos vimos asaltados por todas partes. Y fue por cuatro

---

hasta el tiempo presente, *México, Editorial Layac, 1943, vol. I, p. 66. Por nuestra parte podríamos tener razonables dudas sobre la significación de ese supuesto gentilicio.*

96 *La dejarretadera o desjarretadera es un instrumento que se usa para destazar animales; se compone de un asta de madera y una cuchilla en forma de media luna (de ahí que también se le llame luneta). La alabarda es un arma con asta de madera y cuchilla transversal, así que muy bien podía ser usada como tal la dejarretadera que se llevaba.*

97 *Avilantez: audacia, insolencia.*

98 *O sea, el indio de Guásabas, Sonora.*

partes: por la abra de la cañada abajo cargaba una escuadra de gente con las espaldas aseguradas por otra escuadra, por engrosarse (en) caso (de) que hiciésemos surtida;<sup>99</sup> la segunda escuadra salía de la cañada arriba, a donde tenían éstos la ranchería,<sup>100</sup> (y) también tenían resguardadas las espaldas de otra escuadra; y por lo alto de la mesa nos tuvieron asimismo cercados por dos lados por el plan de la mesa que mira a la mar y por el otro plan de la mesa que mira a la mar y por el otro plan de la mesa, de espaldas de el río.<sup>101</sup>

Nuestra pequeña escuadra también se repartió, poniéndose el alférez y capitán don Luis (Tortolero) en la parte más peligrosa, con Bartolomé de Figueroa, en la punta que hacía la trinchera a la cañada abajo y a la parte de la mesa arrimada a la playa. En medio del lado para la playa estaba el indio sonora de Guásabas, llamado Marcos, indio muy alentado y que obró mucho en la pelea. En la espalda del capitán don Luis estaba el otro indio, (originario) de Tephui, llamado Alonso, y en medio, abajo, un soldado mulato llamado Andrés Perulero y mozo, y en la trinchera más fuerte y de menos peligro, por el lado último de la mesa, estaba Esteban Rodríguez, portugués, y a la punta y puerta asistía un bombardero maltés, que había servido en la nao de China, llamado Juan Caravana. Este cuidaba mucho del pedrero y defendía asimismo esa punta en la i(n)mediata, que miraba a la playa. Arriba estaba Nicolás Márquez, siciliano, que muchos años había servido a nuestro rey en oficio de bombardero. Yo también estaba en medio de la trinchera y procuraba acudir a la parte en que reconocía más peligro, asistiéndome el indi(e)zuelo de Guadalajara, de Ventitán.<sup>102</sup>

Las cuatro escuadras de los enemigos eran de cuatro facciones de gentes o naciones, todas de los alrededores. Corrían los dos lados de lo alto los laymones, antes de cercanía, a espaldas de La Giganta, con los monquí, que quedan al sur, y los altos y bajos de la playa los ocupaban los didiús

99 *Surtida: salida oculta que hacen los sitiados contra los sitiadores.*

100 *Nótese que el término ranchería se utiliza también para aludir al lugar en que está asentado un grupo, aunque, como en este caso, sea de un modo circunstancial.*

101 *Más bien, del arroyo.*

102 *Aquí Salvatierra da los nombres de quienes lo acompañaban en este trance, salvo en el caso del joven indio de Ventitán. Seguramente lo hizo para hacer constar su participación en la batalla y solicitar luego para ellos un reconocimiento oficial.*

y los edúes.<sup>103</sup> Cargaron todas las cuatro escuadras en un tiempo sobre nosotros y, además de las flechas que despedían, empezaron por los dos lados de lo alto a llover piedras y tierra en la trinchera.

Prosiguieron de esta manera por el espacio de dos horas hasta que, defendiéndonos con todo valor por todas partes, de cansados cesaron un rato, como de medio cuarto de hora, de pelear, aunque aún en este tiempo venían algunas flechas de dentro del monte hacia nosotros. Y cuando juzgamos que ya estarían arrepentidos, de repente dieron segundo avance aún con más fuerza que el primero y reforzados de más gentes todas sus escuadras.

Todavía no se había tocado el pedrero, guardándose para la última y extrema necesidad, teniendo todos mucha confianza en él. Y de cuando en cuando se habían hecho ademanes de dispararlo, y con los ademanes se retiraban de miedo la escuadra de la punta o cañada arriba. Finalmente, siendo muy exforzado (sic) este segundo avance, se resolvió por el capitán que el bombardero maltés pegase fuego al pedrero. Se disparó y obró la Madonna Santísima (podemos decir, con milagro) por no haberme el pedrero muerto a mí y al bombardero y a los otros soldados que estaban allí cerca, porque reventó con tanta fuerza que hizo pedazos toda la clavisera y saltó parte de ella (a) unos seis pasos de donde se disparó, y hasta la cuña de hierro se hizo tres pedazos, saltando cada uno (por) diferentes rumbos, y la cámara saltó como nueve pasos con tanta violencia que, pasando cuasi sobre de mí, no la vide sino después de saber que ella era (la) que estaba unas cuantas varas más adelante.<sup>104</sup>

El bombardero, por la fuerza del aire en reventar el pedrero, se cayó en el suelo desde lo alto y de la caída con tanta fuerza perdió por un rato los sentidos; pero luego volvió en sí con dos golpes, que reconocimos no

---

103 *Salvatierra incurre aquí en una confusión, debida quizás a su incipiente conocimiento de la lengua de los indios lauretanos. Hemos dicho que monquí era el nombre genérico que se daban a sí mismos; tal vez haya tenido el sentido de "nosotros, los que vivimos aquí". Esos indios llamaban en general laymones a los que vivían hacia la sierra, por el oriente, y edúes a todos los que tenían sus territorios de recorrido en hacia la parte sur. Señalamos asimismo que el término didiú es dudoso. Más, pues, que nombres de comunidades específicas, éstos que recogió Salvatierra parecen ser que aludían a las posiciones de las cuadrillas atacantes. Como quiera que sea, es evidente que en esa ocasión varias rancherías o bandas asentadas en la región se unieron para efectuar conjuntamente el asalto.*

104 *Clavisera, cuña, cámara: partes de la pieza de artillería.*

ser cosa grave, y, así, volvió luego con sus armas a la pelea y todos nos alentamos a pelear hasta morir.

También cobró el enemigo mayor avilantez y pasaron luego correos a las escuadras todas avisando que el pedrero no mataba y mucho menos matarían los arcabuces chicos. Con eso apretaron por todas partes con el último esfuerzo. Seguros ya de la conquista, de matarnos y tomar la presa, se acercaron con mucha avilantez, tanto que me vide obligado a acudir por el lado de el pedrero y, parándome a vista de ellos, les dije que se apartasen, que podrían morir si se acercaban.

La respuesta fue tirarme a un tiempo tres flechazos y, así, viendo yo el caso desesperado, me inspiró Dios que sería más acertado el ayudar a los compañeros. Y desde ese tiempo que no obedecieron a la voz de el padre empezaron por todas partes a caer de ellos apeltados,<sup>105</sup> y, como entre los heridos cayeron algunos muertos de el todo y, amedrentados de el espanto y de el valor de los nuestros, en un tiempo, como a caídas del sol, se retiraron por todas partes en un tiempo y quedó todo con grande silencio.

Y dentro de un cuarto de hora vimos salir del carrizal de enfrente de la trinchera, la cañada abajo, el cacique enfermo, que se venía, por la enfermedad, muy poco a poco a nuestra trinchera. Y, así, como a inocente y enfermo lo recibimos con mucho gusto, y cierto que fue grande el consuelo que tuve en verlo, porque era señal de paz. Venía llorando y entró llorando y, así, nos dijo que habían muerto tres de los que nos asaltaron y quedó asustado de vernos a todos tan alegres y buenos, pues, aunque el alférez don Luis (Tortolero) y otro soldado, Bartolomé de Figueroa, recibieron cada uno un flechazo, pero por no ser cosa grave lo disimularon, que ni los demás de nosotros lo supimos sino después de entrada la noche, ni nadie de ellos, los indios, lo ha sabido.

Poco después de el cacique enfermo Manuel Bernardo, venía hacia nosotros desde la ranchería una tropa de mujeres con sus hijitos y se sentaron a puerta de el real muy sobresaltados y humildes, mostrando que pedían perdón y diciendo lo de los muertos, haciendo señal que los arcabuces los habían matado.<sup>106</sup>

---

105 *Es decir, heridos de bala.*

106 *Probablemente era costumbre entre los indios californios que las mujeres actuaran como emisarias de paz.*

Y fue tan de veras la sujeción que querían dejar (a) sus parvulitos a que durmiesen con nosotros en el real, aunque sólo uno dejé que quedase, diciéndoles que los españoles eran buenos y que no matarían sino a los que querían venirnos a matar y saquear, y que, a ser ellos buenos, los perdonaría el capitán.

Se espantaron de vernos a todos sanos y buenos, y, cerrando ya la noche, los despedimos y que se fuesen a sus ranchos; y sólo el cacique de San Bruno, enfermo, quedó como siempre en el real. Y dimos todas las gracias a Dios y a la Madonna Santísima, conquistadora y pobladora, y a su paje, nuestro novicio el beato Estanislao,<sup>107</sup> por tan insigne victoria, que ha sido la primera que en la California se haya tenido de campo a campo entre españoles e indios.

Al pie de la santa cruz que teníamos a la boca o puerta de la tienda o tabernáculo de María, muchísimas flechas cayeron y ninguna de ellas tocaron a la cruz, sino que todas se quedaron clavadas a sus pies. El día siguiente fue viniendo la gente que no había estado en la batalla; el segundo día (a)parecieron los demás.

La noche de la batalla fue tal el aliento que tuvimos todos los pocos que aquí estábamos que, ya suponiendo perdida la balandra o lancha y tan pocas esperanzas de la vuelta de la galeota, aun suponiéndonos desamparados de todo socorro de la Nueva España, estábamos muy contentos, como en tierra propia y como si hubiésemos nacido en ella y en ella hubiera mucho regalo.

Y quiso la Virgen Santísima pagar el buen afecto de estos soldados cristianos de no desampararle su tierra, pues la mañanita siguiente a la batalla, (a)pareciendo uno de los (indios) conocidos, que lo habíamos visto en la batalla, y proponiendo que no había estado contra nosotros sino que había ido a el monte por raíces para comer en el tiempo de los asaltos y por señal de ello nos había traído en la mano una raíz grande, que venía mostrándola.

---

107 *Recuérdese que ese día, 13 de noviembre, estaba dedicado al beato Estanislao de Kotska.*

Dionos curiosidad y finalmente reconocimos todos que la raíz era raíz de yuca<sup>108</sup> –y, después, con los peruleros<sup>109</sup> de la galeota nos hemos confirmado (en ello) con evidencia–, y no sabe muy bien la yuca, que es la comida de que se compone el cazabe,<sup>110</sup> raíz que sirve de pan en tantos reinos de las Indias y de la América. También hay venados grandes y otro género de animal grande que, teniendo pitón grande, no sabemos qué animal sea y dicen que hay muchos en estas serranías.<sup>111</sup>

Al segundo día después de la victoria, ya muchos contentos de vivir aquí sin embarcación ninguna, estando para celebrar la misa de gracias por la victoria a la Virgen Santísima (a)pareció de lejos una embarcación que vino entrando poco a poco, y conocimos que era la balandra perdida, que recibimos con mucho gusto y, por el socorro de gente que en ella venía, (concebimos que íbamos) a descansar con mucho gusto. Más, (por) que nos trujo nuevas de la galeota, de su arribada a(l) Yaqui y haber salido de un grande trabajo, sacándola otra vez a la mar la nación yaqui, que, a instancias del padre Diego de Marquina, que se les hincó de rodillas y les pidió por María Santísima que ayudasen todos para sacarla como lo hicieron. Y a un tiempo recibimos la nueva de la desgracia y (la de) haber salido de ella.

El día de la Presentación de María Santísima<sup>112</sup> vinieron los de la ranchería a avisarnos que había muerto uno de los heridos en la pelea, de la facción o nación monquí, y que por esta muerte había(n) dicho (los monquís) que se querían vengar de nosotros y querían venir, y que los incitaban contra nosotros; pero éstos, ya desengañados, se vinieron todos a arrimar a nuestro real y durmieron cerca de él, entregando todas sus armas y haciendo ellos también su trinchera para pelear contra el enemigo. Pero el día siguiente dijeron que los monquí habían dicho que no querían pelear contra nosotros porque tenían mucho miedo de los arcabuces.

---

108 *Yuca: nombre vulgar de un arbusto de la familia de las euforbiáceas, llamado también mandioca.*

109 *Gente que venía de Perú, en este caso gente marinera.*

110 *Especie de pan hecho de raíz de mandioca.*

111 *Salvatierra debe haber tenido ya noticia de la existencia del berrendo californiano, llamado ammo-gokió en la lengua hablada de la región de Loreto. Como se sabe, hacia el interior de la península había también borrego cimarrón, al que los indios de la región llamaban tayé.*

112 *21 de noviembre.*

Al ejemplo de el cacique enfermo bautizado dos días antes –ya hoy día quedó oleado– piden muchos de ellos el santo bautismo y se les responde que cuando sepan bien la santa doctrina se les dará. Mas el cacique enfermo pidió que se bautizasen (sus) dos hijos, el uno de ellos de cuatro años (y el) otro de ocho, y se dejó este segundo hasta que supiese bien la doctrina y se bautizó el más chico, dándosele el nombre de Bernardo Manuel, como a su padre, adelantando y posponiendo el segundo nombre. Y con eso logró sus cristianísimos deseos el señor conde de Moctezuma, virrey, y la señora duquesa de Sesa, su esposa, que pidieron estos dos primeros nombres para los primitivos cristianos de este reino de Californias.

Se le puso su rosario al cuello a Bernardo Manuel y nunca lo ha querido dejar y hace extremos (sic) sentimientos cuando su madre se lo quita para verlo (e irlo) mostrando a otras mujeres. También quedan bautizados otros dos niños con los nombres de los principales bienhechores de esta conversión,<sup>113</sup> y, prosiguiendo con buenas señales de paz constante, en breves días se podrán bautizar muchos parvulitos, asistiendo ya muchos de sus padres y sus madres a la doctrina con demostraciones (sic) de que les va entrando a fuerza la palabra de Dios.

Antes de que llegase el día de la pelea hizo todo lo posible para que reconociesen la fuerza de nuestras armas, así, en algunos tiros, tirando a los patos y otros animales. Y la misma noche antecedente mató un soldado que estaba de guardia a un coyote muy gordo, que ellos (los indios) pidieron para comérselo y, en nuestra presencia, lo tatemaron<sup>114</sup> como comida de grande sabor. También se puso un blanco de una tabla de buena distancia y, tirando todos, por mostrar que yo también sabía, tiré también y fue uno de los mejores tiros. Tiraron ellos sus flechas y, después del ejercicio, al traerse la tabla vieron los abujeros (sic) de las balas y se cotejó con el rasguño de las flechas, y quedaron admirados de ver la diferencia de los tiros de unas y otras armas.

También sucedió pocos días después de haber saltado en tierra que, de noche, desamarraron el caballo que, por confianza de ellos (más bien: por confianza en ellos), lo teníamos en menos cercanía, aunque estaba a

113 *Seguramente Juan y Pedro, por Juan Caballero y Ocio y Pedro Gil de la Sierpe.*

114 *Tatemar: del verbo náhuatl tlatema, poner algo en la lumbre.*

la vista. Pero con la obscuridad de la noche antes que cenásemos lo desamarramos y se lo llevaron, y, aunque luego caímos en la cuenta de que no estaba a raya del carrizal, con todo, así por la imposibilidad de poder ver el rastro como por juzgar que él mismo se soltaría, se dejaron las diligencias de noche hasta que, en amaneciendo, vinieron los indios más cercanos y con fidelidad avisaron por dónde iba el rastro.

Y, haciendo la demostración (sic) los nuestros de ir por el caballo, se ofrecieron (los indios) a ir en su compañía y, pareciéndonos fieles y que sentían el caso muy mal, y juntamente pareciendo mengua de el valor de los nuestros y que tras del caballo darían sobre nosotros con avilantez, admitió el capitán don Luis (Tortolero) la oferta de dos soldados de ir acompañando a dieciocho indios flecheros que se ofrecieron (a) ir tras el rastro.<sup>115</sup>

Caminaron con ellos, siguiendo siempre el rastro, como dos leguas y media de tierra llana. Subieron una loma muy agria y, al descolgarse por el otro lado de la loma, dieron luego de vista la lumbrada y encontraron cerca de ella el caballo muerto, que ya habían empezado a desollar con sus piedras que les sirven de cuchillos y habían cortádole un lado. Destrozaron (los soldados) todo este resto de la presa y lo repartieron a los indios amigos (¡Dios sabe si lo eran!);<sup>116</sup> pero (los indios) quedaron espantados de ver que los nuestros iban en seguimiento de los malévolos hasta topar el rastro de la maldad y quitarle(s) la presa, estando ya hechos –de otros tiempos en que el rey gastó grandes haciendas y con mayor número de soldados—<sup>117</sup> a comerse la presa de mulas y caballos, de cabras y carneros que hurtaron.<sup>118</sup>

Para cumplimiento de nuestro consuelo, el sábado próximo pasado, 23 de noviembre, en que se empezaron en esta tierra a entablar los ejemplos de honra de María Santísima y de su santa casa de Loreto, después

115 *Hay que insistir en que estas "fidelidades" al grupo forastero menguaban la solidaridad que pudieran haber tenido estos indios "fieles" con sus coterráneos.*

116 *Expresa aquí claramente Salvatierra su incierta confianza en los indios "amigos".*

117 *Salvatierra está aludiendo aquí seguramente a la expedición comandada por Isidro de Atondo, en la que participaron unos cien hombres y para la que la Real Hacienda dio un subsidio de más de 225 mil pesos.*

118 *Claro está que lo que era hurto desde la perspectiva de los forasteros no era comprendido como tal por parte de los indios que se apoderaban de las bestias.*

del primer ejemplo que se contó vimos (a) parecer, por la boca de mar que (se) hace entre la isla de Coronados y la punta de esta ensenada, la galeota, que, con buen viento, en dos días de navegación dieron fondo cerca de nuestro real el mismo sábado.

Fue grande el consuelo que tuvimos de verla y mayor en saber que venía en ella el padre Francisco María Píccolo, antiguo misionero que, después de haber sido visitador y fabricado iglesias en las misiones tarahumares, dejando la suya con grande fidelidad a Dios y al rey en todos sus indios, misión de las más bien fundadas de esa provincia de tarahumares fieles,<sup>119</sup> lo dejó todo con mucho gusto para empezar otro tanto entre estos nuestros pobres bárbaros californios.

No es decible el consuelo que recibí en ello, así por lo tocante a mi persona como por lo tocante a los españoles e indios, pues con esta venida venimos a asegurar los progresos de esta conversión y que ya de esta vez no se sacará el estandarte de Cristo de este reino, tan grande que hasta ahora no se le sabe el fin, y que la gran pobladora María pondrá las raíces de su santa casa en sus escogidos.

Esto es cuanto puedo referir de lo sucedido hasta ahora y, así, aliente vuestra reverencia a los fieles cristianos, en especial a los liberalísimos republicanos de la imperial ciudad de México, para que nos socorran en estos primeros años para la fundación permanente de la santa fe en este reino declarado por reino de María, siendo ella la conquistadora y juntamente pobladora.

Remito a vuestra reverencia la memoria<sup>120</sup> de lo que necesitamos y no me dilato más sino (para) rogar en ésta a vuestra reverencia para que nos socorra asimismo encomendando esta nueva conquista y conversión en sus oraciones y santos sacrificios.

Real de Nuestra Señora de Loreto en la ensenada de San Dionisio de la California. Noviembre 27 de 1697 años.

De vuestra reverencia (queda este) indigno siervo en Cristo,

Juan María de Salvatierra

119 *Piccolo había atendido en la Tarabumara la misión de Jesús de Carichic.*

120 *Se le llamaba memoria a un listado de cosas necesarias, una especie de requisición. De la península se solicitaban usualmente telas, enseres, objetos litúrgicos y comestibles.*



## Miguel Venegas

No es una exageración calificar al sacerdote mexicano Miguel Venegas, nacido en 1680 en la ciudad de Puebla y muerto en el rancho de Chicomocelo en 1764, como enciclopedista, pues nos legó el mayor y más detallado acervo documental sobre asuntos californianos debido a los jesuitas de su época. Paradójicamente, nunca estuvo en California, pero su oficio como historiador e indudable capacidad para integrar, analizar, sintetizar y comentar la voluminosa información proveniente de las fuentes directas en que se basó para escribir la *Noticia de la California y de su conquista temporal y espiritual hasta el tiempo presente*, hacen de este texto el modelo a imitar, refutar y/o corregir por los cronistas posteriores. A manera de ejemplo, constatamos que la estructura utilizada, siguiendo las convenciones del momento, pero aprovechándolas con genuino instinto narrativo, prácticamente se repite tanto en la obra de Del Barco como en la de Baegert, salvo que Venegas es más prolijo en la parte histórica y escueto en la relativa a temas de la naturaleza peninsular.

La *Noticia...* fue escrita en el año 1739, a instancias de la propia Compañía de Jesús, como una suerte de informe compendioso de la situación que guardaba la empresa evangelizadora californiana, sin escatimar esfuerzo alguno para incorporar en ella las noticias más frescas recabadas a través de relatos solicitados para este fin a los propios misioneros en activo, así como datos más antiguos o remotos, registrados en los anales históricos a su alcance. Geografía, biología, historia y etnografía se in-

corporan de una manera natural, organizada y sumamente amena en este documento, concebido con una mentalidad abarcadora y totalizante, que permitió hacer un balance amplio, lo más objetivo e informado posible, acerca de los alcances y avances que los jesuitas vislumbraban de cara a, por lo menos, dos grandes retos: la inocultable gravedad de las revueltas indígenas ocurridas en la parte sur de la península (y consecuentemente, las muy altas probabilidades de que dichas revueltas se constituyeran en preludio de un levantamiento generalizado), así como el continuo roce y la animadversión con los civiles no sujetos a su autoridad, empeñados en colonizar, explotar y saquear los escasos recursos de la California con tácticas y fines distintos a los ligados a una conquista espiritual. Es, pues, un documento (o con mayor precisión, una amplia colección de documentos) que se enmarcan dentro de la visión militar-militante de la Compañía de Jesús: el acopio de datos para un análisis que no aspiraba a lo histórico ni mucho menos a lo anecdótico, sino a una evaluación táctica y estratégica respecto al rumbo por seguir.

Desde este punto de vista, debe ser concebido como un texto de carácter oficioso y oficial, en el cual su autor empeñó grandes esfuerzos para allegarse la mayor cantidad de información posible, así como también realizar una tarea interpretativa y de crítica de fuentes para generar un diagnóstico útil respecto a la situación real que guardaban las misiones californianas dentro de su entorno social y natural. Las más de 600 páginas resultantes dan cuenta del pleno acceso que Venegas tuvo a todos los documentos disponibles, así como la correspondencia que sostuvo con varios misioneros, componiendo una obra que no puede clasificarse sino como monumental, por más que haya merecido de parte tanto de Del Barco como de Baegert diversas quejas, adiciones<sup>121</sup> y refutaciones, atribuibles o atribuidas al hecho de que su autor sólo conocía los hechos y datos de segunda mano, mientras que sus críticos habían vivido largas temporadas en la península (el primero 30 años; el segundo 17). Del Barco acude a la cortés formulación de “adiciones”, subrayando que más que corregir, precisa y complementa lo publicado, en tanto que Baegert

---

121 “Adiciones a...” es el título que Del Barco suele anteponer a muchos de sus textos californianos, teniendo como referente explícito la obra de Venegas.

desarrolla una tarea mucho más abiertamente crítica, quejándose, entre otros aspectos, por las abundantes digresiones de Venegas, producto de su mentalidad barroca, detallista y por qué no decirlo, especialmente al exceso de celo derivado de la naturaleza oficial de su encargo. Para lograr convencer acerca de su veracidad, el autor no se contenta con la información recogida, sino que recurre frecuentemente a la comparación, el paralelismo o la ejemplificación referida a culturas antiguas o distantes, tratando así de mejor explicar y aclarar las características de los indígenas californios, tanto como exponer otros temas concomitantes. Esto irrita a Baegert y le parece “traído de los cabellos”.

Por más que ubiquemos a los jesuitas dentro de la estricta órbita de la fe y su expansión globalizante, debemos reconocer que la ciencia, entendida como generación sistemática y reflexiva de conocimiento, incluyendo el etnográfico e histórico, jugó un papel fundamental para este desarrollo. Tan es así, que el texto original de Venegas permaneció circunscrito durante 11 años a la consulta y uso interno de la Orden, no circulando públicamente sino hasta que otro destacado historiador jesuita, Andrés Marcos Burriel, lo retoma y revisa a partir de 1750, publicándose finalmente en 1757. Para que ello ocurriera se debieron librar distintas licencias, entre ellas la de la Corona de España y el Consejo de Indias, quienes revisaron minuciosamente lo escrito y comprobaron que: “Brilla su elegancia en el estilo sin trascender las reglas de lo historial, su claridad en el método, sin faltar a la serie cronológica de los sucesos (...) y su imparcialidad en los sucesos, sacrificándole a la verdad la víctima del rubor en muchos de ellos”.<sup>122</sup> Es decir, debemos entender que en ese entonces el libro fue valorado por su capacidad para dar a conocer, en forma amena y juiciosa, la vida y costumbres de la California, incluso si algunas de estas costumbres de los nativos resultaban francamente escandalosas o indecentes para sus lectores.

Actualmente, valoramos con creces otra ponderación de la época: “Ninguno hasta ahora había tratado expofeso de aquellas Naciones, cuyas noticias, divirtiéndose no menos por lo extraño, que por lo remoto,

---

122 *Doct. Don Jacobo Joseph Sánchez Samaniego, del Consejo de su Majestad, en el Real de Hacienda*, en texto introductorio incluido en la edición de referencia.

interesarán a la Religión y al Estado. A la Religión, porque al referirnos a las contradicciones y molestias que han sufrido nuestros Misioneros en la predicación del Evangelio a los Californios, encienden el espíritu a la imitación de una constancia tan laboriosa, que crecía infatigable entre los trabajos y las dificultades: y descubriéndonos la causa de ellas en su raíz, nos advierten del daño en lo pasado, para que se aplique el remedio en lo futuro. Al Estado, porque manifestando la situación de aquella Provincia, la actualidad del Presidio de Monterrey y el atraso de sus Fortificaciones: acuerda las Reales Ordenes, advierte su inobservancia y refleja sobre los riesgos de ella en la ocasión de una Guerra, corroborando el discurso de los sucesos y esforzándolo con la importancia de una Provincia, cuya falta cerraría el paso a nuestro comercio en las Islas Philipinas y Marianas: importancia que algún día puede ser digno objeto de vastas ideas.”<sup>123</sup>

Dicho de otro modo, las *Noticias...* constituyen el primer estudio sistemático sobre la California elaborado en el siglo XVIII, y si en su momento se estimaba el interés geopolítico que representaban los territorios ahí retratados, hoy en día no pueden sólo “divertirnos” por lo “extraño” y lo “remoto”, sino también ilustrarnos de manera muy detallada acerca de una realidad definitivamente perdida en el transcurso de su historia. Para los enciclopedistas franceses, que tanto aborrecieran los jesuitas, era posible compilar todo el conocimiento humano en un enorme libro y de esta manera acceder al dominio racional sobre el mundo. Para este “ilustrado” religioso, Miguel Venegas, era imprescindible recopilar todos los saberes existentes acerca de la California en un afán de iluminar, bajo la intensa luz del análisis crítico, aquellos caminos que habrían de posibilitar la continuidad expansiva de su fe.

No faltó juicio a este autor ni a quienes le encargaron su texto. Hoy lo disfrutamos como un documento histórico vastísimo, ambicioso, y francamente invaluable por la información que contiene. Asimismo, porque rinde involuntario testimonio de la batalla librada por la Compañía de Jesús en la contracorriente despótica que habría de enfrentar sólo unos años después de publicada esta obra, cuando todo este cúmulo de conoci-

---

123 *Ibid.*

mientos y la empresa que pretendían sustentar serían transferidos a otras manos y en gran medida abandonados a su suerte.

De no ser por Venegas (y su corrector, Burriel, a quien Miguel León-Portilla, no sin razón, considera coautor de las *Noticias...*), tal vez ni Del Barco ni Baegert se hubieran visto impelidos al ejercicio dialéctico que enriquece hoy nuestra visión de la Antigua California, sumando voces divergentes y con matices particulares. En dado caso, solamente (es un decir) dispondríamos de las numerosas pero fragmentarias referencias contenidas en cartas e informes que, con un cariz más administrativo que histórico, redactaron los misioneros acantonados en estos territorios, y que todavía se pueden consultar en archivos y bibliotecas especializados, sumamente formales y carentes, casi todos, de este sabor literario, de esta lúcida curiosidad que Venegas plasma, guiado a partes iguales por el asombro y una insaciable sed de conocimiento.



# Historia natural

## Del nombre, situación y extensión de la California

Con tres nombre distintos suele señalarse en los mapas el país de que vamos a tratar: 1. California: 2. Nueva-Albión: 3. Islas Carolinas. El de California es el más antiguo, pues ya le hallamos en Bernal Díaz del Castillo,<sup>124</sup> soldado de Hernán Cortés, su camarada en la Conquista de México y después su historiador, aunque atribuido a una sola bahía. El nombre de Nueva-Albión fue puesto por el famoso corsario inglés Francisco Drake, año 1577, habiendo aportado a aquellas costas en la célebre navegación con que dio la segunda vuelta al mundo, después de la nave Victoria. Nueva-Albión vale tanto, como Nueva Inglaterra, o Gran Bretaña; porque con este nombre llamaron los antiguos a la isla, que hoy nosotros Inglaterra. El nombre de Islas Carolinas se puso cien años después, en obsequio del rey don Carlos Segundo de la España, cuando de su orden se intentó a toda costa la conquista de la California, creída entonces isla, y de las otras islas adyacentes. De este nombre usó el padre Enrique Scherer, jesuita alemán, en su *Atlante nuevo*,<sup>125</sup> Mons de

---

124 “Bernal Díaz del Castillo refiere que *Ortuño Ximénez dio vela y fue a una isla que la puso por nombre Santa Cruz*, y más tarde explica cómo Cortés.. *por no ver... delante de sus ojos tantos males, fue a descubrir otras tierras, y entonces toparon con la California, que es una bahía.*”, Del Portillo, Álvaro, *Descubrimientos y exploraciones en las costas de California, 1532-1650*, Ediciones RIALP, Madrid, 1982, p.121.

125 *Atlas Novus, exhibens orbem terraqueum per naturae opera, hitoriae novae, etc. Veteris inonumenta, artisque Geographicae leges, et praecepta, etc.* Monachij 1702. Aug. Windelic, 1730. (Nota del autor).

Fer en un *Atlante pequeño de los Estados de la Monarquía de España*, que ofreció al rey don Felipe V, a la entrada de su reinado;<sup>126</sup> y otros geógrafos en otros atlantes, y mapas particulares. Con todo esto, este nombre no ha prevalecido, no habiéndose logrado aquella expedición.

El nombre, pues, que ahora está en uso, es el antiguo de California, con que hallamos apellidada aquella región desde sus primeros descubrimientos. Algunos usan de este nombre en plural, llamándola: Las Californias.<sup>127</sup> Yo creo, que esto nace de querer comprender con este modo de hablar la que se creía isla principal, y la mayor del mundo,<sup>128</sup> y con ella las otras islas menores, que en gran número la cercan por uno y otro lado. Pero siendo ya cierto, que no es isla, sino región pegada al continente de América, como luego diremos; creo, que debo conformarme con los que usan de este nombre en singular, como lo usó el citado Bernal Díaz del Castillo.

Bien quisiera poder informar a los curiosos del origen y etimología de un nombre que, ya por el eco de desgracias verdaderas y de riquezas soñadas, se ha hecho memorable en la Nueva-España y aún en Europa. Pero lo que puedo decir es, que en ninguna de las diferentes lenguas de los naturales, han hallado misioneros, que se dé semejante nombre a la tierra, ni tampoco algún puerto, bahía o paraje de ella. Por otro lado no puedo adoptar la etimología, que algunos señalan, suponiendo, que es nombre puesto por los españoles, de los cuales afirman, que sintiendo extraño calor en las primeras entradas,<sup>129</sup> apellidaron a la tierra California, formando una voz de estas dos latinas: *calida fornax*; como si dijéramos:

126 *Carta de la California, y del Nuevo México, sacada de la que envió un Grande de España, para que se comunicase a la Academia Real de las Ciencias*. París 1705. Hállase un *Atlante pequeño de los Estados de la Monarquía de España*, que Mons. De Fer dedicó a Phelipe V. (Nota del autor).

127 La Alta California fue separada nominalmente de Baja California después de la expulsión de los jesuitas para dividir los territorios bajo cuidado de franciscanos y dominicos, pero hasta 1804 las Californias fueron separadas administrativamente y cada provincia tuvo su propio gobernador. En el México independiente se creó la *Provincia de las Californias*, mientras que al culminar el Imperio y crearse la República Federal se separaron de nuevo, transformándose en *Territorios Federales*. La República Centralista de 1835 unió nuevamente las Californias, formando un *Departamento* con ese nombre. En 1848 México pierde ante Estados Unidos la Alta California y en 1850 se crea el estado norteamericano de California.

128 Hoy sabemos que Groenlandia es la mayor superficie insular del mundo, con 2,166,086 km<sup>2</sup>; lejos de los 143,396 km<sup>2</sup> que abarca la península californiana.

129 “Entrada” es la forma de referirse, entre los europeos, a cada desembarco o intento de colonización en la California.

horno-caliente. Temo, que muchos no creerán de nuestros conquistadores tanta humanidad;<sup>130</sup> y aunque Bernal Díaz del Castillo no niega a Cortés la gracia singular entre sus compañeros, de ser latino y aún poeta y bachiller en Leyes, no vemos, que usase él, ni tampoco sus capitanes, esta manera de dar nombre a sus conquistas. Juzgo, pues, que este nombre nació de alguna casualidad, como pudo ser, entre otras, la de algunas palabras de los indios mal entendidas de los Españoles. Así sucedió en la nombradía del Perú, según asegura un eruditísimo peruano;<sup>131</sup> y así pasó también, como veremos luego, en el dar nombre a la nación *guaycura*.<sup>132</sup>

### Descripción de la tierra de la California, y sus calidades

Puede asegurarse con toda certeza, que hasta los principios de este siglo, nadie penetró en lo interior de la California y por consiguiente nadie pudo dar razón de sus calidades, sino guiado solamente por aquello poco, que observase en las costas. Con todo eso, el deseo de recompensar con grandes y extrañas noticias el desconuelo, que producían las desgracias de las empresas para su conquista, avivado por aquella satisfacción, que causa la suspensión, y admiración de los oyentes, en quien refiere, haber sido testigos de vista de extrañas novedades, hizo que muchos lograsen la ocasión de hacerse plausibles, amontonando fábulas, al volver desairados de las expediciones. Como éstas fueron tan repetidas, hubo lugar para que pudiesen pujarse unos a otros, empeñados los últimos en añadir algo más asombroso, que lo referido por los primeros, sobre el seguro de no poder ser fácilmente desmentidos.

---

130 Lo que Venegas afirma, con razón, es que poco podemos sospechar de una acendrada cultura humanista (léase clásica) en los rudos conquistadores de la California, y si bien es cierto que Cortés era versado en latín, los nombres impuestos por él y otros contemporáneos a la amplia mayoría sino la totalidad de los lugares conquistados pertenecen a una nomenclatura tomada de los propios nombres indígenas o del santoral y la imaginería cristiana, por lo cual resulta poco probable esta etimología.

131 D. Pedro Peralta Barnuevo, *Historia de España vindicada*, Lib. I. Cap. 5. Lima 1730.

132 Más adelante se afirma, tanto por parte de Venegas como de los otros cronistas antologados, que la noción europea de *nación* era ajena a los californios nómadas, y que el gentilicio *guaycura* en realidad sólo designa una familiaridad lingüística, que incluía a grupos humanos diversos y hasta antagónicos.

Aún los mismos jesuitas no pudieron dar noticia cumplida y entera de esta península desde luego en su primera entrada;<sup>133</sup> porque no les fue fácil penetrar tierra adentro en los primeros años y mucho menos correrla toda, para informarse bien: y fácil es de ver, cuánto erraría, quien atribuyese generalmente a España las calidades, que encontrase en un solo pedazo de sus costas, sin registrar lo demás<sup>134</sup> dejando, pues, los yerros antiguos, diré lo que consta por las noticias modernas.

La California tiene de largo desde el Cabo de San Lucas hasta el último terreno al norte ya reducido casi trescientas leguas, y otras ciento de reconocido en parte, y descubierto: su anchura no corresponde a esto, pues siendo en el Cabo de San Lucas de diez leguas prosigue después ya de veinte, ya de treinta, ya de cuarenta leguas de un mar a otro, según ensancha más o menos las varias vueltas y revueltas de ambas costas. Siendo el país tan dilatado, es preciso, que no sea en todas sus partes uniforme el temperamento de su aire y las calidades de su terreno. Así sucede: pero puede decirse en general, que su temple es seco y caliente con exceso y que la tierra es quebrada, áspera y estéril, cubierta casi toda de sierras, pedregales y arenas inútiles, escasa de aguas y poco a propósito para siembras, árboles y ganados. Hablando más en particular por espacio de veinte a treinta leguas desde el Cabo de San Lucas, es el temple más benigno, menos áspera, y estéril la tierra, y más frecuentes los manantiales de agua, que en lo demás. Desde aquí al presidio de Loreto, centro de lo conquistado, y aun más allá, es excesivo por lo regular el calor, fragosas las montañas, seca e infecunda la tierra. En lo restante de lo conquistado hasta las últimas misiones, el ambiente se templaba en sus tiempos, hasta helarse el agua; pero es igualmente ingrato el suelo. Desde el grado veinte y ocho no es el suelo tan áspero y pedregoso; pero es igual la esterilidad y sequedad, en lo que allí se ha reconocido por el lado de península: con todo eso, el padre Kino, que atravesó el Río Colorado entre treinta y

---

133 Los jesuitas, concretamente el padre Eusebio Kino, llegarían por primera vez a California en compañía de Isidro Atondo y Antillón, en 1683, durante una expedición a La Paz.

134 Por esta razón no es de extrañar, que el P. Piccolo año 1702 en el Informe impreso en México, y traducido en francés, en el V. tomo de las *Cartas Edificantes*, no concuerde del todo con las noticias que aquí se dan; pues entonces sólo se había reconocido un corto espacio, y ese de los menos ingratos de California. (Nota del autor).

cuatro a treinta y cinco grados y registró las tierras, que caen al Poniente de este río entre el Canal de Santa Bárbara, Puerto Monte-Rey y cabo Mendocino, asegura, que son campiñas llanas, y fértiles, a propósito para establecer en ellas poblaciones.

La idea, pues, que se debe formar de lo descubierto tierra adentro por casi trescientas leguas en la California, es poco ventajosa; pero aunque, generalmente hablando, sea su suelo áspero, seco y estéril, y su cielo desapacible y destemplado; con todo eso, hacia las playas suelen encontrarse algunos parajes menos incómodos, así para vivienda, como para frutos: la cercanía del mar templá con sus vapores la atmósfera: las faldas de las sierras ofrecen algunos aguajes y arroyos para el riego, sin el cual es la siembra muy aventurada por la escasez y poca regularidad de las lluvias; y finalmente, tal cual vega, o llanura de pasto para los ganados, y proporciona algunas tierras para las sementeras. En el centro mismo de la California suelen formarse algunos pocos valles y laderas, proporcionadas para el corto cultivo, con manantiales para beber y regar. En estos parajes tenían sus rancherías los pobres californios, y en estos mismos se han colocado las cabeceras<sup>135</sup> de las misiones y los pueblos de visitas de cada una.

Para el establecimiento de estas cabeceras se ha procurado siempre buscar la cercanía de los ríos y arroyos, para lograr, que los indios se acostumbren a vida cristiana y política,<sup>136</sup> reducidos a pueblos. Pero los ríos en toda la costa interior, desde el Cabo de San Lucas hasta el Río Colorado, no son más que dos, y ambos de corto caudal. El primero, el que pasa por la misión de San Joseph del Cabo, o de los coras, que desagua en la Bahía de San Bernabé. El segundo es el río Mulegé, que pasa por la misión de Santa Rosalía, y desemboca en el Golfo de California a los veinte y siete grados de altura. Las demás misiones están sobre algunos arroyos, cuyas aguas por lo general no llegan al mar, sino en tiempo de abundantes lluvias. Algunos no las llevan al Golfo, sino al Mar Pacífico

---

135 Este nombre se da a la población principal, en que reside de ordinario el misionero, que tiene a su cargo, por lo regular, muchas reducciones o pueblos pequeños, que visita y a que asiste. (Nota del autor).

136 De la vida cristiana no se requiere mayor explicación; de la política, se entiende la referida a la vida urbana (en la *polis*), que constituye el modelo de organización social y económico que aspiran replicar los europeos.

en la costa occidental. Como ésta no se ha reconocido exactamente, no se puede hablar con seguridad de sus ríos.

### **De la antigua falsa religión de los californios**<sup>137</sup>

Nada hay que tanto deba interesar la curiosidad, ni que pida examen más atento y profundo, que todo lo que toca a la antigua religión de los californios. El uso que puede hacerse de semejantes noticias a favor de nuestra Santa Religión Cristiana, se ve bien en la demostración evangélica del celeberrimo obispo de Avranches Pedro Daniel Huecio,<sup>138</sup> con una vastísima erudición recorre todas las varias sectas antiguas y modernas de las naciones del orbe, aun de las americanas, para sacar de entre sus tinieblas, apoyos a la luz de la verdad de nuestra Santa Fe. Por otro lado, la puntual pintura de las sombras de muerte,<sup>139</sup> en que yacían sepultados aquellos miserables indios, haría subir de punto el favor que Dios les ha hecho, trayéndolos al gremio de su Iglesia y sacándolos de su ciega gentilidad a la claridad de la Fe y camino de la salud. Fuera de eso, tales noticias podrían confrontarse con las que ya se tienen de las sectas y religión, así de los mexicanos, peruanos y otros pobladores del Nuevo Mundo, como de las naciones más orientales del Asia, japones, chinos, tártaros, coreos, mancheos, kamchatkos, y iacuktos, ya conocidas y registradas. Sin embargo, este es uno de los puntos en que es preciso quedarse con muchas dudas y con deseo de mayor instrucción.

Todas las relaciones convienen, que entre los californios no se ha hallado, hasta ahora, idolatría: porque ni adoraban a criaturas algunas, ni tenían figuras o ídolos de falsas deidades a quienes tributasen algún linaje

---

137 Los misioneros utilizan el término “falsa religión” como un inteligente artilugio para denominar algo que, si bien evidentemente corresponde con una serie articulada y congruente de prácticas espirituales, difiere (en manera a veces no tan radical) de las formas y los contenidos aceptados por la religión cristiana. Sin embargo, curiosamente, a veces los misioneros dicen que los californios no tienen ninguna religión y en otras ocasiones, contradiciéndose, hablan de su “falsa” religiosidad.

138 Reputado erudito y religioso español, autor de una *Demostración Evangélica*, citada en *Historia de la espiritualidad. Espiritualidades no cristianas*, editado por J. Flors en 1969.

139 Esta elaborada alusión retórica a la “ignorancia” religiosa en que yacían los californios antes de la llegada de los españoles, paradójicamente nos remite a una imagen plástica no ajena al arte rupestre peninsular, a pesar de que los misioneros (o, por lo que se ve, al menos Venegas) no liga estas imágenes con un uso religioso.

de culto. Tampoco había entre ellos templos, oratorios, altares u otro lugar alguno deputado para los actos de religión: pues ni aun actos de religión había o profesión exterior de ella, en fiestas, oraciones, votos expiaciones, o algunas otras prácticas de reconocimiento a Dios, públicas o privadas. Nada de esto se había visto en ellos, de manera que no se distinguiesen de la rudeza y miserable ceguedad en que vivían sus vecinos los indios de la contracosta de Sinaloa, según el Padre Rivas<sup>140</sup> en quienes puede decirse, que apenas se halló rastro de religión. Pero al mismo tiempo que en las obras exteriores mostraban tan corto o tan ningún conocimiento de Dios, se halla en las Relaciones<sup>141</sup> haber habido entre ellos tal serie de dogmas especulativos, que hace parar el ánimo de quien lee: pues según ellas, no sólo concebían la unidad y naturaleza de Dios, como de un puro espíritu y hacían idea de otros seres espirituales; sino también tenían grandes vislumbres de la Trinidad, de la generación eterna del Verbo y aun de la temporal y de otros tales artículos, bien que mezclados de mil impertinencias y necedades. Es esto en tanto grado, que algunos misioneros han entrado en sospecha, de que aquellas naciones descenden de gentes, que en algún tiempo hayan sido cristianas. Estos tales cuales dogmas eran bastantemente diversos entre las principales naciones y para su más fácil noticia me parece forzoso copiar a la letra algunos fragmentos de las Relaciones, que tengo presentes.

Hablando de los edúes del sur o pericúes, refiere uno de los misioneros, que dicen: “Que en el cielo vive un Señor, a quien llaman Niparaya el cual hizo la tierra y el mar: da la comida: crió los árboles y todo lo que vemos; y puede hacer cuanto quiere. No lo vemos, porque no tiene cuerpo como nosotros. Este tal Niparaya tiene mujer, llamada Anayicoyondi; y aunque no usa de ella, por no tener cuerpo, ha parido tres hijos: de estos el uno es Quaayayp, que es hombre y lo parió Anayicoyondi en las sierras de Acaragui: otros dicen, que en unos cerros colorados, que están camino de Santiago de los Coras y llámanlos Cunimniici. El dicho Quaayayp es-

140 Padre Andrés Pérez de Rivas, *Historia de los Triunfos de la Fe por la Compañía de Jesús en la Nueva España*, Madrid Año 1645. (Nota del autor).

141 Ya se ha mencionado que Venegas basó su obra en una serie de informes o relaciones elaborados por los misioneros jesuitas en las Californias, como Juan María de Salvatierra, Francisco María Píccolo, Juan de Ugarte y Eusebio Kino.

tuvo entre éstos, (indios del sur) y los enseñó. Era poderoso y tenía mucha gente: porque se metía dentro de la tierra y sacaba gente. Enojáronse con él y lo mataron y cuando lo mataron lo pusieron una toquilla de espinas. Está hasta hoy muerto: pero muy hermoso, sin corrupción alguna, echando continuamente sangre: no habla por estar difunto; pero tiene un tecolote (o búho) que le habla”.

Dicen más: “Que en el cielo hay mucha gente, más que acá en la tierra y que antiguamente hubo allá unas grandes guerras, porque un gran personaje, a quien unos doctos llaman Wac, y otros Tuparán, se opuso al gran Señor Niparaya y con sus aliados y gente, peleó contra él; pero al fin fue vencido de Niparaya, quien luego le quitó a Wac-Tuparán cuanto tenía las muchas y buenas pita-hayas y la demás comidas, y le echó y a él y a su gente los encerró dentro de una cueva en la tierra y para que no salieran, crió las ballenas en el mar, las cuales espantan y atemorizan a Wac-Tuparán, para que no salga”. Dicen más: “Que el gran señor Niparaya no quiere que la gente pelee, porque todos los que mueren flechados no van al cielo: por el contrario, Wac-Tuparán quiere, que la gente pelée, porque mueran flechados y vayan donde él está. Hay dos bandos entre los indios: unos que siguen la parcialidad de Niparaya y estos son gente grave y circunspecta y con facilidad se reducen a la razón, explicándoles (valiéndose de sus mismos dogmas) las verdades cristianas. Otro bando es, de los que siguen a Wac-Tuparán y estos son del todo perversos, hechiceros y curanderos, de que hay enjambres. Estos mismos de la secta de Wac-Tuparán tienen otros principios totalmente exóticos: como que las estrellas son metales relucientes: que la luna la crió Cucunumic: que las estrellas las hizo Purutabui y otras cosas a este modo.” Hasta aquí la relación de los dogmas de los edúes o paricúes.

De los dogmas de la nación de Loreto, compuesta de algunos laymones, monquís, vehities y guaycuros, que (como dijimos) habita la medianía de la California, da bastante noticia el fragmento siguiente: “No tienen éstos en su lengua vocablo, que signifique propiamente el cielo, pero a este le entendían con la palabra general Notú, que significa Arriba o Alto. Dicen pues, que en cielo, hacia la parte del norte, hay un espíritu principal que llaman Gumongo: éste envía las pestes y enfermedades, y

en tiempos pasados envió a otro espíritu a que visitase la tierra, a quien llaman Guyiagui. Cuando éste vino, fue sembrando la tierra de pita-hayas, fruta la más abundante en la California y componiendo los esteros de la costa del Golfo, hasta llegar a una gran piedra en un estero muy capaz, cerca de Loreto, que hoy llaman los españoles Puerto Escondido, donde hizo su mansión por algún tiempo. Aquí otros espíritus inferiores que le servían, le traían pita-hayas para comer, y peces, que cogían en el estero. La ocupación de Guyiagui era hacer vestidos para sus sacerdotes, llamados en su lengua Dicuinocho, formados de los cabellos que le ofrecían. Después de algún tiempo prosiguió Guyiagui su visita, sembrando pita-hayas y componiendo esteros en la costa, por todo el territorio de la nación de Loreto, dejando pintada para memoria una tabla, de que usaban los Dicuinochos, o Sacerdotes en sus bailes y fiestas”. Añadían estos Doctores: “Que el sol, la luna y los luceros eran hombres y mujeres: que todas las noches caían al Mar de Poniente y se veían precisados a salir a nado por el oriente: que las otras estrellas eran lumbradas, que hacía en el cielo aquel Espíritu Visitador y su comitiva: que aunque se apagaban con el agua del mar, después las volvía a encender por el oriente”. Como éstos, eran otros varios desatinos que enseñaban sus Doctores a aquella gente miserable, que fuera muy tedioso referir en particular.

La nación de los cochimíes, así como es la más numerosa y dilatada: así también es la menos brutal en sus costumbres, la más despierta en ingenios, más civil y honrada en sus proceder y menos disparatada en sus dogmas. “Creían, (dice un misionero) que hay en el cielo un Señor, cuyo nombre en su lengua significa El que Vive, que sin madre tuvo un hijo, a quien dan dos nombres: el uno que vale tanto como Perfección o Término del Barro: el otro nombre significa El Veloz. Además de esto dicen, haber otro personaje cuyo nombre es, El que hace Señores. Aunque a todos tres los apellidan con el nombre de Señor, preguntados ¿Cuántos señores hay? Responden: que uno que creó el cielo y la tierra, los animales, los árboles y frutos; al hombre, y a la mujer. Tienen también idea de los Demonios; porque dicen, que aquel gran Señor, llamado El que Vive, creó unos seres, que no se ven, los cuales se volvieron contra él, y son enemigos suyos y también de los hombres: a éstos dan el nombre de El

que Miente o Engaña o Los Embusteros. Añaden: “Cuando morían los hombres, venían estos Embusteros y los metían debajo de la tierra, para que no viesen al Señor, que Vive”.

Estos y algunos otros, eran los dogmas de los cochimíes que yo quisiera poder referir a la larga con entera seguridad, de que los indios recién convertidos no han querido lisonjear a los misioneros, dándoles a entender, que ellos antes de su conversión, tenían dogmas muy parecidos a los que se les acababan de anunciar.<sup>142</sup> Y también quisiera poder referirlos con los nombres mismos de sus lenguas, con exacta crítica de su verdadera significación e inteligencia, y con prolija averiguación de si acaso alguna tempestad u otro accidente, llevó a la otra costa de la California a alguno o algunos europeos o filipinos, de quienes ya no haya memoria entre los indios, el cual o los cuales, hallándose en medio de bárbaros, procurase inspirarles los misterios de la religión cristiana el tiempo que viviese; y después se hayan desfigurado entre los indios las noticias, pasando de unos a otros, hasta que las encontraron así desfiguradas los misioneros.

A esta sombra o remedo de religión, correspondía también un remedo de sacerdocio y magisterio. En efecto, había entre los californios cierta especie de Doctores o Sacerdotes, a quienes los edúes llamaban con los nombres de sus dos sectas: a unos Tugarán, y a otros Niparaya. Los de Loreto apellidaban Dicuinochos, y los cochimíes Wamas o Guasmas. En las relaciones frecuentemente son llamados hechiceros, y así los nombraremos también nosotros, por conformarnos con ellas. Mas no por esto debe pensarse que estos pobres hombres tenían comercio alguno o pacto con el Demonio, ni que éste les hablase, como ellos decían y publicaban, creyéndolo fácilmente, no sólo los indios, sino también muchos de los europeos. Sábese que en esto ha habido la misma credulidad demasiada, que se ha usado hasta poco ha con los oráculos gentílicos antiguos en el mundo viejo. Los más sagaces misioneros<sup>143</sup> han averiguado, que ésta era una

---

142 Será reiterada, por parte de los misioneros, la sospecha de que los californios tenían noticia del cristianismo antes de la llegada de los europeos. Esta idea sólo responde a los mencionados paralelismos hallados entre la mitología cristiana y las de los indios peninsulares, y en buena medida puede haber sido resultado de una asimilación o adaptación inevitable de las nuevas tradiciones a que se enfrentaron los nativos.

143 Padre Juan de Ugarte, Misionero de San Xavier y Visitador de todas las Misiones. Padre Everardo Hellen, Misionero de Guadalupe, y otros.

tropa de embusteros y embaucadores, que fingían tener trato con aquellos espíritus, de que hemos dicho tienen bastante idea los californios. Este trato supuesto con los espíritus, o sea con el Demonio, los autorizaba entre aquella gente miserable, cuyo respeto se conciliaban con ciertas ceremonias y ademanes, abultando misterios entre la plebe. Fomentaban su mentira los intereses que de ella sacaban, haciendo que aquella pobre gente les tributase lo mejor de sus frutas, peces, cazas y semillas. Obligábanlos a este obsequio, ya amedrentándolos con amenazas de enfermedades, desastres, muertes y faltas de cosecha; ya lisonjeándolos con grandes esperanzas de bienes y felicidades; y sobre todo, fingiendo ciencia y poder para todo, por su amistad y comunicación con lo invisible. Añadíase al colmo de su autoridad, ser ellos mismos los únicos curanderos, que con tal cual remedio, aplicado con grandes aparatos y hazañerías, solían aliviarlos en sus dolencias. Uno usaban muy notable, y que tal vez producía buen efecto, confirmando su autoridad.<sup>144</sup> Aplicaban al enfermo en la parte llagada o condolida, el Chacuaco, que es un cañuto de piedra negra durísima, y por él chupaban unas veces, y otras soplaban con gran fuerza; creyendo que extraían o ahuyentaban la enfermedad. A veces llenaban el cañuto de tabaco cimarrón o silvestre; y encendido éste, hacían con él la misma maniobra de chupar y soplar con el humo: y este cáustico poder disipaba tal vez, sin otra diligencia, toda la causa del mal. En lo restante del trato civil, usaban los hechiceros toda suerte de engaños y afectaciones de gran poder, con que era muy fácil traer embaucada aquella pobre gente, en quien la estupidez y la ignorancia casi brutal, abría de par en par la puerta a su inseparable compañera: la medrosa superstición.

Los indios de la nación de Loreto tenían escuelas en que estos doctores de la nación enseñaban a los niños los referidos dogmas, y algunas otras necesidades inútiles, con toda la recomendación de verdades muy importantes. Retiraban para esto a los niños a algunas cuevas o parajes apartados de los bosques y allí les enseñaban a formar ciertas figuras en

---

144 La autoridad de los “hechiceros” se constituyó, desde luego, en un obstáculo para la evangelización, y se basaba, como es evidente, en un liderazgo ejercido por la vía religiosa, el resguardo y la recurrencia a la tradición, el quehacer médico, así como el establecimiento y sanción de las normas de convivencia colectivas, lo cual les otorgaba una preeminencia social y política dentro de sus grupos.

unas tablas; y aprendidas aquellas, las enseñaban otras al modo que se hace en las escuelas, para enseñar a escribir a los niños.<sup>145</sup> Pasaron algunos años, sin descubrirse este secreto, hasta que el V. P. Juan María de Salvatierra, primer Apóstol y hijo Conquistador Evangélico de la California, observó que al llegar el tiempo en que los indios se ocupan en la cosecha de las pita-hayas, se desaparecían del Real de Loreto todos los niños; y de uno de estos averiguó el secreto, usando de varias industrias, que fueron bien menester, porque no obstante su corta edad, y la barbarie en que se crían, saben bien disimular y ser reservados y el silencio era el encargo primero de sus doctores.<sup>146</sup>

Pero donde se ostentaba en todo su esplendor la autoridad de los sacerdotes y maestros californios, era en las fiestas públicas, que celebraba ya toda una nación, o ya sola la ranchería y parentela, con cualquier motivo. No había en ellas sacrificios, ni otra cosa que pudiese parecer culto y adoración de la Divinidad o de aquellos espíritus de que dijimos tenían alguna confusa idea. La fiesta se reducía siempre a comer, beber, entretenerse y bailar. Con todo eso, la asistencia de los sacerdotes hace, que puedan mirarse como fiestas de religión, porque ellos tenían en ellas el primer papel. Revestíanse para ellas el traje de ceremonia, de que sólo usaban en estos lances. Consistía éste de una capa larga, que los cubría desde la cabeza hasta los tobillos, formada y tejida toda de cabellos humanos: un plumaje muy alto en la cabeza, hecho de las plumas medianas de los gavilanes y un grande abanico en las manos, compuesto de las plumas mayores. Los edúes del sur, cuando no lograban plumas, adornaban o afeaban la cabeza con colas de venado: y los cochimíes añadían dos sargas de pezuñas de este animal, una al cuello, y otra en la cintura. Realzaba la fealdad de tan extravagante vestuario el embige con que teñían y pintaban su cuerpo, de encarnado, negro y otros colores diferentes, que unidos a sus ornamentos,

---

145 Las tablas rituales usadas por los chamanes californios son ampliamente mencionadas en las crónicas de los jesuitas, quienes se encargaron de destruirlas cada vez que pudieron, lo mismo que a las famosas capas de cabelleras.

146 Que los liderazgos tradicionales de los californios se siguieron ejerciendo de manera más o menos velada durante la evangelización es un hecho, y de ello se desprende, en buena medida, el "forcejeo" religioso, las rebeliones y todas las distintas formas de resistencia cultural que enfrentaron los jesuitas.

los hacía parecer en la figura más abominable.<sup>147</sup> Ellos eran los que abrían la fiesta, chupando los primeros el chacuaco, hasta enfurecerse<sup>148</sup> y casi emborracharse con el humo. Así enloquecidos, empezaban el sermón de sus dogmas, acompañados de ademanes descompuestos y de indecentes locuras. Fingíanse inspirados de aquellos espíritus que no reconocían la nación; y en nombre de ellos les anunciaban todo lo que les dictaba su furor o su interés. Para autorizar su embajada, decían algunas veces, que ellos eran aquellos mismos espíritus, en que creían: otras, que habían estado en el cielo y hablado a sus dioses; y para seña mostraban una pezuña fresca de venado o un pedazo de cuero, y una yerba, con que decían podían matar a quien quisiesen; pero lo más regular era tener en las manos unas tablillas formadas con gran trabajo, por falta de herramientas, del corazón del mezquite o de otro palo, que llaman Uña de Gato, en las cuales tenían pintadas disparatadas figuras, que decían ser copia legítima de la tabla, que al irse al cielo, les dejó el Espíritu Visitador; y estas mismas eran las que enseñaban los de Loreto en su escuela secreta a los niños. Durante el sermón de estos predicadores frenéticos, se celebraba la comida y el baile, que se terminaba en la más brutal e indecente satisfacción de los apetitos, excitados violentamente con la comida, con el baile, con la embriaguez, y con la concurrencia, mezclándose todos indiferentemente sin pudor, sin vergüenza y sin rastro alguno de racionalidad.<sup>149</sup>

Aunque para fiesta y baile no era necesario motivo; sin embargo eran más solemnes las que se hacían por la cosecha de las pita-hayas, por las victorias logradas de otras naciones, por el repartimiento de pescas, y pieles de venado y cuando horadaban las orejas y narices de los niños.<sup>150</sup> Para esto los juntaban todos, hembras y varones: porque el adorno era común a ambos sexos, trayendo todos perlas hendidas, pendientes de narices y

---

147 La pintura corporal era un componente central de la ritualidad californiana y seguramente inspiró la "decoración" de los lienzos rupestres en los cuales aparecen figuras antropomorfas.

148 El estado de trance chamánico logrado por estas vías ha sido ampliamente descrito por diversos cronistas e investigadores, destacando actualmente el trabajo de la arqueóloga María de la Luz Gutiérrez.

149 Las ceremonias descritas tenían lugar, según se sabe, en la época de recolección de pitahayas e involucraban el encuentro de diversos grupos o linajes nativos, propiciando la convivencia ritual, el intercambio o la distribución de alimentos, así como una práctica sexual colectiva tal vez en prevención de la endogamia.

150 Este era, podemos fácilmente deducir, un rito de iniciación practicado en los lugares y momentos considerados sagrados por los californios.

orejas. Los llantos de los niños en estas ocasiones, empeñaban a los padres a mayores algazaras y locuras, para desentenderse del sentimiento, y lágrimas de sus hijuelos. En estas mismas fiestas ejercían los sacerdotes o embusteros la autoridad, que el miedo de aquella gente les hacía nacer, celebrando, según sus aficiones y odios a unos, y reprendiendo a otros por cobardes, inquietos y malos a su modo, hasta exigir de ellos ciertas satisfacciones y penitencias: la más regular era el ayuno, mandándoles abstenerse de esta o aquella fruta, caza o pesca por cierto tiempo; y a veces se castigaba una ranchería entera, repartiendo por turno de días los ayunos, o a cada uno la abstinencia de alguna cosa; de modo que entre todos cumpliesen un ayuno general. No era este el único medio de que se valían para mortificarlos. Hacíanles abrir caminos a los más elevados montes, para que pudiese bajar por ellos a verlos el Espíritu Visitador, y formar de trecho en trecho algunos montones de piedras en que pudiese pararse a descansar. Tal vez, con bárbara inhumanidad, les ordenaba que se precipitasen desde algún picacho, donde era preciso hacerse pedazos;<sup>151</sup> y era tal la ceguedad y miedo de aquellos infelices, que rara vez dejaban de ser obedecidos, o de grado o por fuerza. A vueltas de esto, tenían cargados los hechiceros sobre todos los demás dos tributos, en cuya paga se descuidaban poco. El primero, que se diese a ellos a su elección, lo mejor de sus frutas, cazas y pescas. El segundo tributo de los cabellos de que se tejían las capas de ceremonia, de que usaban en sus fiestas solemnes, que con los demás ornamentos se confiaban a la custodia de uno que debía guardarlos en paraje escondido y secreto. Este tributo pagaban los niños en retorno de su enseñanza; y este los adultos en sus enfermedades, si convalecían, por pago de su curación, y también en su muerte.

Cuando ésta se acercaba, no por esto eran desamparados los californios de sus bárbaros sacerdotes; antes éstos redoblaban entonces sus cuidados y hacían entrar en ellos a toda la ranchería. Agravada la enfermedad y viéndose ya inútiles las diligencias de hierbas y zumos, y la manobra del chacuaco y tabaco cimarrón, hacían juntar a toda la parentela, para ayudar al enfermo a mal morir. En primer lugar, si el enfermo tenía

---

151 No existe el menor indicio de esta insólita práctica, ni tampoco del sacrificio humano, que sí practicaron las mucho más “desarrolladas” culturas prehispánicas del Altiplano Central.

hija o hermana, la cortaban el dedo meñique de la mano derecha y hacían que gotease su sangre sobre el moribundo. Pretendían con esto, o que sanase el enfermo con aquella sangre, o que a lo menos se quitase a ellos y a los demás de la familia, la tristeza por su muerte, con lo que era en verdad nueva causa de sentimiento y dolor. Seguíanse las visitas que hacían al desahuciado todos los de la ranchería, que después de hablarle y saber del estado deplorable de su salud, levantaban juntos un grande y descompuesto llanto, por la mayor parte forzado y fingido, tapándose a ratos la cara con las manos y con los cabellos, y continuando esta ceremonia de tiempo en tiempo, divididos en corros, a presencia del enfermo. Las mujeres añadían al llanto y gritería, exclamaciones dolorosas, ponderando los méritos del doliente, para mover a mayor compasión. Después del llanto, rogaba el enfermo que le chupasen y soplasen del modo mismo que lo hacían los curanderos. Ejecutaban todos por su orden este oficio de piedad chupando y soplando primero la parte lesa y después todos los órganos de los sentidos, con gran fuerza y pujanza, como que en esto y en la valentía de los aullidos y gritos, se mostraba la mayor amistad al enfermo. Repetíase esto muchas veces de día y de noche, mientras duraba el peligro. Entretanto los curanderos metían al enfermo con gran porfía las manos en la boca, queriendo sacarle por fuerza la muerte del cuerpo. Las mujeres, sin dejar el clamor, daban muchos y grandes golpes al doliente para despertarle, hasta que entre unos y otros le acababan de matar; y bastaba que quedase sin sentido, para que pasasen a enterrarle o quemarle. Uno u otro hacían indiferentemente, según tenían comodidad. Los funerales se hacían sin detención, prosiguiendo la gritería sin otra particularidad que la de enterrar o quemar con el difunto todos sus utensilios. Era tan corto el examen que hacían de la muerte verdadera, para pasar a la quema o entierro, que acercándose un día el V.P. Salvatierra a San Juan Londó y oyendo de lejos el clamor y viendo la hoguera apresuró el paso: llegó y vio empezar a arder un hombre, que por sus movimientos conoció estar aún vivo. Sacólo medio tostado y logró sanarle y curarle, reprendiendo esa barbaridad.

Esto es lo que en general se puede decir de la religión de los antiguos californios. En las islas, que forman el Canal de Santa Bárbara, en la costa occidental, reconocidas por el general Vizcaíno, y en otras muy cercanas

a éstas, que el padre Sigismundo Taraval reconoció en el año de 1732 y apellidó de Los Dolores, encuentro alguna variedad en punto de religión, que referiré con las mismas palabras de sus autores. Hablando la relación impresa por el padre Torquemada, de la Isla de Santa Catalina, dice:<sup>152</sup> “En esta isla hay muchas rancherías o vecindades, y en ellas se halló un templo donde ellos hacían sus sacrificios, y era un patio grande y llano; y en la una parte de él, que era donde ellos tenían el altar, había un círculo redondo y grande, rodeado todo con plumas de varia aves de diferentes colores, que entiendo eran de las aves, que a sus ídolos sacrifican muchas, y dentro del círculo había una figura pintada de varios colores, como de Demonio, al modo y usanza de estos indios de la Nueva España le suelen pintar, y a los lados tenía la figura del Sol y de la Luna. Aquí sucedió, que cuando los soldados llegaron a ver este templo, había dentro del círculo dicho dos grandísimos cuervos, mayores harto que los ordinarios; y como llegaron los españoles, se volaron de allí y se pusieron en unas peñas, que cerca de allí había, y los soldados, como vieron que eran tan grandes, les apuntaron con los arcabuces y matáronlos ambos; de lo cual comenzó a llorar y hacer grandes sentimientos un indio, que con los españoles hasta allí había ido.<sup>153</sup> Yo entiendo, que les hablaba el Diabolo en estos cuervos, porque les tenían grande respeto y veneración, y vio uno de los religiosos que allí iban, estar lavando unas indias en la playa, unos pescados para comer ellas y sus maridos e hijos, y se llegaron a ellas unos cuervos y las quitaban con el pico el pescado de la mano, y ellas callaban y no los osaban ojear o espantar de allí, y se espantaban de ver que los españoles les espantaban con pedradas”. El padre Sigismundo Taraval dice de la Isla de la Trinidad, en que se detuvo, lo siguiente:<sup>154</sup> “El que era Gobernador, era también su Sacerdote o Hechicero, sin que por eso dejase de haber otros subordinados, al modo que en cada gremio había su capitán para

152 Lib. 5 cap. 53. (Nota del autor, que se refiere a *Los veinte y un libros rituales y monarquía indiana con el origen y guerras de los indios occidentales, de sus poblaciones, descubrimientos, conquista, conversión y otras cosas maravillosas de la mesma tierra*, escritos por fray Juan de Torquemada e impresos en el año de 1615 en la ciudad de Sevilla).

153 No debería ser necesario observar que los indios seguramente consideraban simplemente absurda, ociosa y hasta criminal la matanza supersticiosa de estos animales, a los cuales respetarían por representar tótems culturales que reflejaban su contacto estrecho con el mundo natural.

154 Relación manuscrita de este viaje y descubrimiento. Año 1732.

el gobierno. Fueron tantas las cosas que les ponían en la cabeza y tan disparatadas, que causan juntamente lástima y risa. Su decálogo era el siguiente. Lo primero, que no comiesen de la primera caza o pesca, so pena de que nada podrían cazar o pescar en adelante, con lo cual también el Demonio quería sus primicias:<sup>155</sup> verdad es, que de pocas las lograba, porque mayor Demonio era para ellos el hambre y el apetito. Lo segundo: que no comiesen algunos pescados. Lo tercero: que no comiesen algunas partes determinadas de la caza, principalmente en donde estaba mejor y más gorda; porque decía que esa grasa era de los viejos difuntos; y que a comerla ellos, luego luego se volverían viejos: con eso los viejos Hechiceros se comían el mejor bocado; porque decían, que como ya estaban viejos, no tenían en eso que temer. Lo cuarto: que no cogieran algunas frutas o pescados determinados, (y estos eran los mejores) porque les harían mucho daño y que a los viejos nada hacía daño. Lo quinto: que si cazasen algún ciervo, que fuese especialmente grande, o algún pescado semejante, que no lo comiesen, porque eso era para los hechiceros. Lo sexto: que no mirasen a las Cabrillas del Cielo, porque el mirarlas acarrea muchas desdichas e infelicidades. Lo séptimo: que no mirasen las Islas del Norte, porque el que las miraba enfermaba y moría sin remedio. Lo octavo: que se acordasen de sus mayores y que les hiciesen fiestas, que no dejarían allá de hacer lo mismo. Lo noveno: que cuando hacía mucho calor, todos debían salir a saludar al sol; pues en eso no sólo se libraban de que los fatigase en sus cazas y pescas, sino que tendrían en todas ellas mucha felicidad. El modo de saludarle era salir corriendo del puesto en donde estaban; y poniéndose debajo del sol (pues para eso esperaban que fuese medio día) levantaban las manos a lo alto, y como quien atraía en su regazo las luces inclinando la cabeza, las recibían con obsequio.<sup>156</sup> Mas cuando volvían de saludarle, que cuidasen de no volver por el camino mismo: que en algo se había de distinguir el ir a saludar al sol, de ir a otras diligencias. Lo décimo:

---

155 Seguramente se referían a las deidades originarias de los indios, y quizás de esta suposición “demonizante” por parte de los jesuitas se deriven narraciones con tinte legendario (y probablemente ejemplarizador), como la muy conocida de “El Mechudo”, un pescador guayacura de perlas que ofrenda la primera joya obtenida “al Demonio” y se hace acreedor a una eterna maldición.

156 Este “saludo al sol” sin duda aporta elementos para suponer una antigua tradición reflejada en las figuras antropomorfas inscritas en el arte rupestre peninsular, sobre todo dentro del llamado estilo “Gran Mural”.

que creyesen a sus hechiceros; pero nada menos hacían: pues luego que vinieron a la misión, empezaron a celebrar con grandes risadas tantos desatinos. Semejantes a los preceptos, eran los artículos de su creencia. Su principal deidad era el Demonio, a quien hacían algunas fiestas: la principal razón para festejarle era porque les decían sus hechiceros, que el Demonio era el que les había dado y daba a los hijos. Las fiestas eran como las pedía la deidad; y con eso digo cuán sucias eran, sin que en ello sea menester detenerme. Otras hacían a sus antepasados, a quienes daban el mismo nombre que a los demonios, y este era el modo de celebrar su apoteosis o canonización. Formaban al héroe, que festejaban, con varios ramos y después lo ponían en lugar eminente, y delante de él celebraban la solemnidad, dándole el renombre de Demonio, con que ya juzgaban, que lo habían canonizado.”

## **Crónica**

### **Alboroto de los coras por falta de presidio**

(...) llegó ya el tiempo al Padre Taraval, para pasar en el mismo año 1733, de orden del padre Celestino Guillén, Nuevo Visitador, a fundar la misión de Santa Rosa, a que fue primeramente destinado en la Ensenada de Palmas, cercana a la Punta de la California, poblada de la nación de los coras, como la Misión de San Joseph del Cabo de San Lucas. Era necesaria esta misión, porque no podían administrarse bien los coras de aquellos contornos, desde la misión más cercana de Santiago, así por ser la mayor parte de los indios de esta misión guaycuros, que tienen dialecto diferente que los coras, como principalmente porque el genio inquieto, revoltoso, infiel e indócil de aquellos indios, pedía mayor número de misioneros, y continua preferencia de esos en sus cabeceras, para asegurar su reducción, y precaver las rebeliones, que no alcanzaron a evitar tan prudentes medidas. Dispuesto, pues, lo necesario para la nueva fundación en Loreto, pasó el padre Sigismundo a la Bahía de La Paz, y desde ella, por la misión de Santiago, a la Ensenada de Palmas,

donde se dio principio a su nueva misión en el paraje, en que empezó la de Santiago el padre Nápoli algunos años antes. Halló bastante domesticados a los indios de aquella costa, ya por la diligencia que puso el padre Nápoli, y ya por algunas visitas, que desde sus misiones les habían hecho los padres Carranco y Tamaral. Tuvo muchas, y graves contradicciones de algunos de los indios, encarnizados en su brutal modo de vivir, y esto le obligó a no despedir la escolta de tres soldados, que llevó consigo. Sin embargo, fue tan grande su trabajo y maña para su reducción, que antes de cumplirle un año de su entrada, tenía ya bautizados la mayor parte de los gentiles párvulos y adultos de su distrito, y tan amantes de él, y tan fieles, que esto le salvó la vida en la Rebelión General de la Nación.

De esta rebelión hubo algunos amagos el mismo año 1733 y principios de 1734 en las dos misiones de Santiago y San Joseph. El Gobernador<sup>157</sup> indio de Santiago, llamado Botón por los indios, elegido para este cargo por la autoridad, que le daba con los demás su mayor capacidad y su sangre mezclada de mulato y de indio, y por obligarle más a ser bueno, volvió a sus desórdenes antiguos, y no enmendándole con los avisos secretos, fue forzoso reprenderle en público. Reincidió sin embargo más fuertemente, y el padre Carranco se vio obligado a deponerle y castigarle en público. Lejos de humillarse, quedó extrañamente ofendido, y tentó por varios medios sublevar a los nuevos cristianos, para quitar la vida al padre; y lo hubiera logrado con algunos malcontentos, si conocidos con tiempo sus intentos, no se hubiera vivido con precaución. No obstante fueron grandes las inquietudes y alborotos en toda la misión, originados de sus seducciones, que se sosegaron principalmente, porque él se retiró de ella a las ranherías, Gentiles aún, de San Joseph del Cabo. Era cabeza de una de estas un mulato, llamado Chicori, que vivía envuelto en sucia carnalidad con mucho número de mujeres. Entre ellas había una muchacha que viniendo a la misión fue instruida y bautizada por el padre Tamaral; y estando ya cristiana, fue robada y llevada por fuerza del mulato a Yene-ca, nombre de la ranhería. Disimuló el padre algún tiempo, por evitar

---

157 Los sacerdotes jesuitas hacían elegir un gobernador, fiscal y capitán entre los propios indígenas, a fin de poder contar con autoridades que sirviesen de interlocutores al margen de los aborrecidos guamas o hechiceros.

mayores males; pero buscando luego ocasión oportuna para pasar a Yeneca, habló el mulato gentil con blandura, quejándose con suavidad del robo. Respondió él con desdén, que aquella era mujer suya, y había hecho bien en traérsela. Replicó el padre que si no tuviera otra, no la hubiera detenido en la misión, ni tratado de bautizarla tan presto; pero que pues tenía otras muchas mujeres, no era justo quitar a aquella moza su voluntad. De aquí pasó a exhortarle a hacerse él cristiano también, mostrándole la hediondez del cieno de torpeza en que vivía, que parecía mal aun a los mismos indios, siendo hombre ya entrado en edad. Finalmente tentó el bendito padre todos los caminos que supo, para atraer aquel corazón rebelde a la fe, mas nada logró: el gentil quedó más duro con esta visita, y ofendido de un lado con la reprehensión; y temeroso por otro, de que algún día se le quitasen otras mujeres, resolvió matar al padre, si pudiese, y alzar la nación contra todos los misioneros.

En esta disposición de ánimo se encontraba el mulato Chicori, cuando por ella, y en otra tal, vino a su ranchería el perverso Botón, dejando alborotados los indios de la misión de Santiago. Eran aún ocultas las tramas de uno y otro a los padres: y así vino el padre Tamaral sin recelo desde el Cabo de San Lucas, a ayudar al padre Carranco, a sosegar los tumultuantes de su misión. Como ya estaba fuera de ella la inficionada levadura de Botón, no fue difícil volver a poner la masa en punto; y con la buena diligencia de ambos padres, sus oraciones y favor singular de Dios, se aquietaron los ánimos de todos, se redujeron a la debida obediencia los descontentos, y se entabló la deseada paz. Estando ya en buen orden todas las cosas, resolvió el padre Tamaral volverse a su misión de San Joseph; mas sabido su ánimo, le dijeron algunos indios fieles de Santiago, que no se fuese, porque en ciertos parajes del camino le estaban esperando Botón y Chicori con dos cuadrillas para matarle. Certificáronse los padres de esta mala nueva, enviando otros indios, que reconociesen secretamente aquellos sitios, y hallaron ser verdad lo dicho por los primeros. Envió entonces el padre Tamaral recado por otros caminos a sus cristianos y catecúmenos de San Joseph, que luego vinieron armados a buscar de batalla las cuadrillas enemigas. Escondiéronse estas al ver de lejos tanta gente armada, y así no hallaron los fieles gente con que pelear, y se contentaron con quemar la enramada, y recoger los pobres despojos que se dejaron en ella

con la prisa. Pasaron a Santiago, a cuyo nuevo Gobernador dijo el que lo era de San Joseph: “Estamos muy tristes por lo que han hecho los de tu nación. Si otra vez sucediere algo, avísanos y vendremos a ayudarte, para que castigues los malos.” Escoltado, pues, el venerable padre Tamaral de sus indios, gran número de los cuales eran aún gentiles, se volvió a su misión de Cabo de San Lucas, sin hallar embarazo en el camino por los amotinados. Viéndose seguidos de poca gente las dos cabecillas de la conjuración, y temiendo que cayese sobre ellos toda la gente de ambas misiones, malgrado ya el meditado lance, se sosegaron, o mostraron sosegar, y pidieron la paz, prometiendo la enmienda. No se la negaron los padres, que no deseaban otra cosa que su bien y conversión a Jesucristo. Celebráronse las amistades a principios del año 1734; pero fueron poco firmes y duraderas, como veremos.

Este alboroto de los indios y otros menores, de que cada día se veían amenazados los padres por el orgullo de los indios, y querellas de los que era forzoso corregir por sus brutales excesos, nacían principalmente de la falta de escolta de soldados que pudiesen frenar el atrevimiento e indolencias de los revoltosos, y de la falta de un presidio a que acudir, en caso de necesidad, fundado en la Bahía de La Paz o en otro paraje, desde ella hasta el Cabo de San Lucas. No tenían los padres más escolta que la de un soldado, y en el tiempo de estos alborotos ninguno; porque no lo permitía el corto número de soldados del presidio, y las necesidades de las otras misiones nuevas, fronteras de gentiles. El presidio de Loreto de nada servía para la distancia de más de cien leguas. El genio voluble, inquieto y traidor de los pericúes, necesitaba de este freno mucho más que los indios del norte. Por esta razón pidió el padre Bravo al virrey Marqués de Valero<sup>158</sup> el establecimiento de un nuevo presidio en La Paz, que asegurase la restante tierra al sur; y aunque logró al principio favorable determinación, se frustró después tan saludable idea del modo que dijimos. Después, cuando se establecieron las misiones de Dolores, del Pilar, de La Paz y de Santiago, se conoció mucho más la necesidad de esta providencia, porque los misioneros estaban en continuo peligro de la vida con gente

---

158 Baltasar de Zúñiga y Guzmán, duque de Arión, marqués de Valero y de Almonte, fue el trigésimo sexto Virrey de la Nueva España (1716-1722).

tan viciosa e indócil, y no era posible reducir a los del país a vida racional y cristiana, reñirlos, apartarlos de sus costumbres, mortificarlos y castigar a los sediciosos, sin exponerse a un alzamiento general de toda la tierra en cada ocasión de estas, forzosas todos los días.

### **Mueren por Cristo los padres Carranco y Tamaral, líbrase el padre Taraval de sus manos y se pierden cuatro misiones**

Prosiguieron los padres sus trabajos apostólicos con los indios indóciles del sur, el padre Tamaral en San Joseph, el padre Carranco en Santiago, el padre Taraval en Santa Rosa, el padre Clemente Guillén nombrado visitador, y su superior en Dolores, y el padre Gordon en el Pilar de La Paz. Este último, en el verano del mismo año 1734, se vio precisado a pasar a Loreto, a dar calor a la provisión de su misión, y de las demás del sur, dejando al soldado de escolta Don Manuel Andrés Romero en La Paz, en guarda de ella. Los indios cristianos y catecúmenos pasaban quietos, al parecer sin ser de consecuencia algunas pequeñas inquietudes, que con facilidad se sosegaban. De los gentiles no había señas algunas por que temer; mas a la verdad, bajo la ceniza de esta quietud aparente, se iba fermentando el fuego de una rebelión general, que reventó finalmente el otoño del mismo año, con estrago total de cuatro misiones, y con riesgo inminente de perderse todas las de California.

No hubo motivo particular alguno, ni lance grave, que pudiese ser causa de esta rebelión, como se averiguó después. El origen del descontento de los indios contra los padres no fue otro, que el horror a la nueva ley y doctrina, que los privaba de la muchedumbre de mujeres, y los obligaba a vivir sin aquella brutal libertad, en que a su placer vivían encenagados.<sup>159</sup> Esto se vio después de muchas maneras, y así lo confesaron los principales agresores. Tuvo principio esta tempestad en las rancherías que yacen entre

---

159 La poligamia era una práctica cultural, entre muchas otras que horrorizaban a los evangelizadores, plenamente asentada entre los californios, y su prohibición debe haber constituido a sus ojos una clara muestra de intolerancia frente a las tradiciones consagradas durante milenios. Se explicaba no sólo en virtud de su ritualidad y costumbre, sino también seguramente como parte de un conjunto de exitosas estrategias de supervivencia en un medio sumamente hostil.

Santiago y San Joseph, hacia la costa del sur, a influjos cautelosos de Botón y Chicori, que, o nunca se reconciliaron de buena fe, o volvieron muy presto a encenderse contra los padres en odio, y los deseos de venganza; y temiendo nuevas reprensiones de sus desórdenes, se resolvieron a quitar de una vez de sobre sí el yugo de las misiones y misioneros. De aquí se fue extendiendo la conjuración con notable secreto y disimulo a varias rancherías de todas las cinco misiones del sur, engrosándose el partido de los rebeldes por todas partes, sin conocerlo los misioneros. Cuando ya tuvieron número bastante de su partido, en que entraron muchos de los nuevos cristianos, que no por ello dejaban de acudir a los ejercicios y comidas de las misiones, trataron de dar principio a sus designios. No tenían que temer otra cosa que los soldados de escolta, por su grande horror a las armas de fuego; bien que estos eran pocos, porque solamente el padre Taraval tenía en Santa Rosa, como en misión recién fundada, tres de ellos: en La Paz había uno: en Santiago dos débiles mestizos de Nueva España, que hacían veces de soldados; y ninguno en San Joseph del Cabo. Tentaron vencer este estorbo con maña por partes, y a principios de septiembre mataron en el monte, hallándolo solo y desprevenido a uno de los que acompañaban al padre Taraval, que estaba de visita en el pueblo de Todos Santos. Luego que le dejaron muerto, fueron algunos a decir al padre, que al soldado había dado un mal en el monte, y que fuese él a confesarle o enviase algún soldado que le trajese. Pero dieron tan mal el recado, y mostraron tanta turbación, que el padre, teniendo ya algunas noticias vagas de la conjuración por los indios del pueblo, que eran fieles, conoció lo que habían hecho, y apretándoles de varios modos, penetró su designio, que era matar al padre y soldados, dividiendo las fuerzas y apartándolo para esto de sus indios. Por esto ni quiso salir ni enviar segundo soldado, y poco después supo la muerte dada al primero. Algunos días después mataron en La Paz a Don Manuel Andrés Romero, cuya muerte estuvo oculta algunos días. Con estos sucesos se descubrió más la rebelión, cobrando osadía los indios conjurados, especialmente en el territorio de Santiago; mas todavía no pasaba el susto de los misioneros de aquel ordinario, con que se tiene siempre sacrificada a Dios la vida en nuevas misiones. Por estos mismos días llegó un soldado de Loreto a la misión de San Joseph del Cabo, para escoltar al padre Tamaral y para sangrarle y

asistirle, porque con los trabajos y escaseces de la misión había enfermado. Había visto el soldado muestras de rebelión en el territorio de Santiago, que vio confirmadas con otras en el de San Joseph. Avisó de todo al padre Tamaral y le dijo resueltamente que convenía salir de allí, porque estaba apeligrado, y él le acompañaría hasta la bahía de La Paz. El padre, lleno de aquellos bizarros espíritus, que le había comunicado su patria Sevilla, y mucho más del ardimiento interior de la Divina Gracia, que le guiaba a la palma del martirio, procuró sosegar los miedos del soldado. Replicóle este, que él no quería quedarse a morir, y no pudiendo intimidar al venerable padre, le dejó solo; y sin pasar por Santiago, se encaminó a la bahía de La Paz. Allí hizo de lejos la salva acostumbrada con el arma de fuego, y nadie le respondió. Acercóse a la casa, gritó al soldado; pero no respondía, ni halló indio alguno de quien tomar razón. Entró en la casa y vio algunos rastros de sangre, la maleta tirada, esparcidos y destrozados algunos trastillos: y conociendo bien por estas señales la muerte dada a Romero, soldado de escolta, huyó con diligencia, lleno de miedo a la misión de Dolores, que dista más de sesenta leguas por tierra. Allí dio cuenta al padre superior Clemente Guillén del peligro en que dejaba las otras misiones. Ya tenía el padre algunas noticias porque también se habían alborotado algunas rancherías de la suya, llevándose con amenazas los conjurados consigo algunos indios de que le dieron cuenta a los demás. Al punto despachó correos a los padres para que se retirasen a Dolores. A poco tiempo le llegaron cartas del venerable padre Carranco, que le avisaba de la ya casi descubierta conjuración de los pericúes y pedía sus órdenes. Repitió nuevas cartas al padre Guillén para que todos pasasen a La Paz, a donde prontamente envió una canoa y diecisiete indios de fidelidad probada; pero ningunas cartas llegaron, porque ya tenían tomados los pasos forzosos los conjurados; y aun cuando hubieran llegado estas órdenes, acaso hubiera sido tarde. Al mismo tiempo despachó el padre Carranco una tropa de sus cristianos que parecían más fieles a la misión de San Joseph, avisando al padre Tamaral de las asonadas y claras señales de conjuración general rogándole, que pues estaba solo y sin escolta y por tanto más expuesto, se viniese a su misión donde tomarían juntos, resolución en tan crítica coyuntura. El padre Tamaral respondió que él en su misión no veía tales señales: que tenía estos miedos por efecto del pavor y poco corazón de

los indios que informaban, y por astucias del común enemigo, para inquietarlos y perturbar los trabajos de las misiones; que él fiaba en Dios a quien servía en vida y en muerte: que su Majestad dispusiese de él como fuese servido; pero que ni se veía digno del martirio que había deseado y pedido a Dios toda su vida, ni se creía en circunstancias de estar obligado a desamparar su misión, especialmente cuando en los alborotos pasados habían dado los de ella tales pruebas de su fidelidad. Este billete se halló después entre los despojos destrozados del venerable padre Carranco: el venerable padre Tamaral se quedó solo en su misión, lleno de los fervorosos afectos que su carta manifiesta, y despidió a los escolteros de Santiago. Al volver estos de la misión de San Joseph, hallaron en el camino algunas patrullas de los rebeldes, que les preguntaron de dónde y de qué venían. Respondiéronles, que habían ido a traer a Santiago al padre Tamaral, llamado del padre Carranco, porque ya sabe el padre (dijeron) que los queréis matar: que así se lo ha dicho el muchacho que tiene en casa que se lo cuenta todo. La intención de los amotinados era matar primero al venerable padre Tamaral, como menos defendido, y proseguir después por las demás misiones, hasta arrojar si pudiesen a todos los padres de la península. Mas con la noticia de que ya el venerable padre Carranco era sabedor de sus intentos, mudaron de idea, y le fueron a matar primero, para que no se escapase ni hiciese venir soldados. Trataron de esto con los cristianos de Santiago francamente, y ellos olvidados a pocas instancias y amenazas de la fidelidad debida a Dios y al padre, se hicieron a una con los rebeldes, y todos juntos caminaron a Santiago para quitar al bendito padre, y bienhechor suyo, la vida.

Llegaron a la cabecera de la misión viernes primero de octubre, entre seis y siete horas de la mañana, hora en que el venerable padre Lorenzo Carranco acababa de decir devotamente misa y se había retirado a dar las gracias, y rezar el Oficio Divino a su aposento. Informáronse si estaban en el pueblo los dos mestizos que escoltaban al padre, y supieron, que poco antes, oída misa, habían salido al monte a traer dos reses para el gasto ordinario de la misión, catecúmenos, niños, viejos, etc. Quedáronse sin embargo fuera de la pequeña casa los conjurados forasteros, medrosos aún contra solo el padre, mientras entraron en ella algunos de los mensajeros vecinos de la misión, con pretexto de darle cuenta de su jornada.

Levantóse del suelo el padre, a quien extrañó que no viniese con ellos el padre Tamaral; preguntó si le traían carta: dijéronle que sí: diéronsela, abrióla, y empezó a leerla atentamente. Pero cuando más embebido estaba en su lección, calentándose, a lo que es de creer al fuego del amor divino, y espíritu apostólico que en ella venía, entró de repente en la casa y cuarto, el tropel de los conjurados, que habían tramado el lance de esta suerte; y arrojándose dos de ellos sobre el padre, asieron de él y en brazos le sacaron fuera entre la puerta de la casa y de la iglesia, donde teniéndole los dos asidos de la ropa le cargaron los demás de flechas. Clamaba el venerable padre entre tanto en fervorosas jaculatorias al cielo, ofreciendo a Dios por sus culpas y las de sus indios, el sacrificio de su inocente vida, hasta que cayó a tierra, invocando sin cesar los dulcísimos nombres de Jesús, María y Joseph. Entonces le procuraron acabar de matar a golpes de palos y piedras, encarnizándose aquellos cobardes bárbaros contra el moribundo padre, cuando ya vieron que no tenían que temer. Entre tanto uno de ellos volvió los ojos hacia la casa, y vio en ella al indio chicuelo que asistía en ella, llorando amargamente por lo que veía hacer con su amado padre. Díjole: “¿Por qué lloras? Anda ahora y cuéntale al padre lo que hacemos en las rancherías”: otro más atrevido añadió: “Pues tanto le quiere, mejor es que vaya a acompañarlo.” Diciendo esto, asieron al muchacho por los pies y matándole a golpes contra las paredes de la casa, piedras y suelo, le arrojaron muerto al lugar donde aún estaban los demás golpeando el cuerpo frío del venerable mártir de Cristo.

Al ruido y bullicio de estas muertes, se juntaron allí casi todos los demás indios e indias, mozos, viejos y niños del pueblo y cercanía; y aunque a algunos dio lástima tal inhumanidad, nadie se atrevió a resistir a los armados, especialmente viendo entre los matadores a los más principales de la misión, que por tales, habían sido escogidos para traer al padre Tamaral desde San Joseph. Bien presto el genio voluble de los indios dio lugar a que se revistiesen todos de igual fiera contra el venerable padre, con quien aquella misma mañana habían rezado la doctrina y oraciones después de la misa; y así, mientras juntaban algunos leña para hacer hoguera en qué quemarle, arrastraron otros hacia ella su cuerpo ensangrentado y desfigurado, en que aún había algunas señales de vida: allí le desnudaron para aprovecharse de los vestidos y para vengar con

execrables fealdades las reprensiones que aquel varón apostólico había hecho de sus torpezas. No son para escribir aquí las profanaciones, que influidos del espíritu de inmundicia ejecutaron contra el sagrado cadáver, y las burlas y mofas abominables que de él hicieron, antes de darle al fuego. Baste decir, que hombres y mujeres mostraron bien en su inhumanidad y brutal desenvoltura que el objeto de su cólera y rabia, era solamente la fe y doctrina, nuevamente introducida por el venerable padre, que obligaba a castidad y continencia. Entre la algazara pues, ultrajes y execraciones de los indios victoriosos, fue llevado el cadáver del venerable padre Lorenzo Carranco a la hoguera, con el del muchacho su sirviente. Al mismo tiempo entraron a pillaje en la casa e iglesia y reservando ropas y trastos que les podían servir, llevaron y arrojaron todo lo demás al fuego: cruces, imágenes y estatuas de santos, ara, cáliz, misal y otras cosas sagradas, fueron echadas a las llamas para testimonio cierto de su odio contra la religión. Todavía ardían los cuerpos y alhajas eclesiásticas en la hoguera entre grandes alegrías y descompuesto alborozo de los indios, cuando se dejaron ver los dos domésticos del venerable padre que le escoltaban conduciendo a caballo las dos reses que salieron a buscar, sin otras armas que los cuchillos. Cercáronlos los indios y les mandaron apear y degollar las reses, porque ellos ni aún para esto tienen valor. Hiciéronlo así, cediendo a la necesidad; pero apenas acabaron este oficio cuando dispararon sobre ellos una nube de flechas con que los traspasaron, llevándoles palpitantes aún a la misma hoguera. En ella acabó quemado el venerable padre Lorenzo, imitando aunque muerto al Santo Mártir<sup>160</sup> cuyo nombre tenía, y por cuya intercesión pedía a Dios incesantemente en vida, la gloria de morir por su santa fe. Ejecutadas en Santiago estas crueldades pasaron los agresores a la misión de san Joseph del Cabo de San Lucas. Juntóse a esta jornada mucho mayor número de gente que a la de Santiago: porque ésta la hicieron fuera del tiempo que tenían destinado, y ahora se juntaron de todas partes nuevos sediciosos además de los añadidos en Santiago, que fueron casi todos los de la misión. Llegó la tropa a la casa del padre a las ocho de la mañana del día 3 de octubre, domingo

---

160 San Lorenzo fue uno de los siete diáconos regionarios de Roma, ciudad donde fue martirizado el 10 de agosto del 258, víctima de la persecución de Valeriano, al igual que lo fuera el Papa Sixto II.

en que se celebraba la fiesta del Rosario de Nuestra Señora, de quien era devotísimo el venerable padre Nicolás Tamaral. Hallábase éste descuidado de tales intentos de los indios, dicha ya devotamente la misa, sentado en su cuarto, cuando entró de repente en él, parte de la tropa de los mismos indios de su misión rebelados, pidiéndole todos alguna cosa para tomar ocasión de indignarse contra él, si se las negaba. Padre (decían unos) “danos maíz”: “Padre (otros) danos frazadas”: (otros) “danos velduques;<sup>161</sup> danos sayal.” En sus instancias y descompostura, y en verlos armados a todos, conoció el venerable padre su dañada intención desde luego, y para aplacarlos, respondió dulcemente: “Aguardaos, hijos, que con lo que halla en casa, se contentará a todos.” Viendo ellos frustrada su intención de buscar motivo a enojo en alguna aspereza del mansísimo padre, no quisieron esperar a nueva traza, y arrojándose los indios que en Santiago asieron al venerable Padre Carranco, derribaron ahora con la silla en el suelo, al venerable padre Tamaral. Arrastráronle después por los pies, sacándole fuera para flecharlo: dispararon sobre él algunas flechas; pero acudiendo ya todos, les pareció mejor degollarlo con su cuchillo velduque, de los que el padre solía repartirles para sus menesteres. Los que poco antes no tenían ánimo para degollar las reses, ahora, inspirados del espíritu cruel de la carnalidad le tuvieron para degollar a su inocente pastor. Este, en su muerte, clamaba por sí, y su rebaño encomendado al supremo pastor Jesu-Christo, invocando su nombre hasta el último aliento. Siguiéronse a este sacrificio las crueldades y abominaciones con su santo cadáver, en que ya se habían ensayado en Santiago. En San Josphe duró más, y fue mayor la fiesta, hasta acabar de quemar el sagrado cuerpo con las alhajas de la Iglesia, que aborrecían, y no les servían: porque fue mucho mayor el concurso de gente de toda edades y sexos; y con esto, libres ya de todo miedo y susto de los padres, pudieron acabar su función y celebridad de la victoria, con las sucias y licenciosas abominaciones, con que en el tiempo de su gentilidad solemnizaban brutalmente sus triunfos. Esta detención dio lugar a que pudiese salvar la vida el padre Sigismundo Taraval, misionero de Santa Rosa, en el pueblo de Todos Santos, donde entonces asistía.

---

161 Belduque: cuchillo grande de hoja puntiaguda.

Hallóse casualmente un muchacho de este pueblo en Santiago, cuando mataron y quemaron al padre Carranco y sus asistentes: y habiéndolo visto todo, se volvió a su pueblo mientras los conjurados pasaron a San Joseph. El muchacho en Todos Santos, contó lo que había visto a un viejo fiel, que al punto buscó al padre Taraval llevando al muchacho consigo. Hízole referir el lance y añadió: “Mira, Padre, que luego han de venir a matarte a ti. Nosotros no te podemos defender; si quieres te pasaremos a aquella isla, donde estarás seguro.” A poco tiempo llegaron otros indios de Santa Rosa, que se habían hallado en la muerte del venerable padre Tamaral en San Joseph, y venían en diligencia a avisar a su misionero, que ya los conjurados habían enviado mensajeros a los de La Paz, matadores del soldado Romero, para que fuesen a matar al padre Taraval y su escolta. Este mensaje nació de la cobardía de los conjurados, que no se atrevían a ser los agresores, por temblar de las armas de fuego de los soldados. Con estas noticias el padre Taraval, aunque deseaba con ansia la fortuna que acababan de lograr sus dos compañeros jesuitas, creyó sin embargo deber hacer las diligencias prudentes para salvar su vida y la de sus escolteros. Con ellos recogidas las alhajas sagradas, pasó a la bahía de La Paz en la noche del día 4 de octubre, sin ser sentido de los enemigos: sacó también los ornamentos y vasos sagrados de aquella misión, y con ellos entró en la canoa enviada por el padre visitador Guillén por los avisos del padre Carranco, que había llegado a La Paz en dos de octubre, y en ella pasó a la Isla del Espíritu Santo. A ésta llegó poco después otra canoa enviada de Loreto, por el aviso de la urgente necesidad, por gente y bastimentos, y con estos pronto socorros pudo luego el padre Taraval pasar a la misión de Dolores, así para precaver o defender el golpe que contra esta misión pudieran intentar, como en efecto intentaron los rebelados; como para tratar con el padre Guillén, Superior de todas las misiones entonces, los medios de restablecer la paz, y las misiones, en todas las tierras del sur. Llegó felizmente a Dolores el padre Taraval con toda su comitiva, donde halló traspasado de sentimiento, por la pérdida de tantas almas, al padre Guillén, que sólo tenía noticia de la muerte del venerable padre Carranco; pero acabó de colmarse su dolor con la noticia de la muerte del venerable padre Tamaral, y destrucción de cuatro misiones, Santiago, San Joseph, Santa Rosa, y el Pilar de La Paz. Trataron

largamente del remedio, pero mientras los padres estaban en estas conferencias en Dolores, los pericúes y coras rebelados, pasaron desde San Joseph del Cabo al pueblo de Todos Santos, en busca del padre Taraval, por ver que los de La Paz no se movían. Cuando supieron que se les había escapado, convirtiendo su saña contra los indios de aquellas cercanías, y dejándolos descuidar, dieron de improviso sobre ellos y mataron veintisiete todos cristianos o catecúmenos, y los demás escaparon huyendo. Con las querellas de estos y de sus parientes, se encendieron guerrillas y desavenencias de unos con otros, con que recíprocamente se mataban y consumían las rancherías, como en el tiempo de la gentilidad.<sup>162</sup>

---

162 La llamada rebelión pericú transcurrió de 1734 a 1737, aparentemente debido a múltiples vejaciones y abusos a los que fueron sometidos estos nativos por parte de los soldados que acompañaban a los misioneros, e involucró las misiones de Santiago de Añiñí, San José del Cabo Añuití, Todos Santos y La Paz de Airapí, en el sur de la península. Ante ella, el padre Guillén dio aviso al virrey del alzamiento indígena y ordenó a todos los misioneros concentrarse en Loreto. Por su parte, el padre Jaime Bravo solicitó ayuda al gobernador de Sinaloa, quien se trasladó a la península con una tropa, además de 60 yaquis que fueron llevados desde Sonora para apoyar a los soldados. En 1737, la Corona española estableció en San José del Cabo un presidio o fuerte para contener los alzamientos indígenas.

## Miguel del Barco

El jesuita español Miguel del Barco (nacido en Casas de Millán en 1706 y muerto en Bolonia en 1790) constituye puente y referencia ineludible entre la vasta obra enciclopédica de Miguel Venegas y el polémico tratado de Juan Jacobo Baegert acerca de la California. No sólo porque su *Historia Natural y Crónica de la Antigua California*<sup>163</sup> fue seguramente escrito en la década de 1770 (aunque se publicó hasta el siglo XX), y alude de manera explícita a la obra de Venegas, convirtiéndose asimismo en ejemplo posterior del tipo de crónicas con las cuales Baegert polemiza. También, porque su obra retoma el tema californiano justo en el periodo donde Venegas lo abandona (este autor termina sus textos prácticamente dos décadas antes de la expulsión de los jesuitas, mientras que Del Barco, como Baegert, vive y retrata ese momento crucial).

Si Venegas ya había incorporado una extensa descripción de la California jesuita, Del Barco habrá de adoptar la misma estructura para su libro, adoptando y complementando las adiciones y correcciones realizadas por Burriel, con la siguiente advertencia: “Quisiera haber podido comunicarle (al lector) todo lo que he observado por mí mismo, y lo que por informe seguro de otros com-misioneros he adquirido, para que el mismo erudito autor (Burriel), con su acertada pluma, desempeñase cumplidamente el

---

163 Originalmente intitulado por su autor *Correcciones y adiciones a la Historia o Noticia de la California en su primera edición en Madrid, año de 1757*.

asunto. Mas ya que su temprana muerte nos privó de esta satisfacción,<sup>164</sup> me ha parecido escribir estas noticias que suplan, de algún modo, esta parte de la historia de esta península.” Así, aunque en temas de historia natural cita profusamente el texto de Burriel-Venegas, también lo complementa con vastos comentarios propios, que constituyen una valiosa aportación. Esta aportación personal es mucho más importante, desde mi punto de vista, en el apartado que corresponde al tema etnográfico, concebido por Del Barco como un conjunto de “adiciones” a lo escrito por Burriel-Venegas. Sin embargo, León-Portilla, en el estudio introductorio a la edición utilizada, procede con acierto al deslindar esta parte del texto de su referente original, pues con toda justicia se puede considerar una obra independiente, marcada por la experiencia personal de Del Barco y sobre todo por sus inquietudes e indagaciones respecto a temas tan interesantes como el posible origen asiático de los californios o la confusión generada entre los indios al momento de atribuir la autoría del llamado “arte rupestre” de la Sierra de San Francisco a supuestos “gigantes” cuya existencia sería comprobable mediante la exhumación de enormes restos óseos presuntamente humanos.

Lo que para Venegas resulta un tema de reflexión a distancia, para Del Barco trasluce el proceso íntimo de familiarización y entendimiento con el entorno en el cual desarrolló su tarea misionera. Un entorno, por otra parte, sumamente significativo, pues Del Barco llegó a ser visitador (el cargo administrativo más importante de las misiones en California), además de desempeñarse como fundador y responsable, durante tres décadas (1737-1768) de la misión de San Francisco Javier, ubicada en el corazón de la Sierra de la Giganta, 35 kilómetros al sur de Loreto. Resultaría injustificable pasar por alto el valor estético y estratégico de San Francisco Javier, una misión que se coloca como paradigma de la arquitectura virreinal en la península y que al mismo tiempo extiende el radio de influencia europeo hacia regiones del sur que habrán de servir como puntal para el trazado de nuevas redes comunicativas y de propagación ideológica que a la postre (ya

---

164 Andrés Marcos Burriel y López (1719-1762) editó, resumida y extraída de las *Memorias* del padre Miguel Venegas, en 1757, la *Noticia de la California y de su conquista temporal y espiritual*.

en la época franciscana de la evangelización) cobrarían forma definitiva bajo el nombre del Camino Real de las Misiones.

Venegas deseaba recopilar y ordenar la mayor cantidad de información posible sobre California, respaldando con múltiples testimonios su veracidad, pero en el fondo le movía un interés funcional, al ofrecer la “materia prima” para el acucioso análisis que haría la Orden acerca de sus éxitos y fracasos. Del Barco, en cambio, escribe guiado por una inquietud perceptiblemente intelectual: la del investigador que anhela compartir sus revelaciones y descubrimientos. No es que, ingenuamente, pensemos que la obra de Del Barco esté exenta de componentes y compromisos político-ideológicos en favor de la Compañía de Jesús, sino que precisamente estos textos se escribieron desde el exilio italiano de su autor, cuando ya no era útil y quizás ni siquiera necesaria una defensa de lo que los seguidores de Loyola habían hecho en la península. El desembarazamiento *a fortiori* de la polémica que precedió a la expulsión de los jesuitas permite a Del Barco dedicarse con mayor libertad a comunicar y expresar sus vivencias, demostrando de manera muy explícita que le preocupaba, como a los actuales investigadores e historiadores, satisfacer el apetito de conocer lo desconocido, en “materia tan estimada de los antiguos, y tan del gusto de los modernos”.<sup>165</sup>

Así, por su intención y estilo, se ubica a Del Barco más cómodamente dentro de la tradición de los cronistas viajeros que de los historiadores oficiosos, en la cual de alguna forma se sitúa, por necesidad, Venegas. La forma externa de esta diferenciación se constata en la capacidad de síntesis demostrada, que le permite articular de manera menos dilatada el cúmulo de información que dispone, adhiriéndole además, en lo interno, un interés que podemos osadamente denominar “periodístico”, si tal expresión es aceptable para una época en la cual las “noticias” se referían al relato de hechos acontecidos décadas antes.

La estructura básica de la obra es la misma que la de Venegas-Burriel (o Burriel-Venegas, que para el caso da igual), pero el tratamiento es mucho más flexible y personal, trasluciendo el involucramiento intelectual y

---

165 “Nota preliminar de Miguel del Barco a esta primera parte”, *op. cit.*, p. 11.

emocional que tuvo el autor con la materia de su crónica. Que Del Barco haya sido visitador y misionero en California durante tanto tiempo deja sentir un compromiso personal con sus temas y ello aporta a una lectura menos distante y desapasionada de la que realiza Venegas, aunque no por ello lo que escribe deja de estar sujeto al cuestionamiento y la indagación juiciosa. La diferencia radica en que ahí donde Venegas debe cotejar manuscritos, Del Barco puede recabar testimonios *in situ* o compartir sus propias vivencias; es decir, su trabajo es resultado de un quehacer y aprendizaje básicamente empírico, “de campo”.

En contraste y al otro extremo de la subjetividad, Baegert se dejará arrastrar por la amargura, el rencor o la melancolía de sus recuerdos (también muy vívidos y sustentados por la experiencia directa de lo cronicado), mientras que Del Barco se ubicará en un punto medio, un prudente equilibrio desde el cual es capaz de relatarnos sus impresiones, aprendizajes y experiencias sin que los prejuicios o las emociones nublen completamente su capacidad de observación. Después de todo, estos tres autores (si tomamos en cuenta que Salvatierra apenas nos ofrece una escueta literatura epistolar, pues no le interesaba sino resolver asuntos eminentemente prácticos o rendir informes muy sucintos sobre temas específicos) estaban perfectamente preparados e interesados en desarrollar amplias obras descriptivas e interpretativas (incluso también propagandísticas) acerca de la labor misionera que desempeñaron los jesuitas en la península. No obstante, para Baegert era inaceptable y tediosa la prolijidad de Venegas o Del Barco.

Un elemento adicional que dota de interés a la *Historia...* es el hecho de que hubo de permanecer inédita, aunque bien conservada en la Biblioteca Nazionale Vittorio Emmanuele II, de Roma, durante doscientos años, hasta que Miguel León-Portilla la publicara en el año de 1973. Aun así, es una de las fuentes principales utilizadas por el también jesuita Francisco Javier Clavijero (Veracruz, 1731-Bolonia, 1787) para componer su *Historia de la Antigua o Baja California*, que no es sino un sumario de textos escritos por otros historiadores y cronistas. Colega, amigo y compañero de exilio de Del Barco, dirá respecto a la obra de éste, en relación con la de Venegas:

[...] no solamente faltan la historia natural sino también muchas noticias esenciales, y hay además no pocos errores, aunque inculpables. A todo esto quiso poner remedio la diligencia de los abates don Miguel del Barco y don Lucas Ventura, hombres muy prácticos en la California, exactos y sincerísimos.<sup>166</sup>

Por su parte, a manera de síntesis acerca del valor de las aportaciones realizadas por Del Barco a la crónica californiana, León-Portilla precisa:

Exiliado en Bolonia, tras su salida de México y su confinamiento en España, el ya casi septuagenario exmisionero mantenía vivo el recuerdo de su fecunda estancia en California. Sus propias observaciones en esa vasta región, su conocimiento de las costumbres y tradiciones indígenas y acerca de la empresa misional, lo movían a considerarse como depositario espontáneo de testimonios que no debían quedar en el olvido.<sup>167</sup>

---

166 Clavijero, Francisco Xavier, *Historia de la antigua o Baja California*, edición preparada por Miguel León-Portilla, México, Editorial Porrúa, 1970, p. 2.

167 León-Portilla, Miguel, "Propósito y título de la obra de Barco", *op. cit.*, p. XI.



# Historia natural

## De las diversas naciones y lenguas que pueblan la California

Este nombre *nación*, en América, generalmente hablando, tiene distinta significación que en Europa; aunque en Europa suele también tomarse de diferentes maneras. En Europa se da nombre de una nación a los que viven en cierta extensión de terreno, o bajo cierto dominio, sean o no de un lenguaje. En la América, por lo regular, no habiendo entre los indios que ahora se conquistan, ni distinción o límites de provincias ni separación de dominios, cuales se hallaron en los dos imperios de México y de Perú, se reputan por una nación todos los indios que usan un mismo lenguaje, sean pocos o muchos; bien que vivan cerca unos de otros; bien que derramados en distintas rancherías; o que si se diferencian en el idioma, es poco, por ser unas lenguas, dialectos de las otras, de modo que puedan entenderse entre sí mismos.<sup>168</sup> Cuando el lenguaje es entre sí tan diferente que no pueden entenderse unos con otros, entonces se llaman diversas las naciones; sin que esto impida que algunas veces tomen el nombre las naciones, no tanto de la lengua, como del paraje en que viven o de algunas circunstancias tales.

---

168 Esta distinción es importante y clarifica inequívocamente que los cronistas jesuitas eran plenamente conscientes de la diversidad étnica agrupada bajo las denominaciones etnolingüísticas que hasta la fecha delimitan a las tres principales “naciones” indígenas californianas.

Sobre las naciones que pueblan la California ha habido variedad de dictámenes, porque la ha habido sobre sus lenguas. Algunos misioneros han escrito que las lenguas de esta península son seis; otros dicen que son cinco, y finalmente el padre Taraval,<sup>169</sup> con otros, las reduce a solas tres. Esta diferencia nace de que las que unos han juzgado lenguas entre sí diversas, otros, haciendo examen más profundo, han creído que sólo son dialectos de una misma, tan poco diferentes que no merecen el nombre de idioma distinto.

En la variedad que por esta razón se encuentra en las relaciones, creo se debe preferir el dictamen del padre Taraval, como uno de los más prácticos en todos los países, y que dice haberlo averiguado por sí mismo. Tres son (dice este hábil misionero), las lenguas: la cochimí, la pericú y la de Loreto. De esta última salen dos ramas: y son la guaycura y la uchití; verdad es que es la variación tanta, que el que no tuviera conocimiento de las tres lenguas, juzgará no sólo que hay cuatro lenguas, sino que hay cinco. Los indios no se entienden sino en unas cuantas palabras que significan lo mismo en las tres lenguas de Loreto, guaycura y uchití. Y éstas son bien pocas. Puede ser que, de dos lenguas, se formasen estas tres variaciones, y entonces serán cuatro, pero contadas de diverso modo. Iguales a las lenguas son las naciones principales descubiertas, que pueblan la península, dividida la cual en tres partes casi iguales, está poblada la primera hacia el mediodía, desde el Cabo de San Lucas, hasta más acá del puerto de La Paz, de la nación pericú, o siguiendo la terminación castellana, de los pericúes; la segunda, desde La Paz hasta más arriba del presidio real de Loreto, es de los monquis; la tercera, desde el territorio de Loreto, por todo lo descubierto al norte, de la nación cochimí, o de los cochimíes. Sin embargo, es de notar que en el territorio de una nación y lenguaje suele haber algunas rancherías de las otras lenguas y naciones. Demás de esto, estas naciones generales se subdividen en otras menores, a que se añade que una misma lengua suele tener diversos nombres, y las rancherías y naciones pequeñas suelen tomar el nombre, no de la lengua, sino de otras circunstancias, como ya insinuamos.

---

169 Segismundo Taraval (1700-1763) estuvo en la California de 1730 a 1750 y escribió una detallada crónica que consigna especialmente el tema de las revueltas indígenas.

La palabra *edú* es de la lengua *cochimí*, y significa gente de otra lengua, que vive por la parte de mediodía, respecto de ellos. Así la usan y la entienden los *cochimíes* de la nación de San Javier (los cuales más usan en estos tiempos del vocablo *adú*, que del *edú*, habiendo mudado la E por A en esta y otras muchas palabras de cincuenta años a esta parte). Y, por consiguiente, respecto de éstos, son *edúes* todos los *guaycuras*, sus *confinantes*, y todas las naciones que hay, desde su tierra hasta el Cabo de San Lucas con todos sus individuos; porque todos éstos, respecto de dichos *cochimíes*, caen a la parte de mediodía y son de diverso idioma que ellos. Siendo pues la palabra *edú* tan genérica, que comprende varias naciones de las cuales cada una tiene su particular nombre, con que se distingue de las demás, será acertado no usar este vocablo para evitar equivocación y confusión: ni en la California se usa de él, hablando en castellano. La palabra *cochimí* significa gente que vive por la parte del norte, desde ellos en adelante. Y como esta gente, desde Loreto exclusive, hasta el grado 33 de latitud, con corta diferencia, teniendo el mismo lenguaje en su raíz, aunque muy variado, se reputa por eso una sola nación. Y, no teniendo nombre general que la comprenda toda, se le da comúnmente en la California el de *cochimí*, y en castellano llamaremos a esta nación los *cochimíes*.<sup>170</sup>

Los *pericúes* habitaban, como queda dicho, la parte más meridional, desde el Cabo de San Lucas por espacio de treinta a treinta y cinco leguas hacia el norte, ocupando la mayor parte del sur. Además de estos *pericúes*, algunas familias de esta misma nación poblaron algunas islas del Golfo, como son las de San José y del Espíritu Santo. Después del territorio de los *pericúes* (a quienes en la California vulgarmente llaman *pericos*), se sigue el de la segunda nación, que ocupa todo el terreno que hay hasta

---

170 El tema de la “nacionalidad” o más propiamente dicho, la identidad étnica de los antiguos californios es sumamente complejo y claramente escapa a las posibilidades explicativas de los misioneros jesuitas, quienes sin embargo desarrollan sus propias categorizaciones –que siguen siendo, en buena medida las más confiables de las que disponemos–, partiendo de su distribución territorial y lingüística. En todo caso, es evidente que los mismos indígenas no se concebían como integrantes de una etnia determinada, sino que sólo reconocían lazos de parentesco y consanguineidad que los ligaban a pequeños grupos a los cuales pertenecían.

Loreto y aún un poco más adelante. Divídese ésta en uchitíes, coras, aripes, guaycuros y monquis. Las tres primeras nacioncillas (ramas de los guaycuros), tenían su asiento dentro del sur, y se reducía cada una a una sola ranchería. La mayor de ella era la de los uchitíes, los cuales confinaban con los pericúes, de suerte que, caminando de la tierra de estos últimos hacia el norte, se encontraban primero los uchitíes, después se seguían los coras, que tenían su asiento hacia el sureste de La Paz. Poco más al norte, y en la misma orilla de la bahía de La Paz por el lado del poniente, está el sitio de los aripes, ranchería menor que las dos primeras. Tres leguas distantes de los aripes, y también en la orilla de la misma bahía de La Paz, había una ranchería de guaycuros de la misma lengua y dialecto que usan los demás guaycuros, que habitan fuera del sur. Estos guaycuros de La Paz son los que llaman callejúes, nombre particular de sus rancherías, y no de nación distinta de los guaycuros. En este sitio de los callejúes se estableció la primera misión del sur con la advocación de Nuestra Señora del Pilar de La Paz, teniendo también a su cargo el misionero la reducción y administración espiritual de las ya dichas nacioncillas vecinas, aripes, coras y uchitíes, las cuales siempre reconocieron por su propia misión la de nuestra Señora del Pilar, y no otra alguna.

Caminando del sur para el norte, a pocas leguas después de La Paz, se sale de la tierra que llaman sur, y comienza el territorio de los guaycuros que, de un mar a otro, se extiende hacia el norte por espacio de setenta leguas hasta tropezar con la tierra de los cochimíes, pertenecientes a la misión de San Francisco Javier, que toda es mediterránea y sin mar. Esto, no obstante, prosigue la tierra de los guaycuros por la costa del océano, como quince leguas o más, hacia el norte; y por la parte del seno califórnic se hayan los monquis o nación de los de Loreto. De suerte que éstos últimos, por el oriente, y los guaycuras por el mediodía y occidente, tienen encerrados a los cochimíes de San Javier, sin dejarlos un palmo de playa propia, y sin poder ir al mar sino estando en amistad y beneplácito de dichas naciones.

De San Javier en adelante sigue la nación de los cochimíes, sin alguna interrupción, por toda la tierra y sus costas, hacia el norte, hasta la altura de 33 grados poco más o menos, en donde el padre Wenceslao Linck en

su viaje,<sup>171</sup> de que arriba hicimos mención, se halló sin lengua, porque, ni él mismo ni los indios que llevaba consigo, pudieron entender palabra en cuanto hablaba la gente de aquel país, y no dudaron de que éste era diverso idioma que el cochimí. Acaso es el mismo que hablan los habitantes de las márgenes del río Colorado, de donde aquella gente no podía dejar de estar cerca. Si realmente esta lengua es diversa en su raíz de las demás de la California, contaremos en ella cuatro diversas lenguas. Mas, no teniendo nosotros más noticia de este último idioma, que las que acabamos de dar, bastará el haber insinuado esto hasta que los conquistadores de aquel dilatado país, con más conocimiento, nos instruyan en este punto. Entre tanto sólo hablamos de las tres lenguas y naciones bien conocidas en la península hasta el año de 1768.

La lengua y nación de los cochimíes se conserva en todas sus misiones y, aunque en algunas de las más antiguas, hay muchos que saben hablar castellano, sólo usan de este idioma para hablar con aquéllos que saben el suyo cochimí. De las mujeres es muy rara la que sabe el castellano. La nación de los monquis o lauretanos, que siempre fue pequeña, después de las epidemias de viruelas y otras varias que ha padecido, se redujo a mucho menor número y se juntaron todos en Loreto, en donde forman un corto pueblo. Su lengua nativa puede decirse que ya se perdió, y sólo quedan algunos, bien pocos que, aunque hablan castellano, saben también la lengua antigua de su país. Los demás ni aun saben esta última, porque con la continua comunicación que ellos, sus padres y abuelos tuvieron con los soldados, marineros, sirvientes y otros, los indios lauretanos de ambos sexos de cincuenta y más años a esta parte, han hablado el castellano con tanta expedición y, tan bien, como si hubieran nacido y criádose en España. Y como los que ahora existen, desde niños se han criado en esta lengua, la aman como propia: ni sus hijos aprenden otra que la castellana; porque no oyen a sus padres ni a otros hablar entre sí, ni con ellos, en otro idioma. A quien sabe lo que son indios y la suma adhesión que tienen a

---

171 Wenceslao Linck, nativo de Bohemia (1736), se hizo cargo de la misión de San Francisco de Borja Adác, cercana a la Bahía de los Ángeles, en el norte de la península, de 1762 a 1768, y desarrolló una importante labor exploratoria de la contracosta californiana, de la cual rinde informe escrito en el año 1767.

su lengua, parecerá esto increíble pero realmente es así como llevo dicho sencillamente y sin exageración.

La rama más extendida de esta segunda lengua, que es la de los guaycuros, se conserva en dos misiones, que son la de Nuestra Señora de los Dolores y la de San Luis Gonzaga, con su idioma antiguo, que llamamos la lengua guaycura, y muchos de ellos saben también la castellana. En cuanto a las demás ramas de esta lengua, la uchití se acabó, porque se acabó esta pequeña nación con guerras y enfermedades. Las otras nacioncillas de coras y aripes, reducidas ya a muy corto número de individuos, se pasaron el año de 1749 (juntamente con los guaycuros callejús de La Paz y su misionero), a poblar el sitio de Todos Santos, que acababan de evacuar los pericúes, para irse a vivir con sus paisanos, los pericúes de Santiago. Quedan, pues, en dicho pueblo de Todos Santos, unas reliquias de los coras y aripes y de su lengua. La nación pericú que, por guerras, pestes repetidas y otras enfermedades, ha padecido muy grande disminución, se conserva en los pueblos de Santiago y San José del Cabo. La mayor parte de esta gente habla ya el castellano, y se puede conjeturar que éstos, después de algunos años, dejarán del todo su lengua materna, como hicieron los de Loreto con la suya. Éstas son las lenguas y naciones que se hallan en toda la península propiamente tal, casi toda reducida, y en lo restante reconocida, por los jesuitas.

Resta decir, que los californios de todas las naciones hasta ahora reconocidas, son bien formados y de talla medianamente corpulenta y bien hecha. El rostro no es desapacible, aunque en los gentiles y en los cristianos, que se bautizaron adultos, le afean los grandes agujeros con que horadan las orejas y aun también las narices. El color de los playanos es por lo común más tostado y oscuro, que el de los otros californios que viven en las sierras, retirados del mar; porque estos últimos son en su color como los indios de Nueva España. También son, por lo general, robustos, de buenas fuerzas y de sana complexión.

No se ha encontrado, hasta ahora, que los californios hayan sabido el artificio maravilloso de las letras, con las cuales hablamos a los ausentes, y con que pueden conservarse las memorias de los siglos pasados. Antes bien, les causó grande admiración que se pudiese hablar a los ausentes

de otro modo que por la viva voz de un internuncio, como lo da bien a entender el caso siguiente. Sucedió, hacia los primeros años de este siglo, y de la conquista, que un niño de la misión de San Javier, habiendo ido a Loreto, el padre que allí estaba envió con él dos panecillos al padre Juan de Ugarte, misionero de San Javier, y juntamente cartas, en que además de lo que ocurría, le avisaba de los dos panecillos que le enviaba (lo cual en aquel tiempo era un especial regalo por no hacerse harina de la otra banda del mar). El indio en el camino probó el pan y, como lo supo bien, fue comiendo hasta que acabó con todo, creyendo que, como iba sólo nadie lo sabría. Llegó a San Javier, y entregó su carta al padre Ugarte quien, viendo lo que en ella le decían, dijo al indio que entregase lo que en Loreto le dieron que trajera al padre. Respondió que nada le habían dado. Replicó el padre que le habían entregado dos panecillos. Volvía a decir el indio que nada había recibido. Y, como el padre aún instase sobre lo mismo, preguntó el indio: “¿pues quién dice que me han entregado eso para ti?” “Este lo dice”, respondió el padre, mostrándole el papel. Admiróse el pobre neófito de que una cosa tan pequeña, y tan delgada, supiese hablar. No obstante, dijo que, si el papel lo dice, miente.

Dejóle con esto el padre, conociendo lo que había sucedido. Pasado algún tiempo, volvió a repetirse el caso, porque, habiendo ido a Loreto el mismo indio, y encargándole allí que llevase al padre Ugarte no sé qué comestible, con carta en que le avisaba lo que le remitían, el portador en el camino quería comerlo, pero tenía miedo a la carta, de quien ya tenía experiencia le avisaba al padre lo que pasaba. Mas, apretándole la ansia de comerlo, se apartó un poco del camino, puso el papel detrás de un peñasco y, escondiéndose él en otra parte, comió todo lo que llevaba y, acabado, fue a tomar su carta, y con ella prosiguió el camino. Llegado a San Javier, el padre Ugarte, leída su carta, le reconvino para que entregara lo que en Loreto le habían dado. Respondió que a él no le habían dado nada. Replicó el padre que él sabía bien que le habían entregado tal cosa, para que la trajera al padre. “¿Quién lo dice?”, preguntó el indio. “Éste lo dice”, respondió el padre Ugarte mostrándole el papel. “Pues éste miente”, repuso el otro; “la otra vez es verdad que yo comí el pan delante de él mas ahora yo le escondí y me puse en donde él no me viera; pues si ahora

dice que yo lo comí, miente; porque él no me ha visto comer ni sabe lo que yo hice.” Por este caso se conoce bastante cómo están los californios de tener noticia de las letras.

El año se divide en seis partes. La primera llaman meyibó, que es el tiempo de pitahayas, y por la abundancia de esta regalada fruta, es para ellos el tiempo más alegre y apreciable, y dura parte de junio, todo julio y parte de agosto. La segunda, que llaman amadá-appí, comprende todo septiembre y parte de agosto y de octubre, que es cuando la tierra, habiendo llovido, se viste de verde, y es el tiempo de tunas y de pitahayas agridulces; y por esto es también para los californios tiempo muy estimable y no menos por otras semillas, que en este tiempo recogen. Síguese la tercera temporada, que llaman amadá-appí-gal-lá, cuando ya la yerba (que nació en la estación antecedente), va blanqueando y secándose, después de sazónada; y es nuestro noviembre y parte de octubre y de diciembre. La siguiente estación, que es la cuarta, y se llama meyihél, comprende la mayor parte de diciembre, todo enero y parte de febrero, que es el tiempo de mayor frío. La quinta es todo marzo y algo antes y después, y la llamada meyibén. La sexta, finalmente, contiene parte de abril, todo mayo y parte de junio, y se llama meyibén-maayí. La palabra maayí significa cosa mala, y a esta temporada parece que la llaman mala porque es el tiempo de la mayor hambre, en que por haberse acabado el mezcal de sazón (que o lo han comido, o por haber ya espigado y florecido, se va secando), y por haber faltado otras comidas suyas, apenas hallan en el campo con qué sustentar la vida. Por esto la estación siguiente que, por la abundancia y bondad de las pitahayas dulces, es por sí misma muy apreciable, la aumenta su estimación el salir de la miseria precedente.

Los mismos cochimíes llaman al día ibó, nombre que también dan al sol. A todo el año entero, llaman meyibó, que es el mismo nombre, que como queda dicho, dan en particular a la temporada de pitahayas: al modo que en Europa usaban alguna vez los antiguos contar los años por las cosechas de trigo o por el tiempo de ellas, los meses los distinguen por las lunas, pero no usan de esta cuenta sino cuando más para nombrar uno o los dos meses últimos que acaban de pasar. Siendo tiempo más remoto, no cuentan por lunas sino por las estaciones del año, que dejamos notadas. Y aún más frecuentemente no se valen de este modo último de contar sino

que recurren a otras señas, para decir el tiempo en que sucedió alguna cosa: como diciendo cuando cogimos la semilla, o cuando fuimos a tal parte o cosa semejante. Todo esto debe entenderse de los antiguos californios, y no de todos los modernos; porque ahora todos los que saben hablar castellano (que son muchos en cada misión, exceptuando las muy nuevas), saben también distinguir los meses, y llamarlos con sus nombres castellanos. Saben asimismo contar puntualmente hasta cincuenta y aun hasta cien. Pero esto ha de ser contando sencillamente, porque si quieren meterles en otra cuenta un poquito más delicada, se confunden y no aciertan.

No han conservado noticia alguna, de paraje determinado, de donde vinieron a poblar la California. Así, los pericúes como los cochimíes, sólo han oído de sus mayores que vinieron del norte. Aunque ellos no lo dijeren, es por sí misma creíble esta verdad, estando por todas partes cercada del mar la California, y sólo unida por el lado del norte a la tierra firme; no habiendo, demás de eso, fundamento para creer que vinieron por mar. No dicen cuándo vinieron; y envueltos todos en lamentable rusticidad, no parece que ha habido en ellos quien cuente los años, ni advierta la sucesión de los tiempos, como lo hicieron los mexicanos por medio de los ciclos de cincuenta años que mencionamos poco ha. La ocasión que tuvieron para dejar las antiguas tierras del norte, y venir a poblar las de la California, dicen, por testimonio de sus antepasados, haber sido una gran contienda que tuvieron en un convite, en que compitieron muchos de naciones varias. De ella nació el acudir todos a las armas, y después de algún debate, huir los menos fuertes hacia el mediodía, perseguidos de los más poderosos, hasta esconderse en las montañas de la península.

Otros dicen que la contienda fue entre dos señores, que partieron la gente en bandos opuestos; y vencedor el uno, obligó el otro, después de mucha matanza, a buscar el asilo de la serranía y de las islas del mar. Esto es todo lo que los misioneros han podido averiguar del origen y venida de los californios a su tierra. Donde se ve que su sencillez no les deja fundar su vanidad sobre haber venido de lejos, vistiendo su origen de fábulas bien circunstanciadas, como lo han hecho muchas naciones cultas. También es de extrañar que no se avergüencen de confesarse descendientes de los fugitivos y menos valerosos, siendo igualmente fácil fingirse hijos de los más valientes y vencedores, bien que no nos faltan ejemplares en el

mundo antiguo de esta ingenuidad; pues aun las dos famosas repúblicas competidoras, Roma y Cartago, se preciaban de traer su origen, una de los vencidos de Troya, y otra de los huidos de Tiro. Lo que puede tenerse por más cierto es haber pasado estas naciones y todas las demás de la América desde el Asia, después de la dispersión de las gentes y confusión de las lenguas. Pero igualmente puede afirmarse que hasta ahora ninguna de las naciones americanas de uno y otro lado de la línea equinoccial, se ha encontrado que tuviesen memoria, conocimiento o noticia firme y clara del Asia, y del pasaje que de ella pudieron hacer a la América; como ni aun en los últimos términos del Asia, ya reconocidos y visitados por los rusianos, se ha hallado, hasta ahora, que se tuviese comunicación o noticia de los americanos. Lo que se dice en las historias mexicanas de las transmigraciones y mansiones de su nación, parece que se debe entender, sin subir tan altamente la geografía y cronología, que se tropiece con el Asia o con el diluvio,<sup>172</sup> por lo menos claramente conocido uno y otro.

### **Del carácter y costumbres de los californios, y de su gobierno en paz y en guerra**

Según la costumbre antigua, general en toda la California, el mantenimiento de la familia corre por cuenta de las pobres mujeres. Ellas han de buscar la comida para sí mismas, para sus maridos y para sus hijos. Han de traer agua para beber, y leña para calentarse, para tostar las semillas y para dormir; porque siempre duermen con el fuego al lado, atizándoles cuando despiertan, exceptuando, a lo más, uno u otro mes en que el calor es más intenso, si no es que aquel día ha llovido, porque entonces es necesario el fuego. Los hombres o se están ociosos todo el día o se ocupan algunas veces en hacer flechas o arcos; o cuando más hacen, van a sus cazas más por diversión que por otro motivo; mas como no siempre consiguen el matar algún venado o liebre, vuelven frecuentemente sin nada y muy hambrientos a que sus mujeres les den de comer. Y aun

---

172 La mezcla de erudición y apego a lo que dicen las Escrituras era resuelta de una forma bastante predecible por los jesuitas, como puede deducirse: adaptando el conocimiento geográfico e histórico (la geología seguramente resultaba todavía incapaz de aportar suficientes datos respecto a la evolución del planeta) a los dogmas de la Iglesia.

cuando mataron algún venado, como la carne de él se reparte entre todos los que fueron a la caza, poco les cabe a cada uno para llevar a su casa, y apenas puede alcanzar para cenar la familia aquella noche: y siendo esto tan contingente, es menester en todo caso que la mujer tenga provisión para todos; y si no, hay pleitos o quizás algo más. Las playanas tienen en esto más alivio, porque sus maridos pescadores más fácilmente hallan su socorro en el mar, pescando, que los serranos en la tierra con sus cazas. No obstante, cuando es tiempo de pitahayas o tunas, también los hombres van a buscarlas, y después que han comido a su satisfacción en el monte de esta fruta regalada, traen también de ella a su casa en la red a modo de bolsa, larga como dos palmos, que ordinariamente traen consigo; la cual también les sirve en otros tiempos, para echar en ellas yucas o cualquiera otra cosa que hallan en el monte y quieran traerla a casa.

El modo que observan los hombres en sus cazas es éste. En algunas partes cazan las liebres matándolas con flechas. En otras, usan para esto de redes, haciendo con ellas un medio redil: espantan las liebres de las cercanías, las cuales subiendo van a tropezar con las redes, en las cuales se enredan y las cogen. En algún paraje del norte las cazan tirándoles cierto palito, que tienen para este fin, el cual va arrastrando por la tierra y llega con ímpetu a la liebre, que huye, la quiebra a los pies, y entonces la cogen. En las cazas de venados observan el modo común de otras naciones: unos van a aventar y espantar los venados para que huyan hacia donde están los otros aguardando el lance para flecharlos. Mas lo que se sigue es particular de los californios. Cuando matan un venado, se juntan todos los compañeros que fueron a la caza, y mientras unos desuellan y abren la caza, otros hacen lumbre. Sacan los intestinos, vacían la panza con lo demás de aquella inmundicia que contiene, sacudiéndola un poco, y sin más lavatorio (pues no suele haber agua en tales parajes), echan al fuego todo esto para comer prontamente; y estando medio asado, o mejor diré, poco más que chamuscado, lo comen con gran gusto sin más sal ni más salsa que la grande hambre que tienen, la mucha ceniza que se pegó al asado y la inmundicia que no cayó a tierra con las sacudidas ligeras, que dieron a la panza, de lo cual ellos hacen poco caso. Luego reparten entre

todos los presentes la carne (la piel es del que mató al venado), y con esto se vuelven a su pueblo o ranchería.

En su gentilidad nunca comían cosa cocida; porque no tenían utensilios en que cocerla, y así para comer las semillas secas, las tostaban como dijimos. La carne siempre la asaban como aún ahora suelen hacerlo, y para esto, por lo regular, no gastan asador ni de palo, sino que sobre las brasas echan la carne y aunque toque algo de ceniza, nada se les da de eso. De allí a un poco la voltean del otro lado y presto la apartan: sacuden los carbones o brasas que se pegaron a la carne, y así, medio quemada, medio cruda, la comen con gusto y ganas. Si matan alguna lagartija, la echan sobre las brasas para asarla, tan entera como cuando estaba viva: con esto y con el fuego, se va hinchando, de suerte que causa horror, especialmente si es grande el animal: y luego la comen sin asco alguno. Comen también culebras, gusanos (mas sólo de ciertas especies), ratas, ardillas, carne de caballo, de mula, de jumento, de perro, de gato, de leopardo<sup>173</sup> y de cualquier otro animal del monte, a excepción del tejón, que no comen, porque dicen que es como gente. Mejor dijeran esto de las monas, si las hubiera en su tierra: pero en fin esta vana aprensión prueba el horror que tienen a comer carne humana.

En algunas tierras (no en toda la California), comen aquellas arañas de cuerpo pequeño y zancas muy largas, que suelen amontonarse en partes húmedas, las cuales se hallan también en Europa; y en California hay algunos años grandísima abundancia. De éstas cogen a puñados, las machacan un poco y así las comen. Otros, especialmente los viejos, que son los más hambrientos, no perdonan a las correas muy secas y de muchos años, sacadas de cuero de toro; porque, tostadas y golpeadas con piedras, las hacen accesibles a sus dientes. En fin, en toda la península se halló el uso, que aún en muchos dura, de que cuando unos a otros se espulgan la cabeza, el premio del cazador es ir comiendo uno a uno la caza que van encontrando.<sup>174</sup>

173 Evidentemente en la California nunca hubo leopardos, sino el puma, también llamado "león" o "león de montaña", aunque es posible que los nativos comieran ocasionalmente carne de otros felinos, como gatos monteses, a los cuales se les puede haber aplicado este sustantivo.

174 Como se ve, la promiscuidad ritual o la poligamia, así como las costumbres culinarias de los californios serían los dos aspectos de su conducta que más escándalo y reprensión causarían a los misioneros,

Tienen estos indios la habilidad de conocer el rastro o huella que cualquiera de sus conocidos deja estampada en la tierra cuando camina, distinguiendo la que cada uno forma de la de otros: al modo que nosotros distinguimos entre muchos de nuestros conocidos la letra de cada uno. De este conocimiento se valen para saber quién anduvo por allí o quién hurtó o hizo otra cosa reprehensible. Por eso, el malhechor procura en tales lances mover los pies de suerte que la huella quede en parte borrada y no pueda conocerse el que la imprimió, mas no siempre pueden conseguirlo. Entiéndase esto cuando andan descalzos, porque si van calzados no se puede distinguir la huella, sino en caso que los zapatos de alguno tengan alguna particularidad que deje señalada en la tierra, como fuera una rotura, observada ya de los otros. Cuando caminan lejos, siempre van calzados; así hombres como mujeres; y también, aunque no sea muy lejos, cuando el sol está muy fuerte, para sentir menos el ardor de la tierra y de las piedras. En su ranchería o pueblo siempre están descalzos.

Estos zapatos o calzado, no son otra cosa que unas suelas de cuero crudo, que se sostienen contra el pie por medio de unos cordeles largos y gruesos: dos de los cuales vienen de uno y de otro lado del talón al empeine del pie, donde forman un gran nudo con muchas vueltas, a modo de cuerda de San Francisco; pero mucho más grueso. De la parte opuesta salen otros dos cordeles; de los cuales uno pasa por entre el dedo grueso y el inmediato, y el otro por entre dos de los otros dedos. Estos cordeles van a parar también al empeine, en donde hacen otro nudo semejante al primero. Estos nudos quedan permanentes y, para calzarse, no es menester sino poner el pie en la suela, traer al empeine los nudos, y hacer que pase uno por debajo del otro: por esto se sostienen mutuamente; la suela queda arrimada al pie; y el hombre calzado. Cuando se gastan los extremos de los cordeles, que caen debajo de la suela, lo remedian fácilmente con alargar el cordel deshaciendo alguna vuelta, de las que tienen los nudos grandes, que caen sobre el pie. Esta especie de calzado, o cacles, los hacían antiguamente de piel de venado; mas por ser delgada, era necesario poner dos o tres suelas, unas sobre otras. Después de cristianos, y que en las misiones

---

siendo el intento de cambiar estas costumbres, así como los maltratos recibidos, como ya se observó en el apartado correspondiente a la crónica de Venegas, las causas más plausibles para la rebelión pericú.

hay ganado mayor, solían pedir al misionero un pedazo de la piel de toro o vaca, para este efecto: y así ahorran la de venado para venderla.

En los últimos años que los jesuitas estuvieron en la California comenzó a correr la noticia de que antiguamente hubo gigantes en esta tierra; aunque no nativos de ella sino venidos de la parte del norte. El misionero de San Ignacio, que en aquel tiempo era el padre Joseph Rothea,<sup>175</sup> supo que en los territorios de su misión se hallaban todavía rastros de esta antigüedad extraordinaria, los cuales quiso conocer por sí mismo, como lo ejecutó del mejor modo que le fue posible. Y para que no se pierda la memoria de una cosa tan rara, rogué al citado misionero, que escribiera lo que averiguó en esta materia. Hízolo así, y su escrito lo traslado aquí a la letra, para mayor satisfacción de los lectores de que esta noticia la damos sin ninguna alteración, según lo merece este sujeto, digno de toda fe. Dice, pues, así:

“Los fundamentos que probablemente persuaden hubo gigantes en la California, se reducen a tres. Primero, los huesos que en varias partes se encuentran. Segundo, las cuevas pintadas, lo tercero la voz común de los ancianos. Cuanto al primero: en la misión de San Ignacio hay un lugar de rancharía llamado San Joaquín. En este lugar me dijo un indio, de edad como treinta años, que, siendo él niño, se entró al monte con otros de su edad, y dieron con un esqueletón humano de extraordinaria grandeza. Dio de ello aviso a su padre, y éste le respondió que ya lo había visto, y que siempre que pasaban por aquel sitio en busca de venados, se paraban a contemplar aquella grandeza de cuerpo. Preguntéle yo a este viejo, y contestó que era así. Pasé a dicho lugar, en el que ya no se veía nada, porque con el decurso de los tiempos se había formado o crecido un pequeño barranco, y robada la tierra vecina al cuerpo, había éste caído y estaba sepultado. Yo registré la ladera arriba y abajo, y noté que de la parte superior no se encontraba hueso alguno; y sí varios por la ladera abajo. Pregunté, ¿dónde tenía la cabeza y dónde los pies? Y medido el sitio, hallé que ocupaba el largo de cuatro o cinco varas.

---

175 José Mariano Rothea estuvo a cargo de la misión de San Ignacio Kadakaamán de 1759 a 1768.

Comencé a cavar, y de hecho di con un pedazo de cráneo bien grande, el que, por más cuidado que puse, se desmoronó al sacarlo. Poco más adelante descubrí los huesos o vértebras del espinazo, seguidos aunque sin unión; los cuales llevé a la cabecera de la misión, y, cotejados con los de nuestros muertos, vi que los del gigante eran como tres tanto mayores. Di también con una costilla, que, descubierto todo lo que de ella había quedado, lo medí, y sería como de tres cuartas, aun faltándole algo de uno y otro cabo. Descubrióse más abajo, en el mismo sitio medido, un gran hueso canilla del cuadril, que no tuve el gusto de verlo entero; porque ocupado yo en procurar sacar entero el cráneo, pues éste era la principal prueba de esta historia, lo rompieron los que se adelantaron a desenterrarlo. Otros varios huesos encontré allí mismo; parte enterrados y parte rodados por la ladera, como dientes y muelas correspondientes al cráneo, espinazo, costilla, etcétera.

Fuera de éstos, que, como digo, desenterré en este paraje, tuve en mi misión los fragmentos de una quijada, que de su misión me envió el padre Jorge Retz<sup>176</sup> que me afirmó que él la vio entera, y que así me la despachó. Lo que de ella llegó a mis manos visible, como dientes y muelas, eran semejantes a los que tengo dicho.

Pasé después a registrar varias cuevas pintadas; pero sólo hablaré de una, por ser la más especial. Ésta tendría de largo como diez o doce varas, y de hondo unas seis varas: abierta de suerte que todo era puerta por un lado. Su altura (según me acuerdo), pasaba de seis varas. Su figura como de medio cañón de bóveda, que estriba sobre el mismo pavimento. De arriba hasta abajo toda estaba pintada con varias figuras de hombres, mujeres y animales. Los hombres tenían un cotón con mangas: sobre éste un gabán, y sus calzones; pero descalzos. Tenían las manos abiertas y algo levantadas en cruz. Entre las mujeres estaba una con el cabello suelto, su plumaje en la cabeza, y el vestido de las mexicanas, llamado güipil. Las de los animales representaban a los ya conocidos en el país, como venados, liebres, etcétera, ya otros allí incógnitos, como un lobo y un puerco. Los colores eran los mismos que se hallan en los volcanes de las Vírgenes,

---

176 George Retz, fundador de la misión de Santa Gertrudis la Magna de Kadakaamán, en 1752.

verde, negro, amarillo y encarnado. Se me hizo notable en ellos sus consistencia; pues estando sobre la desnuda peña a las inclemencias del sol y agua, que sin duda las golpea al llover, con viento recio, o la que destilan por las mismas peñas de lo alto del cerro, con todo eso, después de tanto tiempo, se conservan bien perceptibles.

Ya con estos principios, junté los indios más ancianos de la misión para averiguar qué noticia había entre ellos acerca de esto. Lo mismo encargué que hicieran en las misiones de Guadalupe, y Santa Rosalía, sus misioneros (que entonces eran de la primera el padre Benno Ducrue y, de la segunda, el padre Francisco Escalante), y, según me acuerdo, sucedió la contingencia de hacer la dicha averiguación (al menos uno de ellos), el mismo día que yo la ejecutaba con los míos. Todos convinieron en la sustancia, es a saber que de padres a hijos había llegado a su noticia, que, en tiempos muy antiguos, habían venido del norte porción de hombres y mujeres de extraordinaria estatura, venían huyendo unos de otros. Parte de ellos tiró por lo largo de la costa del Mar del Sur: y de éstos, me dijeron, se ven aún los abrigos que formaban y son como los que usan los mismos californios, pero muy grandes en su comparación. No pude registrar con mis ojos estas memorias, que son las únicas que de éstos primeros quedaron. La otra parte de ellos tiró por lo áspero de la sierra, y ellos son los autores (decían), de dichas pinturas. A la verdad las que yo vi, lo convencen; porque, tantas, en tanta altura, sin andamios ni otros instrumentos aptos para el efecto, sólo hombres gigantes las pueden haber pintado. Decían, por último, que parte de ellos murieron a manos los unos de los otros, y parte también mataron los mismos californios, que no sufrían en sus tierras habitantes tan extraños.” Hasta aquí la relación.

Como la fama, mientras más se dilata, más aumenta las cosas, la memoria que quedó de la estatura de estos gigantes, comunicada de padres a hijos en el decurso de muchos siglos (aunque no sabemos cuánto ni es posible averiguarlo entre los indios), esta memoria, digo, ha crecido tanto que dicen los de aquella tierra que los gigantes eran tan grandes que, cuando pintaban el cielo raso de la cueva, estaban tendidos de espaldas en el suelo de ella y que aun así alcanzaban a pintar lo más alto. ¡Fábula enorme que, para su verificación, era necesario que aquellos hombres tuviesen la altura por lo menos de once varas, aunque supongamos en

sus manos unos pinceles bien largos! Mas, aunque dijeran que, estando en pie en el suelo de la cueva, pintaron lo más alto de ella, parece difícil de creer. Y es más natural el persuadirse que, para esta obra, buscaron y condujeron a la cueva o cuevas alguna madera con qué formar andamio, el cual, un poco alto que fuese, bastaba para que los gigantes alcanzasen a pintar cómodamente: ni para esto podía faltar madera suficiente.<sup>177</sup> Lo cierto es que, representando estas pinturas gente vestida y animales que no se hallan en la California, dan bien a entender que sus autores no eran naturales de aquella tierra sino venidos a ella de otras regiones.

### **De la antigua falsa religión de los californios**

Sobre el punto de la antigua religión de los californios no podemos satisfacer los deseos del autor, en dar al público noticias más exactas que las que él mismo refiere de sus dogmas y creencia. No hay memoria ni conservan tradición de que algún desgraciado extranjero haya vivido entre ellos, el cual pudiese haberles enseñado los misterios de nuestra santa fe, los cuales aquella gente hubiese desfigurado con el tiempo y mezclado necedades con ellos, como se inclina a sospechar nuestro autor. Y si no hay memoria de tal extranjero o extranjeros, ¿cómo se podrá averiguar que de ellos aprendieron los californios algunos de los dogmas que conservan, aunque gravemente alterados? Esto, por más que el autor lo desee, es imposible. Sólo tienen noticia de que a su tierra llegaron los gigantes, de quienes hemos hablado en la adición al artículo precedente. Pero éstos no se puede creer que fuesen cristianos.

Por lo demás, los californios no han sabido dar más razón de sus creencias, que lo que refieren las relaciones allegadas por el autor, o cosas semejantes. Si se quiere averiguar más, dicen que esto es lo que han oído a sus mayores, y que no saben otra cosa. Si se les insta mucho con preguntas reflejas, se aturden y confunden: o acaso responderán lo que les parece

---

177 Esta aguda observación de Del Barco corresponde perfectamente con la hipótesis más socorrida por los arqueólogos de nuestros días y desecha, desde luego, la existencia de gigantes, aunque no sea posible deducir a qué gran animal (sin duda extinto, probablemente perteneciente a la llamada "megafauna" prehistórica) pertenecían los huesos que dieron pie a esta imaginativa historia.

que desea el que pregunta, como suele suceder, si es persona para ellos de autoridad; y así siempre quedaremos en incertidumbres.

Es cierto que los californios reconocían la inmortalidad del alma. Los cochimíes decían que los buenos, cuando mueren, van hacia la parte del norte, que suponían mejor y más abundante de sus comidas; y que los malos iban hacia la parte sur, que en su aprensión, era tierra más desdichada; no porque la hubiesen visto (pues sólo penetraban a las tierras de las rancherías vecinas, y aliadas, y rara vez poco más adelante), sino porque, según se puede discurrir, como los primeros pobladores vinieron del norte, había fama que aquella tierra era más abundante que la que poseían; y aprendían que, mientras más al sur, era la tierra más pobre.

Añadamos a esta materia algunas supersticiones que tenían los californios. 1. No mataban león alguno (esto es *leopardo*, que en la Nueva España llaman *león*), y decían que, si alguno le matara, el león, aun después de muerto, se vengaría de su matador, haciéndole morir. 2. Cuando iban a caza de venados, y mataban alguno, el hombre que le mató no comía la carne de venado; porque si comía de ella, decían, no mataría en adelante más venados. 3. Los mozos, que aún no tenían hijos, no comían liebre: y la razón que daban era porque, si la comían antes de tener hijos, ya después no los tendrían jamás. 4. Las suegras no miraban a sus yernos, porque estaban persuadidas a que, si los miraban, enfermarían de los ojos o perderían la vista.

De éstas y semejantes boberías han procurado los padres misioneros disuadirles: y, por lo común, se había logrado en las misiones antiguas. Para convencerles de la primera se le ofreció al padre Juan de Ugarte<sup>178</sup> una buena ocasión hacia los principios de este siglo, y de aquellas misiones: y fue que, volviendo un día de Loreto para su misión de San Javier, divisó un león que estaba durmiendo no lejos del camino. Apeóse el padre, y se fue acercando con una gruesa piedra en la mano. Cuando el león, sintiendo algún leve ruido, se levantaba, le disparó la piedra con tal fuerza que le hizo caer aturdido; y antes de que se levantara, le tiró otra a la cabeza, con que

---

178 Juan de Ugarte, nacido en Tegucigalpa (1662), uno de los fundadores de la empresa misional californiana, fue superior de la Orden en California a partir de 1717 y murió en la misión de San Francisco Javier en el año de 1730.

le mató. Lo cual no debe extrañarse, porque este padre tenía unas fuerzas muy extraordinarias, y de ellas se cuentan maravillas. Muerto el león, le tomó el padre Ugarte para su misión, y desengañar a sus indios. El mayor trabajo fue el ponerle sobre la cabalgadura, que era aún no bien domada; por esto, y por el nativo horror, que tienen a semejantes animales, que las persiguen, se defendió con todas sus fuerzas para no admitir sobre sí tan aborrecida carga.

Viendo el padre esta dificultad, y que, por estar solo, no podía vencerla con la fuerza sola, se valió de la industria: puso sobre un peñasco al león muerto, montó en la cabalgadura, y la obligó a que se arrimara al peñasco, por más que lo repugnaba. Al pasar, tomó al león, poniéndole consigo sobre la cabalgadura y, no obstante, los corcovos y espantos de ella, este hombre, en todas sus líneas grande, con su industria y con su fuerza, la hizo entrar en camino y llevar la carga hasta San Javier, distante de allí como dos leguas. Refirió a sus indios lo que había pasado, y cómo había muerto al león para desengañarlos a ellos de su errada creencia. Deciales que estaba seguro de que el león, que acababa de matar, no se había de vengar de él, y de que ni se vengarían de ellos los leones, que ellos matasen. Así los animaba a no hacer caso de sus vanas aprensiones, y a perseguir estos animales que tanto daño hacían en el ganado mayor y menor y especialmente en las crías de la caballada, que ya entonces tenía la misión alguna. Prometióles, para incentivo, dar un toro a cada uno de ellos que matara un león.

Los indios se admiraron del caso,<sup>179</sup> de cuya verdad no podían dudar, viendo con sus ojos el animal muerto con todas las señales recientes de lo que el padre les decía. Con esto, y con el premio que les propuso, se fueron animando a perseguir y matar tan pernicioso animal. Y el padre cumplía lo prometido, dando, por cada león muerto, un toro a quien le mató. Costumbre que ha durado todo el tiempo que los jesuitas estuvieron en la California, y que de la misión de San Javier se fue extendiendo por

---

179 ¡Sin duda resulta admirable sino es que inverosímil esta anécdota, dada la fuerza, astucia y fiereza del león de montaña, al cual difícilmente se concibe primero descuidado y luego apedreado por un cura! (Ver al respecto la advertencia final de este párrafo.) Es muy posible, en cambio, que la historia se haya creado *ex profeso* para envalentonar a los indígenas y alentar la reducción de pérdidas de ganado mediante el exterminio sistemático de grandes felinos, según se narra a continuación.

las demás; porque los otros misioneros comenzaron a ofrecer, y a dar el mismo u otro premio por cada león, que sus indios matasen. Mas para que no haya engaño, debían llevar la piel fresca y recién quitada de este animal, a la casa del misionero, como señal cierta de que han ganado un toro. Y juntamente llevaban el unto o manteca del mismo animal, que sirve para curar las mataduras de las bestias de carga y silla con buen efecto. Entre tanto, comen los indios su león, cuya carne dicen que es muy buena. Mas para cazarlos es necesario usar cautela, y no ir para esto uno solo; porque, siendo este animal feroz y atrevido, hay peligro de que embista y cace al hombre, en lugar de que éste le cace a él.

## Crónica

### Salen desterrados los padres

Aunque el arresto de los jesuitas de la Nueva España se ejecutó en casi todos los colegios de la provincia el día 25 de junio del año 1767, y en las otras provincias de misiones no mucho después, en la California, como ultramarina, no pudo tener efecto hasta fines del año y principios del siguiente, por falta de embarcaciones en qué transportarse el comisionado y toda su comitiva; porque los barcos de la California ya habían salido de Matanchel con la carga acostumbrada de ropa y otras provisiones, cuando llegaron a aquel puerto las nuevas disposiciones y órdenes de su Majestad. En fin, en tres pequeñas embarcaciones se hicieron a la vela a mediados de octubre don Gaspar de Portolá (nuevamente nombrado gobernador de la California,<sup>180</sup> y que llevaba la comisión sobre los jesuitas de aquellas misiones con veinticinco soldados, un alférez y un capellán en una goleta; un teniente, con otros veinticinco soldados, en una balandra, y catorce religiosos franciscanos, que debían suceder en las misiones a los

---

180 Gaspar de Portolá Rovira (1716-1786) fue gobernador de California desde 1767 hasta 1770. Una vez expulsados los jesuitas se convirtió en aliado y amigo de fray Junípero Serra y lo acompañó en diversas empresas fundadoras de nuevas misiones.

jesuitas<sup>181</sup>), en una lancha, con un sacerdote secular que se les agregó. A pocos días de navegación padecieron una furiosa tempestad, que les puso en peligro de perecer; con esta ocasión se separaron; y, como ya entraba el tiempo de los vientos nortes, éstos les retardaron notablemente el viaje. Y aunque el gobernador Portolá llevaba orden del Virrey de desembarcar en Loreto para tomar de sorpresa a los padres, mas viendo, por una parte que, después de cuarenta días de navegación, se hallaba a vista del sur de California y a su extremidad; y por otra, que para navegar de allí a Loreto, era necesario llevar el viento de proa con gran dilación del viaje y no sin peligro, juzgó que en tales circunstancias no le obligaba la citada orden del Virrey, y mandó se acercase a tierra la balandra.

Entró en la bahía de San Bernabé, y a fines de noviembre de 1767, dio fondo en el mismo paraje donde suele el galeón de Filipinas. Salieron a tierra y pasaron al inmediato pueblo de San José del Cabo. El padre misionero, que estaba en Santiago, tuvo pronto aviso de la llegada de los huéspedes y luego se puso en camino para San José con el fin de recibirlos y obsequiarlos, dando providencias para su subsistencia y regalo. Hallábase al mismo tiempo en el sur, por casualidad, el capitán de las California, don Fernando de Rivera y Moncada,<sup>182</sup> y llamado del gobernador Portolá, llegó a San José, con quien tuvo el gobernador largas y secretas conferencias; y aunque a punto fijo no se supo lo que trataron, mas por las circunstancias y por los efectos, se conoció bien presto lo que fue.

Con las fabulosas noticias que habían corrido de las riquezas de la California, de que estaban los padres apoderados, se contaba también que el poder que allí tenían estos padres y su altivez era tal, que se debía temer mucho que, si el rey quería sacarlos de aquella tierra, se resistiesen, se rebelasen y pusiesen en armas la península, para su propia defensa, con lo cual se haría bien difícil la empresa. Por esto decían estos políticos, que,

---

181 La colonización y evangelización de la Alta California, a partir de 1769, estuvo a cargo del franciscano fray Junípero Serra, nacido en Mallorca en 1713. Serra encabezó la fundación de nueve misiones hasta 1782: San Diego, San Carlos, San Antonio, San Gabriel, San Luis Obispo, San Francisco de Asís, San Juan Capistrano, Santa Clara y San Buenaventura. Murió en la misión de San Carlos, en 1784. Después de su muerte se fundaron doce misiones más, hasta un total de veintiuna. La última fue la de San Francisco Solano (1823), creada poco después de la independencia de México.

182 Fernando de Rivera y Moncada (c. 1725-1781), militar nacido en Compostela, fue el tercer Gobernador de la Alta California, de 1774 a 1777.

para el arresto de estos padres, no bastaría la fuerza si no iba acompañada de la industria. Parece que a esto aludía, lo primero, la carta del señor Virrey, marqués de la Croix,<sup>183</sup> que en mano propia debía entregar el gobernador Portolá al padre superior de los misioneros de aquella provincia, que suponían moraba de asiento en Loreto, en que su Excelencia le expresaba la determinación de su Majestad, añadiendo que esperaba que los padres obedecerían con rendimiento y que, no obstante, para todo evento, llevaba el gobernador consigo cuarenta hombres armados; y, lo segundo, el orden ya insinuado de no tomar esta tropa tierra en otra parte que en Loreto, en donde no debía entrar alguna de las otras embarcaciones de su convoy, si llegaba antes que el gobernador, a quien debían aguardar. Y si por alguna contingencia fuese necesario hablar con alguna persona de las existentes en la California, estaba intimada a todos, pena de la vida, si descubrían el fin a que venían, ni lo sucedido con los jesuitas en la Nueva España.<sup>184</sup> Todo esto se ignoraba en la California porque, después del arresto de los jesuitas, así en colegios como en misiones, ninguna canoa ni otra embarcación había pasado de aquella banda, que pudiera haber dado la noticia. Y, aunque comúnmente, después de haber llegado los barcos de Matanchel (que solía ser a fines de junio), salía poco después uno de ellos para Yaqui o el río Mayo, a comprar víveres, aquel año se omitió este viaje por haber allí los suficientes para unos meses. Con esto nada sabían los padres de cuanto sobre esto pasaba hasta la llegada del gobernador comisionado.

Éste, después de haber hablado con el misionero de Santiago, padre Ignacio Tirsch,<sup>185</sup> y mucho más con el capitán Rivera (que conocía a los padres a fondo, sus dictámenes y fidelidad), quedó enteramente persuadido a que, por parte de los padres, no había que temer ni la menor cosa, y que obedecerían los mandatos del Rey con la mayor puntualidad sin

---

183 Carlos Francisco de Croix (1699-1786) fue Virrey de la Nueva España de 1766 a 1771, en una época convulsa que involucró, entre otros tragos amargos, la expulsión jesuita.

184 En las monarquías europeas católicas denominadas “despotismos ilustrados” se expulsó a la Orden jesuita por apego a una doctrina política denominada “regalismo”, que auspició a los Estados nacionales para administrar, organizar y recibir las rentas de las iglesias locales. En 1759 se les expulsó de Portugal, en 1762 de Francia, y de España y Nueva España en 1767. El Papa Clemente XIV suprimió la Compañía de Jesús en 1773 y Pío VII la restauró en 1814.

185 Ignacio Tirsch, nacido en Bohemia y llegado a California en 1761, fue misionero en Santiago de 1763 a 1768.

ser necesaria tropa para esto, sino que hubiera bastado solo una carta del señor Virrey (como les constase que no era fingida), en que les declarase la determinación de su Majestad. Con seguridad podía el capitán Rivera decir esto, constándole la renuncia hecha por los jesuitas, pocos años antes, de todas las provincias de sus misiones, y en especial de la California. Y para el caso de que esta renuncia universal no fuese admitida, sabía muy bien el mismo capitán, que los padres de la California pretendieron poco después, que por lo menos se admitiesen la particular de las dos misiones del sur, siendo las de mejor terreno y más fama de ricas. El padre Tirsch, informado de la comisión del gobernador, se volvió a Santiago, para dar providencia de juntar bestias de silla para todos, que eran treinta, y de carga para los bagajes, y despacharlas a San José para que se transportasen a Santiago. La mayor dificultad para el padre fue el buscar sillas de cabalgar para tantos; porque casi todos los recién llegados estaban sin ellas por haberlas metido en la balandra, que aún no aparecía. En fin, haciendo las diligencias y esfuerzos posibles, se dispuso todo lo mejor que se pudo, y envió todo el avío a San José, con el cual pasó el gobernador con su comitiva a Santiago. Aquí se acabaron de aviar para el largo viaje a Loreto, para donde salieron unos en sillas, otros en suplementos de ella. El padre Tirsch se quedó en su misión de Santiago, sin hacer novedad, prosiguiendo en la ocupación de misionero, hasta que se le diese aviso para pasar a Loreto a embarcarse.

El gobernador, estando aún en San José, escribió al padre procurador de Loreto, pidiéndole cabalgaduras que saliesen a encontrarles lo más lejos que se pudiese; para remudar de las que llevaría ya cansadas. Hízolo así el padre con el mayor empeño y, por no tener tantas bestias descansadas para viaje, pidió socorro a San Javier, y de éstas dos misiones se le envió el suficiente. Con esta ocasión supieron los demás padres, avisándose unos a otros lo que pasaba. En cuanto a salir ellos de la California poco tuvieron que sentir, estando ya prevenidos para esto, si se admitía la renuncia de que ya hemos hablado, y quedando los indios al cuidado de otros celosos misioneros. Y por otra parte, en cuanto a sus personas, se alegraban de que, sin pretensión suya, y haciendo la voluntad de Dios, se veían libres del cargo de almas; de los cuidados y trabajos anexos al ministerio, y de la soledad que se padece en aquellas misiones. Lo vivo del dolor, que sintieron todos,

fue el saber que su religión estaba ya desterrada de todos los dominios de España por no poderse, antes de ahora, persuadir, que en esta monarquía entrase la persecución contra ella, padecida antes en Portugal y Francia. Esto, no obstante, adoraron la Providencia Divina, rindiéndose a sus altas disposiciones como debían, y a las de su Rey y Señor.

Llegó el gobernador con toda su comitiva a Loreto el día dieciocho de diciembre. Luego llamó al padre visitador, que lo era el padre Benno Ducrue, y estaba en su misión de Guadalupe. El cual, con la mayor celeridad pasó a verse con el gobernador en Loreto; en donde, juntos ya cuatro jesuitas, se les intimó y leyó el decreto de su Majestad, en que mandaba saliesen todos de sus dominios. Añadiendo que prohibía a todos sus vasallos el hablar o escribir ni en pro ni en contra de esta su real determinación. Nosotros, en obediencia de este superior mandato, nos abstenemos de toda crítica en esta materia y sólo referimos históricamente el modo con que se ejecutó este destierro en la parte que pertenece a nuestro asunto.<sup>186</sup> Después de esta intimidación, por encargo del gobernador, escribió el padre visitador a todos los padres ausentes avisándoles que saldrían luego de Loreto los oficiales del presidio, enviados del señor gobernador a las misiones para hacer inventario en cada una de todo lo que había en ella. Que acabados los inventarios, los padres que estaban en los dos extremos de sur y norte saliesen de sus misiones a juntarse con el misionero más vecino; y después esos dos pasarían a la misión siguiente, donde se les agregaría el padre de ella, y así las demás, caminando todos hacia Loreto como a un centro, para embarcarse: prosiguiendo todos en el oficio de misioneros, como antes, hasta el tiempo de salir cada uno de su misión. Que en una petaca o baúl pudiesen llevar la ropa de vestir necesaria, un solo libro espiritual, otro de moral y otro histórico, pero nada de plata, y mucho menos de oro, caso que en alguna misión hubiera algo de esto. Que, llegados a Loreto, se entregarían las llaves de las petacas al señor gobernador, para que pudiera ver lo que cada uno llevaba. Así se ejecutó, y los padres salieron de sus misiones, y de la California, sin cosa alguna de plata ni oro ni perlas ni otra alhaja preciosa.

---

186 Del Barco es cauto pero explícito al renunciar a emitir un juicio respecto a la expulsión de los jesuitas, curándose en salud al mismo tiempo que deja entrever lo mucho que desearía opinar sobre el tema.

Y en cuanto a perlas, como los padres tenían estrecha prohibición de sus superiores de intervenir, ni aun indirectamente, en el buceo, o pesca de ellas, y para rescatarlas o comprarlas, y todo esto lo observan escrupulosamente, y con empeño para que nadie pudiera tener ni aun el menor fundamento de tacharlos en esta materia, no tenían perlas; ni aun en sus iglesias, a excepción de la de Nuestra Señora de Loreto que tenía varios hilos de ellas que los buzos y otras personas, ya por devoción, ya por alguna promesa, habían dado a esta santa imagen para su adorno en las principales festividades. Si en alguna de las otras iglesias (que sería muy rara), se halló alguna perla, fue dádiva de los fieles a alguna imagen con semejante motivo, lo cual no debía impedirse. Volvamos a nuestra narración.

El capitán Rivera fue de comisionado a las misiones del norte con orden de quedarse en San Borja, como en frontera, con gruesa escolta (porque la misión de Santa María, estando tan a los principios, no podía en ausencia de los padres, subsistir, si no se tomaban nuevas providencias), para mantener en quietud aquellos nuevos cristianos, mientras llegaban los padres franciscanos, los nuevos misioneros; los cuales se persuadía el gobernador, que estarían en Loreto antes de salir los antiguos. Mas no fue así, porque pocos días antes que éstos se embarcaran, se supo que habían llegado al sur, después de ochenta días de navegación, y siéndoles necesario detenerse allí algún tiempo, y navegar después contra el viento hasta Loreto, es verosímil que tardasen aún otro mes. De la balandra nada se supo mientras los jesuitas estuvieron allí. Encargó el gobernador que los padres, antes de salir de sus respectivas misiones, hicieran a sus indios pláticas o sermones, en que los exhortasen a permanecer en quietud, no sólo en las circunstancias presentes de ausentarse sus antiguos padres, sino también bajo la dirección de los padres franciscanos, y con el nuevo gobernador que se iba a establecer. Hiciéronlo así los padres y los indios no dieron señal alguna de alboroto, y sólo mostraron con lágrimas su sentimiento de que se les fueran sus padres, y especialmente al salir éstos de las misiones fueron tales sus llantos y gritos que no podía dejar de enternecerse el corazón más duro.

Por lo demás, toda la península quedó en paz y su gente tan mansa, tan pacífica y tan arraigada en nuestra santa fe (por lo menos en las misiones algo antiguas), que parecía muy difícil que en algún tiempo apostatasen de

ella, ni que se rebelasen contra el Rey o sus ministros. En ese estado dejaron los padres estas misiones. Y habiéndose juntado todos en Loreto el dos de febrero, día de la Purificación de la Santísima Virgen, se embarcaron el siguiente tres del mismo, del año 1768, quince padres sacerdotes y un hermano coadjutor, que fueron los siguientes, puestos según la antigüedad que tenían de misioneros en la California, exceptuando el que era superior, que se pone en primer lugar.

Padre visitador Benno Ducrue, misionero catorce años.

Padre Lamberto Hostell, misionero treinta y un años.

Padre Miguel del Barco, misionero treinta años.

Padre Juan Xavier Bischoff, misionero veintitrés años.

Padre Jorge Retz, misionero diecisiete años.

Padre Jacobo Baegert, misionero diecisiete años.

Padre Francisco Inama, misionero diecisiete años.

Padre Francisco Escalante, misionero once años.

Padre Lucas Ventura, misionero once años.

Padre Joseph Rothea, misionero nueve años.

Padre Ignacio Tirsch, misionero seis años.

Padre Wenceslao Linck, misionero seis años.

Padre Victoriano Arnés, misionero cuatro años.

Padre Francisco Xavier Franco, misionero cuatro años.

Padre Juan Joseph Díez, misionero tres años.

Hermano Juan Antonio Villa-Vieja, tres años.

## Juan Jacobo Baegert

De todos los misioneros jesuitas que visitaron la Antigua California, el sacerdote alemán Juan Jacobo Baegert, nacido el 23 de diciembre de 1717 en Schlettstadt (Alsacia) y muerto en Neustadt an der Haart (Renania) un 29 de septiembre o diciembre de 1777, ha sido quien mayores pasiones y polémicas ha despertado. Lo anterior se debe al tono y tratamiento que otorga a sus descripciones del ámbito y los habitantes californios en la monografía titulada: *Noticias de la península americana de California*,<sup>187</sup> que publicó por primera vez en alemán en el año de 1772.

Para Baegert, a la distancia temporal, pero sobre todo geográfica y emotiva que significa el lapso transcurrido tras su regreso a Europa, después de haberse desempeñado como responsable de la misión de San Luis Gonzaga (ubicada en un entorno geográfico de aislamiento, incluso dentro del entorno peninsular) durante diecisiete años, es “poca cosa” lo que puede decirse sobre California. Y esa “poca cosa” –aunque se extiende a lo largo de un prólogo, veintinueve capítulos y dos anexos que ocupan más de doscientas páginas– suele estar adjetivada frecuentemente con palabras como “miserable” y “bestial”.

Su actitud frente a la tierra que habitó de los cuarenta y dos a los cincuenta y nueve años de edad (y de la cual fue expulsado junto con

---

187 Para este trabajo utilicé como fuente su más reciente edición en español (la primera tuvo lugar en 1942), realizada por Elizabeth Acosta Mendía en el Archivo Histórico Pablo L. Martínez de La Paz, Baja California Sur, México, en el año 2003 (ver bibliografía).

los demás misioneros jesuitas) es poco condescendiente, lo mismo que sus opiniones respecto a quienes –españoles e indígenas– lo acompañaron en esta larga aventura. No obstante lo cual (o quizás debido a lo cual) logra un inusitado nivel de agudeza en sus observaciones, que siempre tienen como trasfondo, más que la actitud beatífica del evangelizador, el afán polémico y apologético de un moralista recalitrante, que desconfía y reniega de la naciente modernidad.

Su carácter es recio, fraguado entre dos llamas: 1. La escisión protestante y su entorno humanista, que tan bien conoció en Alemania, y 2. la no menos importante Ilustración francesa, asumida lógicamente como una fuerte embestida contra el poder y los saberes de la Iglesia en toda Europa, lo cual queda muy claro en algunos pasajes de su libro, donde describe la “bestialidad” de los californios con la explícita y principal intención de desmentir las tesis del “infame soñador J. J. Rousseau” respecto al “buen salvaje”:

Quieren estos (*los filósofos ilustrados*), que se dé rienda suelta a las pasiones e instintos y que no se empiece con la educación de los niños, en cuanto toca a la fe y el temor de Dios, antes de los dieciocho o veinte años. Lo que mirándolo bien y a la luz del día, quiere decir tanto como relegarla al olvido o, conforme a la bonita usanza de los californios, abandonarla por completo.<sup>188</sup>

Así, su libro debe ser leído no simplemente como una diatriba en contra de California y sus habitantes, sino como el alegato intransigente de un intelectual católico que observa desconcertado las grandes transformaciones ideológicas que ponen en crisis una concepción del mundo heredada desde la Edad Media o incluso antes, en los orígenes del misticismo, el ascetismo y la vida cristiana. Sus abundantes quejas describen a una humanidad corrompida por las costumbres de su época y se rebelan ferozmente contra cualquier clase de liberalismo o libertinaje (los cuales encuentra “bonitamente” representados en las conductas de los californios, fruto de una evidente ausencia de religión.)

---

188 Las dos citas anteriores proceden de *op. cit.*, p.102.

La incomprensión europea frente a la cultura de los nativos americanos de la California no fue exclusiva de Baegert; en cambio, resulta sumamente personal y particular la vehemencia con que plasma sus ideas y opiniones (por no hablar de la abundancia y falta de sutileza al adjetivar). Lo anterior hace de las *Noticias...*, además de un importante documento etnográfico e histórico, planeado para desmentir otras crónicas californianas, especialmente la de Venegas, mediante el testimonio directo de un actor indudable de lo narrado (a la manera que Bernal Díaz del Castillo se propone rebatir por escrito a quienes nunca participaron físicamente de la Conquista), un material sumamente autobiográfico, pleno de vitalidad. Tal intensidad expresiva —el autor parece dispuesto a transmitir *pasiones*, más que *opiniones*; no sólo *describe* lo que vivió, sino que lo *interpreta*— y el carácter sumamente directo, preciso, de su prosa, con la cual pretende diferenciarse de “los señores españoles (*que*) gustan de escribir tomos gruesos y llenarlos algunas veces con toda suerte de descripciones y datos innecesarios, traídos por los cabellos y exagerados por medio de palabras rimbombantes”,<sup>189</sup> convierten a la suya en una genuina obra literaria.

En ella, el poeta sudcaliforniano Raúl Antonio Cota ha encontrado materia lírica.<sup>190</sup> Lo más visible, no obstante, es la ironía (distanciamiento intelectual y humor amargo: recursos harto infrecuentes para el discurso de un religioso de su época, lo que tal vez explique el carácter anónimo de la primera edición), producto de una constante e implacable comparación entre los grandes bosques de su tierra natal y esta “tierra yerma”, que por otra parte, tanto admira y le obsesiona. Pues Baegert, obsesivo entre los obsesivos, llega al extremo de contar o mejor dicho calcular las espinas de un cardón (una muy abundante especie de cactácea) para documentar sus asombros.

Al final, preñado de rencor contra los españoles, a quienes sirvió de manera indirecta, como subordinado de la Corona, y quienes lo expulsaron deshonorosamente de la península, recapitula sobre su autoexilio californiano y llega a traslucir un paradójico amor por lo que odia. Con una prosa admirable, compone el verdadero “homenaje en negativo” hacia la tierra

---

189 *Ibid.*, p. 4.

190 *Ibid.*, pp. xi-xviii.

donde vivió sus años de madurez y deslumbramiento. A esta crónica, no sin cierta dosis de glamour literario, se ha llegado a considerar “El Libro Negro” de la evangelización californiana.

Pero, ante un lector atento, Baegert no ocupa defensores. Su texto reivindica una preocupación estilística por la escritura y la reflexión central a la que se ha entregado, que es de carácter eminentemente moral, en la cual la vida bárbara de los californios, después de todo, a veces llega a tomarse como ejemplo. Lo cual resulta bastante claro cuando concluye, para cerrar la primera parte del libro: “Los que viven en Europa, pueden, ciertamente, sentir envidia por la bienaventuranza de los californios, pero solamente podrán disfrutar de ella por medio de una perfecta indiferencia ante la cuestión de poseer mucho o poco, algo o nada en este mundo, y de una completa conformidad con la Divina Voluntad en todas las contingencias de la vida”.<sup>191</sup>

---

191 *Ibid.*, p.66.

# Historia natural

## De California en general, su carácter, clima y productos

Todo lo concerniente a California es tan poca cosa, que no vale alzar la pluma para escribir algo sobre ella. De miserables matorrales, inútiles zarzales y estériles peñascos; de casas de piedra y lodo, sin agua ni madera; de un puñado de gentes que en nada se distinguen de las bestias; si no fuera por su estatura y capacidad de raciocinio, —¿qué gran cosa debo, qué puedo decir? Sin embargo, en vista de que California forma una no pequeña parte del Nuevo Mundo, del que se quieren noticias en el viejo continente; debido también a que todos los geógrafos y cosmólogos la mencionan, sin que ninguno de ellos diga la verdad; debido asimismo a que últimamente se ha puesto grito en el cielo, tanto en México como en España, por sus riquezas imaginarias, del cual alboroto algo ha volado, tal vez también hasta Alemania; y finalmente debido a que en Europa se oye platicar y se lee con no menos interés algo sobre la pobreza y la miseria de tierras lejanas o sobre la estolidez y vida bestial de pueblos de ultramar, que sobre sus artes y buen gobierno; debido a todo esto, en fin, he tomado la resolución de acceder a los ruegos de muchos buenos amigos y otras personas de respeto y responder, al mismo tiempo, por medio de una breve descripción de este país y otras cosas anexas, no solamente a la de ninguna manera punible curiosidad del público, sino también a las falsedades y difamaciones de algunos escritores.

No me es difícil hacerlo, porque me ha tocado en suerte vivir diecisiete años en California. En este tiempo, la he recorrido, a lo largo, por más de ochenta horas; he visitado ambas costas varias veces y he tenido pláticas con otras personas que han estado allá por más de treinta años y que han recorrido este país, (hasta donde se ha descubierto), de un extremo al otro, o que han residido largo tiempo en las diferentes regiones del Sur, del Norte o del centro.

Los señores españoles gustan de escribir tomos gruesos y llenarlos algunas veces con toda suerte de descripciones y datos innecesarios, traídos por los cabellos y exagerados por medio de palabras rimbombantes, que el traductor inglés debía haber suprimido y eliminado, aun más de lo que ya hizo.<sup>192</sup> Porque, por ejemplo, ¿para qué sirven introducciones ampulosas, casi para cada capítulo? ¿para qué larguísimos e insípidos cuentos y ceremonias de los que en Inglaterra, Francia y Alemania nadie hace caso? ¿para qué, digo, sirven tantos rodeos, si no es para aumentar el costo de los libros y despertar en el lector enojo y ganas de dormir, en vez de gozo e interés? ¿qué tienen que ver en California o en una historia de ella, Roma y Cartago, Cristóbal Colón y Marco Polo Venero? ¿qué los quippos peruvianos o la escritura de los Peruvianos o un índice inmensamente largo de no menos de cuarenta y tres naturalistas? ¿qué las luchas de los apaches, de los seris o de los tepocas, que distan todo un mar de California y que nunca han tenido tratos con los californios? ¿qué las expediciones de un tal Vázquez Coronado a la legendaria CIBOLA; y por otro lado, Patarax, rey de los

---

192 En este apartado, Baegert refiere la aparición de algunas crónicas españolas acerca de la California, traducidas al inglés y seguramente conocidas por los lectores cultos de su época (sin duda se refiere a la *Noticia de la California y de su conquista temporal y espiritual hasta el presente, sacada de la historia manuscrita, formada en México año de 1739 por el Padre Miguel Venegas, de la Compañía de Jesús; y de otras Noticias y Relaciones antiguas y modernas*, reeditada en tres tomos por Editorial Layac, México, en el año de 1943.) La descalificación que hace de dicho texto –y tal vez otros del mismo tipo– interesa no sólo porque le atribuye inexactitudes o francas mentiras (como el llamado “mito de la abundancia”, con el cual desde un principio se impulsó la colonización de la California, haciendo creer que en ella existían importantes riquezas), sino especialmente porque critica su estilo excesivamente digresivo, lleno de referencias librescas. Es por esta lectura hipercrítica de sus contemporáneos y por el deseo de diferenciarse de ellos mediante un estilo de escritura más directo que me atrevo a considerar a Baegert un cronista “moderno”, quien, paradójicamente, lucha contra la mentalidad moderna. Su enojo en contra de toda clase de mitos y leyendas –salvo, claro está, los adoptados por la Iglesia, pero a los cuales sólo recurre en forma breve y muy puntual– deja entrever una inteligencia más bien tendiente hacia el realismo e incluso el racionalismo.

imaginarios QUIVIRA? ¿qué los viajes de un tal padre Sedelmayer a los ríos de Gila y Colorado que quedan fuera de California? ¿qué importan a un inglés, francés o alemán, las demoras y muchas deliberaciones de los tribunales de México y Guadalajara? En cambio, en este libro, el lector no encontrará nada(...) que no corresponda a California de una manera directa, lo cual podrá satisfacer en parte, y estimular por la otra, el loable interés y la curiosidad del lector. En todo caso, esta obrita no es otra cosa que, por decirlo así, una respuesta a las muchas preguntas que se me han hecho después de mi regreso.<sup>193</sup>

## **De la posición, longitud, latitud y extensión de California, así como del Golfo de California**

California, el país más occidental y, entre las penínsulas más largas, la más angosta, forma parte de la América septentrional y, como puede verse en el mapa, es en cierto modo un aditamento o la cola de ella. Queda separada del imperio mexicano por un brazo del Océano Pacífico, como Egipto de Arabia por el Mar Rojo, o Italia de Grecia por el Adriático, cuyo brazo bien puede tener, a la altura del Cabo de San Lucas, un ancho de unas ciento cincuenta horas, pero que se va encogiéndose más y más, a medida que se acerca al Río Colorado, donde California se junta con la tierra firme hacia el Norte. En el año 1751, crucé este Mar Rojo Californiano, como algunos suelen llamarlo, en un palo hueco, es decir, en una pequeña canoa de una sola pieza, a los veintiocho grados de latitud Norte y en un día y medio, sin que hubiera podido ver, durante todo el segundo día, ni la tierra que acababa de dejar, ni aquella donde me dirigía; lo que servirá para formarse una idea del ancho que mide ese brazo de mar.

---

193 Estas preguntas no eran las que hoy se harían a un turista, sino aquellas preñadas de curiosidad y dudas ante las muy escasas referencias existentes sobre esta casi-isla enigmática y olvidada en un remoto continente con grandes zonas por explorar, así como también las nacidas frente a abundantes fantasías y especulaciones tejidas alrededor de su misterio. Por ello, para concluir este apartado, Baegert realiza siete consideraciones o advertencias, de las cuales al menos dos me parecen fundamentales: 1. Que lo escrito no se basa en testimonios ajenos sino en su experiencia personal, y 2. que está consciente de la amplitud y diversidad de California, por lo cual no le extrañaría que alguien ofrezca nuevas o distintas "noticias", sin que ello ponga en entredicho su propia veracidad.

El mencionado río Colorado es entre todas las aguas que desembocan en el Mar Californiano, y que mide a lo largo casi cuatrocientas horas, el único que merece el nombre de río y que tiene, cerca de California, un ancho de más de un cuarto de hora. Todos los otros ríos que se ven en el mapa, apenas son algo más que arroyos, los que, durante la mayor parte del año, llevan bien poca agua pueden atravesarse a caballo sin mojarse los zapatos; pero en todos ellos viven caimanes de grandes dimensiones, de los que hay que cuidarse mientras se saca agua, se baña o se lava, porque algunos de ellos pueden tragarse a un hombre entero. He visto varios. Como es bien sabido, se parecen algo a las lagartijas, pero están armados de coraza, como las tortugas. No hace muchos años que se llegó a saber en América, que los colmillos de estas bestias sirven muy bien de contra-veneno. Aplicándolos a las heridas o tomando tragos con el polvo raspado de dichos colmillos, ya se ha salvado la vida, también en California, de mucha gente que fue mordida por víboras.<sup>194</sup>

Del lado de California, el Golfo está sembrado de islas de diferentes extensiones que hacen suponer que California ha sido, en otros tiempos, mucho más ancha que lo que es ahora o, quizá, ha estado unida con la tierra mexicana, formando un solo país. Todavía en el siglo actual, algunas de estas islas estaban habitadas, especialmente La Catalana, Serralvo y la que se llama San José. Sus habitantes empezaron a dedicarse a la piratería con pequeñas embarcaciones, que habían comprado o quitado a los pescadores de perlas; pero en el año 1715, los soldados californianos pusieron fin a estas actividades, y, después, algunos murieron y otros fueron trasladados a las misiones de California. Todas estas islas, tanto las grandes como las pequeñas, están ahora desiertas y sólo se ven en ellas cerros pelones y peñascos. Pueden considerarse como antesalas o arrabales de California, cuya pobreza ayuda a formarse un concepto preliminar de la miseria californiana y darse cuenta de los horrores del conjunto.

---

194 La presencia de peligrosos "caimanes" en California es un dato evidentemente inexacto, seguramente producto de una confusión derivada de alguna experiencia vivida en otras regiones de la Nueva España, antes o después de residir en la península. Constituye una gran curiosidad (a la cual los historiadores han prestado poca atención), al consignarse dentro de un texto que precisamente busca desmentir las imprecisiones de textos anteriores.

Después de que el padre Ferdinandus Konsak, un jesuita de Hungría, había investigado y explorado, por agua, toda la costa interior californiana hasta el río Colorado, en el que se internó por algunas horas, nadie dudó ya de que California no estaba totalmente rodeada por el mar, como desde tiempos remotos se había venido creyendo, sino solamente por tres lados y que, por consiguiente, era una península. Sin embargo, para confirmarlo por todos los medios posibles, y debido a que la exploración del padre Konsak había despertado ciertas dudas entre los científicos de México y España con respecto a los ángulos al lado izquierdo de la desembocadura del citado río, donde la orilla, baja y pantanosa por varias leguas, no había permitido arrimarse completamente, ni menos desembarcar, ordenóse en el año de 1766 al padre Wenceslao Linck de Bohemia, (quien tenía a su cargo la misión de San Borjas, en aquel tiempo la última hacia el Norte), que hiciera un viaje a través de California, hasta el citado río. Con la cinta o línea recta no son más de 90 horas de camino de San Borjas hasta allá; pero la persona que no ha visto California u otros países parecidos de América, no puede imaginarse lo que quiere decir el emprender un viaje de 90 horas en un país donde no hay camino hecho y todo está lleno de roca y piedras, donde no se conocen depósitos de agua y donde todo el equipo, algunas veces también hasta el agua, tiene que ser llevado a cuestras. No se cuentan más de 30 horas de camino, en línea recta, de la misión de San Xavier hasta la Bahía de Santa Magdalena; sin embargo, el primero que hizo este viaje, necesitó 19 días. De modo que el padre Linck se puso en camino, acompañado de 16 soldados y más de cien californios, pero en cuatro semanas no llegó más lejos que un poco más allá del lugar que se llama Bonaventura, que todavía dista 20 ó 30 horas del Río Colorado. Allí no vio más que pura arena hasta donde alcanzaba la vista, entre Norte y Este hacia el Mar de California.<sup>195</sup>

---

195 La épica jesuítica de la California estaría claramente incompleta sin la visión desolada y dramática de Baegert, que se expresa a través de escenas tan plásticas como la inscrita en esta frase, donde detrás de las palabras se trasluce el afán de “hacer visible” al lector los áridos paisajes peninsulares. Dicho de otra manera, Baegert, más que un excelso contador de historias es un hábil observador y fabricante de imágenes, con las cuales pretende capturar una realidad, del mismo modo —y tan subjetivamente— como hoy lo hacemos con el socorrido recurso de la fotografía.

## Del calor, del frío y de las cuatro estaciones del año en California

Algunos van tan lejos de querer derivar la palabra California de *calida fornax*, que significa un horno caliente, aunque yo personalmente no puedo aceptar esta opinión. Lo cierto es que los españoles no oyeron este nombre a los californios, porque éstos no sabían si el país era grande o chico; dónde empezaba o dónde terminaba, y para ellos sólo tenían nombres aquellas regiones, donde cada grupo solía vivir y hacer sus correrías; y entre estos nombres no hay ninguno que se llame California.<sup>196</sup>

En julio empieza la época de más calor que dura hasta mediados de octubre. Fue a principios de este mes, cuando, estando de hinojos en el umbral del portal de la iglesia, o mejor dicho, casi al aire libre, rezando con mis indios el rosario, me vi obligado a abandonar mi lugar, debido al calor inaguantable que me producía copiosísimo sudor; vi salir de la iglesia abovedada a varias personas de entre el pueblo, bañadas también en sudor y medio desmayadas a pesar de que iban desnudas. Esto me dio motivo para ordenar, que en los años siguientes se rezaran estas sencillas vísperas fuera de la iglesia y al aire libre.

A pesar de que la temperatura sube mucho en California y el verano es muy duro, nunca he oído a un californio quejarse del calor; pero sí, mucho del frío muy moderado de la mañana o de la tarde en invierno. No hay que admirarse de esto, porque viven casi desnudos y sin techo, no teniendo otro abrigo contra el frío que la lumbre, alrededor de la cual se echan de noche, haciendo girar su asado y atizando continuamente las brasas. Y no les da vergüenza quedarse tirados alrededor de las brasas hasta muy entrada la mañana, mientras otros ya estaban sudando con el trabajo.

Si se considera la primavera sólo como el tiempo en que comienza a subir la temperatura y en cambio, el otoño sólo como aquel en que vuelve a bajar, se puede decir entonces, que hay ambas estaciones del año en California. Pero si se juzga que la primavera significa el tiempo en que desaparece el frío y que la hierba es nueva y cientos de flores encantan la

---

196 La observación de Baegert abona, ciertamente, al esclarecimiento de un tema, por lo que se ve, ya desde entonces muy debatido: el origen de la palabra California.

vista; que los prados y campos se visten de verde de todos matices; que los árboles frutales o de ornato deponen el luto de los últimos seis meses y que los ruiseñores y otros pájaros nos deleitan con su canto; y, si se juzga la otra estación, es decir, el otoño, como el tiempo en que se llenan las bodegas y despensas con frutas para el invierno o el año entrante; que la gente se ocupa y se divierte con la caza de alondras u otros pájaros, o cuando comienzan a molestarnos la niebla y las lluvias frías; en que los dedos empiezan a entumecérsenos y las praderas se vuelven amarillas o la escarcha hace desprenderse a los bosques de sus adornos; entonces no se sabe nada en California, ni de la primavera ni del otoño.<sup>197</sup> Si sólo se toma en cuenta lo verde y la fertilidad, la serenidad del cielo y lo caluroso del aire, entonces se tiene allá un invierno eterno y un verano sin fin...

## De la lluvia y otras aguas en California

Así como el suelo de California consiste de pura roca, así parece que su cielo está hecho de acero o de bronce vaciado, y como tal, muy raras veces cede a los ruegos de los hombres, que imploran que les mande algunas benéficas lluvias sobre la tierra seca y quemada. Julio y agosto, septiembre y octubre, son los meses en que pueden esperarse. Si llueve fuera de este tiempo, se considera como algo excepcional y no acontece todos los años. Pero en los primeros dos de los citados meses, es cuestión de vivir de la mano a la boca, porque todo el tiempo que en tal época llueve, no pasa, en total, de 3 a 4 horas. A los 5 ó 6 días después del aguacero, se vuelve verde todo lo que es capaz de enverdecer, y, entonces, se goza de algo que podría llamarse una vislumbre de primavera (algunas veces hasta en septiembre, pero en este caso, nunca antes de los últimos

---

197 Baegert cumple constantemente con la premisa de informarnos de lo que hay pero sobre todo de lo que no hay en California; esta es su técnica de contraste para encomiar la prodigalidad del paisaje europeo al cual ha regresado después de casi dos décadas de autoexilio, así como también la mejor forma que encuentra para hacer comprensible a sus lectores una realidad diametralmente opuesta: exagerar sus diferencias, amplificarlas; exaltando también, por consecuencia, su propio papel –y el de la Compañía de Jesús– como evangelizadores en esta tierra tan inhóspita. Resulta perfectamente lógico que al enfrentarse a lo desconocido resulte útil e incluso inevitable extrapolar las categorías de lo conocido, pero Baegert usa y abusa de este tipo de comparaciones, en la calculada búsqueda de un *efecto* emocional en sus lectores; de una impresión anímica.

días de este mes.) Igual cosa sucede, si al tiempo se le viene en gana, es decir: llover de improviso, en diciembre o enero, fuera de todo orden y contrario a toda costumbre.

Los californios no sienten temor ante nada, y ante peligro de muerte, parecen apáticos o faltos de razón. De igual manera no dan señas de miedo, cuando retumban los truenos y caen los rayos, pues siguen con sus risas y bromas aunque pareciera que el cielo mismo amenazara venirse abajo. Tal vez, una de las causas de esta temeridad es la de que no tienen idea de lo que es un trueno y no saben lo que significa el rayo. Cuando la tempestad no pasa en seco, sólo cae pura agua, pues en todo el tiempo que estuve allí, sólo una vez hubo algo de granizo fino y casi nada de granizo grueso, aunque, de seguro, no habría inconveniente para que cayera, porque en aquel país causarían menor daño que en ninguna otra parte, ya que no era posible que rompiera los vidrios, ni tampoco que les echara a perder sus huertas o viñedos a los pobres californios.

Durante la temporada de las pitahayas, (que son frutas jugosas de las que hablaré en otro capítulo), los californios pueden pasar varios días sin probar agua; en otros tiempos llevan el agua consigo en una tripa o vejiga de tortuga, siempre que van a cruzar terrenos por donde no hay agua. Esas tripas tienen un grueso mayor que el de un brazo.

De todo lo que he escrito en este y el anterior capítulo,<sup>198</sup> se deduce: primero, que no se puede sembrar ni plantar nada en este país, a base de la humedad que la tierra recibe de arriba, sino solamente de algunos sitios, que están siempre húmedos por la proximidad de algún charco o de agua subterránea, o, donde se lleva agua corriente o estancada a un pedazo de terreno que puede regarse, como las praderas en Europa, casi todos los días; aunque esto sólo es posible en muy contados lugares, hasta el grado de que ha habido misiones donde no se pudo arreglar ni mantener un jardincito siquiera. Donde hay agua, allá muchas veces no hay tierra, sino piedras y arenas; y donde hay tierra, comúnmente no se encuentra agua, o, si la hay, es a tan gran profundidad, que sólo sirve para tomar, lavar y bañarse.

---

198 El capítulo anterior del libro de Baegert es justamente el que habla sobre el calor, el frío y las cuatro estaciones del año en California.

Segundo, que California es, según mi parecer y experiencia, un país sano y, en cuanto a clima, agradable. Un cielo azul y sereno durante casi todo el año, y en todas las horas del día y de la noche, una sequedad general y eterna, así como una brisa que limpia la atmósfera, estas tres cosas parecen ser benéficas para la vida y el cuerpo humanos. Por eso, lo que yo hubiera deseado traerme de California, no sería más que su clima único. Que allá se suda más que en otras partes, muy bien, pero esto es fácil de aguantar en comparación con el otoño, el invierno y la primavera de otras regiones, que son tan melancólicos, húmedos, nublados y hurraños, y que duran más de 7 meses.<sup>199</sup>

### **De las cualidades, fertilidad y aridez de la tierra en California**

Que California, más o menos, no es otra cosa que una piedra o un montón de piedras muy quebradas, resulta ya del hecho de que todas las paredes de las barrancas y arroyos están formadas de todo, menos de lo que acostumbramos a llamar tierra, sino de un material duro y pétreo. A nadie se le ha ocurrido nunca en California servirse de un coche para sus viajes o de un carro para transportar cosas. Ya se contentaría la gente si pudiera pasar por todas partes con caballos o mulas. En California, el que no está obligado a emprender un viaje, hace bien en quedarse en casa, porque debe tener en cuenta; que no hay sombra en todo el camino; ni tampoco allá donde piensa uno quedarse; que el ojo del viajante no puede recrearse con paisajes agradables; que muy a menudo hay que conformarse con agua desabrida y que no hay otros alimentos que los que se llevan, ni otra cama que el suelo, de todo lo cual resulta fácil imaginarse qué bonitas veredas debe haber en un país tan montañoso y pedregoso, a pesar de que los principales caminos se han compuesto para hacerlos cómodos y transitables. En virtud de todo esto, nunca he montado a

---

199 El Baegert polemista es, además, contradictorio. Algunos de sus lectores prefieren acentuar el “horror” y la “miseria” que adjudica a California, pero otros preferimos rescatar también estos pasajes elogiosos, que de pronto emergen con la misma lógica ambigua que explica la ambivalencia subyacente en casi cualquier afecto. Se puede odiar y amar a un mismo tiempo, y Baegert lo demuestra –no sin algunos matices–, con notable sinceridad.

caballo sin necesidad, ni he puesto, ni he podido poner, en 17 años, un pie fuera de la casa para salir de paseo. Todos mis paseos, en tan largo tiempo, tuve que hacerlos en el patio frente a mi casa, rodeado de bardas; y esto, sólo después de la puesta del sol.

El que haya leído con atención este capítulo y el anterior,<sup>200</sup> fácilmente podrá formarse una idea de la aridez de California. Duras piedras, sin tierra, ni agua, no producen nada por sí solas. Querer sembrar y cultivar las subsistencias de la vida en estos terrenos, resultaría igual a querer desteñir la cabeza de un moro y perder tiempo y trabajo. Por eso, es indispensable conseguir en otra parte el pan para el puñado de españoles que viven en California, pues de lo contrario, ellos tienen que aprender a comer la carne, si es que la tienen, sin pan. Y los californios que buscan su sustento en el mar (de ellos hay pocos, porque también esto tiene sus dificultades), se ven forzados a sufrir hambres negras o enfrentarse a una escasez espantosa. Tienen que buscar y devorar toda clase de inmundicias como si fuesen bocados exquisitos, y permanecer durante todo el año en involuntaria holgazanería.

A más de esto, resulta que no hay sombra si no es detrás de un peñasco o dentro de una cueva; que toda la madera que es menester emplear en construcciones o para trabajos de carpintería y ebanistería hay que importarla de ultramar; que muchas veces, no se alcanza a ver, durante un viaje de todo un día, ni una sola hierba, ni verde ni seca, para el caballo hambriento; que tanto los animales salvajes, como los domésticos, son pequeños y flacos y que con frecuencia mueren por falta de pasto; que a veces, el misionero no se atreve a dar a sus gallinas un poco de las provisiones que necesita para pagar a los indios que vienen a trabajar un poco o que se presentan enfermos. Pero las gallinas pagan luego con la misma moneda, rehusándose por mucho tiempo a poner huevos cuando más necesidad hay de ellos.

Pero, si se dispone de un pedazo de tierra húmeda en las inmediaciones de un pantano, o si se puede llevar agua a un terreno seco, cambian las cosas radicalmente, porque entonces se siembra y se planta todo lo que

---

200 Hasta este punto, la secuencia de los capítulos es la misma del texto original, por lo cual se refiere al que habla de la lluvia y otras aguas de California.

se quiere; todo se da bien y la tierra rinde fruto centuplicado, incomparablemente más que las mejores regiones de Europa; entonces hay trigo y maíz, arroz, calabazas, sandías y melones que pesan veinte y más libras; algodón, limones y naranjas; plátanos y granadas, uvas dulces y riquísimas; aceitunas e higos dos veces durante el verano y en el mismo árbol; puede recogerse una doble o hasta triple cosecha de maíz que crece más de una braza y media de cuyo tallo pueden cogerse, a veces, hasta 12 mazorcas bien completas. He visto parras de California que dieron, en el segundo año, una mediana canasta de buenas uvas, cuya cepa creció en el tercer o cuarto año hasta alcanzar el grueso de un brazo, y que echaron, en un año, renuevos de ocho o más brazas. Lo único que es de lamentarse, es que escasea tanto la tierra húmeda y que la posibilidad de llevar agua a un pedazo de tierra, muchas veces no se encuentra a 60 horas a la redonda. Salvo estos raros y pequeños lugares, el pedazo más miserable de tierra europeo que no estuviera carente de lluvia u otra clase de agua, se consideraría y utilizaría en California como un verdadero paraíso.<sup>201</sup>

## De los matorrales y espinas

En cuanto a las espinas de California, su cantidad resulta asombrosa y hay muchas de temible aspecto. Parece que la maldición que Dios fulminó sobre la tierra después del pecado del primer hombre, haya recaído de una manera especial sobre California; hasta podría dudarse que en las dos terceras partes de Europa haya tantas púas y espinas como en California sola, de lo cual voy a dar una demostración en seguida. Cierta vez, me picó la curiosidad y me hice el propósito de contar las espinas que había en un pedazo de mata espinosa, de un palmo de largo y el grueso de un buen puño, la cual había cortado del centro de una rama;

---

201 Aparte de las intrigas políticas que derivaron en la expulsión de los jesuitas, las condiciones del clima y la geografía californianos eran sumamente adversas, por no decir insalvables para su proyecto colonizador, sustentado en la producción agrícola y ganadera, que en otras regiones de América –por ejemplo, Paraguay– no sólo permitieron el auto-sostenimiento, sino que constituyeron verdaderas fuentes de riqueza. No obstante la obstinada paciencia, el sostenido trabajo y los adelantos tecnológicos que introdujeron durante la evangelización, su empresa californiana estaba destinada al fracaso en más de un sentido. Pero lo cierto es que desde Salvatierra hasta el último jesuita, los obstáculos operaban en ellos como estímulo; así de grandes eran sus convicciones y de ambicioso su proyecto.

no conté menos de mil seiscientos ochenta: Ahora bien, juzguemos que de estas matas está cubierto el país hasta más allá de los 31 grados Norte, donde terminan. Muchas tienen sesenta, setenta o más ramas; cada rama tiene el mismo grueso de abajo hasta arriba, braza y media de largo y de arriba abajo está uniformemente cubierta de espinas, agrupadas de diez en diez en pequeños haces y dentro de estos en perfecto orden y en todas direcciones, como una rosa de los vientos. Estos haces están colocados sobre las costillas que separan las estrías, como en el cardón, de modo que resulta, después de hacer la cuenta, que una sola mata tiene más de un millón de espinas.<sup>202</sup>

## De las sabandijas de California

Entre las sabandijas se cuentan serpientes, alacranes, ciempiés, espantosas arañas, sapos, murciélagos, avispa, hormigas y acidios. De las primeras hay unas veinte especies, y miles de ellas son enterradas en el estómago de los Californios. Hay pardas con algo de negro, cenizas, amarillas y rojizas, grandes y pequeñas. De estos bichos, lo que menos importa, es el tamaño. La picadura de algunas es mortífera. Salvo unas 2 ó 3 especies, las peores son las que los franceses llaman *serpents a sonnet*. Su cabeza es ancha y fea, su cola no termina en punta, como la de otras, sino roma y consiste en eslabones, cuyo número corresponde a los años que tengan, (según lo que me aseguran los indios.) Estos eslabones encajan entre sí como en la cola de los cangrejos, están huecos y enteramente secos. Las víboras producen con ellos, tan pronto como ven u oyen a alguien, un fuerte y espantoso ruido, lo que permite darse cuenta de su presencia y, por consiguiente, del peligro cercano. Cierta vez, tuve que oír este ruido 5 veces en media hora a la vera del camino por donde yo pasaba en la madrugada, y muy cerca del lugar donde había pernoctado a campo abierto y al ras del suelo.

---

202 El cálculo de las espinas del cardón por parte de Baegert es un detalle que ha sido subrayado por varios investigadores, con intereses más literarios que históricos, como el ya mencionado Raúl Antonio Cota y el también literato José Antonio Sequera, pues evidentemente constituye un rasgo sumamente idiosincrático del personaje, al mismo tiempo que revela la curiosidad y fascinación que acompañó a prácticamente todos los evangelizadores californios en su propio “descubrimiento” de la península.

En pocas horas pueden acabar con una persona si el veneno que inyectan a través de sus muelas encorvadas, se mezcla con la sangre en la herida casi invisible; porque estas muelas tienen un agujero que sólo puede verse con la ayuda de un lente, lo que ha estudiado pormenorizadamente el padre Franciscus Ináma, un jesuita de Viena, en Austria. No transcurre un año sin que no sean remitidos algunos californios a la eternidad a causa de las picaduras de estas víboras, pero a pesar de este peligro ellos no tienen otro remedio que ligarse fuertemente el miembro encima de la herida y en dirección al corazón, o, si se trata de un dedo o mano, hasta cortarse todo el miembro. Conocí a varios que habían llevado a cabo esta curación en su propio cuerpo o en el de sus familiares.

Nunca y en ninguna parte, está uno seguro de estos huéspedes indeseables, porque suben las escaleras y trepan las paredes de la casa. Casi diariamente descubrí su rastro en diferentes sitios de mi habitación o alrededor de ella; pero peor que esto, cierto día encontré una víbora, de un largo de cinco palmos, sobre la tabla superior de mi librero, cuando justamente extendía yo la mano para tomar mi navaja de afeitar, pegada a la cual descansaba la alimaña; en otra ocasión, al levantarme de la cama, vi otra sobre la repisa interior de la ventana, y finalmente, topé con una más en el umbral de una puerta, al abrirla. Esta última, a pesar de tener nada más un largo de un palmo, era de las más venenosas y tenía en la barriga un ratón en perfecto estado. Este hallazgo me hizo creer, al fin, en lo que oí decir a los indios muchas veces, que en las víboras solían hallar frecuentemente liebres chicas o conejos. Tampoco quise creer que estos animales pueden arrastrarse con mucha rapidez y trasladarse instantáneamente de un lugar a otro, hasta que tuve oportunidad de observar a una víbora, persiguiendo a un ratón, que ciertamente no era tardo en correr.

Aunque hay cierta tradición y creencia general de que ningún misionero, en las Indias, ha sido mordido por víbora, es inevitable que se sienta miedo ante estos huéspedes intrusos que andan por todos lados.

No peco de mentiroso al asegurar que he matado, en trece años y en una casa nueva construida con piedra y mezcla, más de medio millar de alacranes, tal es la abundancia de estos simpáticos animalitos en ciertas regiones de California. Por eso, acostumbraba yo tener siempre a la mano una alesna larga para clavarlos en las paredes en el momento de descu-

brirlos; por eso tampoco hay que considerar como un milagro, si los muy limpios cocineros californianos sirven a uno de repente alacranes entre otros platos exquisitos.

Con las mencionadas preciosidades californianas corre pareja cierta clase de arañas que los españoles de América suelen llamar tarántulas, aunque yo no sé porqué, en vista de que no hay pruebas de que su picadura tenga el mismo efecto que la de las tarántulas del reino de Nápoles. A mí, me gusta más el nombre de *pecado mortal* que, como me han dicho, se ha dado al ejemplar de estas arañas que se conserva en el Electoral Gabinete de Historia Natural en Mannheim. Estos bichos están cubiertos de pelo, mucho más que las orugas, son todos negros, con una pequeña mancha amarilla en el lomo. El cuerpo tiene el tamaño de una nuez de Castilla y, midiéndolo con todo y sus gruesas zancas recogidas, el de un huevo grande de gallina; pero, cuando extienden las zancas y empiezan a correr, causan la impresión de un bulto mucho más grande y de algo realmente imponente. No se ponen a hilar ni a tejer porque saben muy bien que echarían a perder su propio trabajo con el peso de su cuerpo, y un mosquito o escarabajito resultaría un plato muy pobre para un animal de estos que bien puede sostener una pelea con alondras o gorriones. Viven en el campo pero también me fastidiaron en mi casa y hasta en el gabinete donde de ordinario acostumbraba trabajar; entre ellas había dos de otra clase, casi del mismo tamaño que las primeramente mencionadas, pero de color amarillo oscuro. No sé si estas últimas también están peludas o no, porque, durante algunas noches, las vi no más andando sobre mis libros y no me atreví a estudiarlas de cerca.<sup>203</sup>

## De las minas y perlas en California

La infertilidad de California y la consiguiente falta de agricultura, de artes mecánicas y de trabajo, corre parejas con la eterna holgazanería y las

---

203 Nuevamente, al igual que en el caso de las espinas, el horror o el asombro irracional de los jesuitas cede ante la curiosidad y la inquietud científica. Desde luego, fueron no sólo los primeros historiadores y etnólogos de la California, sino también y con muy notables aportaciones, sus primeros naturalistas. En todos los sentidos, y muchas veces más allá de su misión evangelizadora, mostraron una conspicua vocación investigadora dentro de prácticamente todas las disciplinas del conocimiento.

interminables correrías de los californios, con la falta de vestimenta decente y las habitaciones indispensables. Esta escasez, esta ociosidad y esta vagancia, son el origen de un sinnúmero de vicios y maldades, hasta entre la tierna juventud, de los que el europeo, según todas las apariencias, tampoco hubiera podido protegerse o permanecer incólume, si hubiera tenido la desgracia de nacer en un país tal como lo es California.

(...) es fácil deducir que la vida en California sólo es posible para tres clases de seres humanos; es decir, primero, para algunos Padres que logran decidirse a abandonar su patria por el amor de Dios y caridad cristiana, para pasar su vida en los desiertos californianos bajo los más variados peligros y privaciones; gracias a Dios que hasta ahora, no han faltado estos sacerdotes entre ciertos religiosos católicos, y con la ayuda de Dios no faltarán en lo futuro; segundo, para unos cuantos, españoles pobres, nacidos en América que pasan a California por no poder ganarse la vida en otra parte y para servir como soldados o como vaqueros; tercero, para los californios mismos, para los que todo resulta bueno y para quienes su patria, como para los lapones la suya, parece ser su paraíso, porque no conocen nada mejor, o porque el amor, innato en todos los hombres, a la tierra que los vio nacer, los arraiga a ella.

Contrastando con lo que ya he dicho sobre los californios y que se dirá todavía en la siguiente parte segunda, según lo cual podrían juzgarse a estos hombres como los más miserables y más dignos de compasión entre todos los mortales, aseguro y digo con toda franqueza, que ellos, por lo que toca a lo temporal, son, sin réplica, incomparablemente más felices que todos los que viven en Europa y en la tan bendita tierra alemana, y hasta más que los que nos parecen viviendo en el colmo de la bienaventuranza temporal, porque no solamente es cierto que la costumbre hace todo llevadero y fácil y que, por ello, el californio duerme tan tranquilo y tan cómodo sobre el duro suelo y al aire libre, como el sibarita europeo más rico lo hace en su cama de suaves plumas, tras una cortina ricamente bordada, en un gabinete bordado, etc., sino también que el californio no tiene nada de triste ni llega a saber nada durante todo el año y durante toda su vida que pudiera entristecerle y preocuparle; que pudiera amargarle la vida o desear la muerte. No tiene a nadie en su país, ni fuera de él, que le moleste, persiga o le cuelgue un pleito; no

tiene granizo, ni tropas que devasten sus campos, ni incendios, ni rayos que reduzcan su granja o rancho a cenizas; no tiene envidias, ni rencores, ni difamaciones, ni calumnias que pudiesen mortificarlo; no tiene miedo de perder los miedos adquiridos, ni ambición de aumentarlos; no existe acreedor alguno que le cobre deudas; ningún funcionario que recaude impuestos, derechos de aduana, contribuciones de caminos, de capitación o cientos de otros tributos; no tiene mujer que se cuelgue en el cuerpo más de lo que aguantan los ingresos, ni hombre que pierda en el juego o con el vino, lo que debía servir para el sustento y el vestir de la familia; no tiene niños que educar, ni hija que casar; ni hijo depravado para vergüenza y ruina de toda la casa. En una palabra, en California y entre los californios, no se conoce ni “lo mío” ni “lo tuyo”, cuyas dos palabras, como lo ha dicho San Gregorio, llenan los poco días de nuestra vida con amargura e incalculables males.<sup>204</sup>

Aparentemente, los californios no poseen nada, pero siempre tienen algo y todo lo que quieran, porque no quieren nada y no exigen más de lo que su triste y pobre tierra produce, lo cual siempre está dentro de su poder el conseguir. Por eso, no resulta extraño que entre ellos, casi nadie se vuelva canoso, y si sucede, sólo en una edad ya muy avanzada; que siempre están de buen humor y que domina en ellos una alegría eterna, una risa y bromas ininterrumpidas, con lo que se comprueban a las claras que siempre se sienten contentos y siempre alegres, en el cual estado de ánimo consiste, sin duda alguna, la bienaventuranza. Por cierto es ella la que todos anhelan y por la que todos suspiran en este mundo, cada quien según su posición o sus capacidades, pero son muy contados los que alcanzan a poseerla. Sólo resta desear que los californios, que realmente gozan sobre la tierra la verdadera bienaventuranza, (después de que la luz de la fe los ha inspirado), quisiesen preocuparse un poco más por la bienaventuranza del mundo del más allá y de la vida futura.

---

204 En estas palabras de Baegert hay una especie de alegato contra el capitalismo, que sin querer o darse cuenta, lo acerca a la visión utópica del “buen salvaje” formulada por su detestado adversario ideológico, J. J. Rousseau, con quien comparte al menos una visión conmovedora del “feliz salvaje”, que justifica su lúcido rechazo al cruel materialismo impuesto por la modernidad.

Los que viven en Europa, pueden, ciertamente, sentir envidia por la bienaventuranza de los californios, pero solamente podrán disfrutar de ella por medio de una perfecta indiferencia ante la cuestión de poseer mucho o poco, algo o nada en este mundo, y de una completa conformidad con la Divina Voluntad en todas las contingencias de la vida.

## De los habitantes de California

Se comprende que en un país tan miserable y árido, la población no puede ser numerosa, y, que con toda seguridad, todos perecerían de hambre en pocos días, si California estuviera tan densamente poblada como la mayoría de los países europeos. De modo que los californios son muy poco numerosos y, en comparación con la extensión del país, como si no hubiera ninguno; y todavía se hacen menos cada año. Pero el mundo no perdería gran cosa, ni disminuiría su esplendor. Se viaja en California 3, 4 ó más días en cualquier dirección, sin llegar a ver a un solo ser humano, y creo que la población total de indígenas, antes de la llegada de los españoles, nunca ha pasado de un total de unas cuarenta a cincuenta mil almas, desde el Cabo de San Lucas hasta el Río Colorado.

Ahora bien, a pesar de que el número de californios es tan limitado y que forman solamente una ínfima parte del total de habitantes del mundo; entre sí están agrupados en pueblos, tribus, naciones y lenguas excepcionalmente numerosos. Puede suceder que una sola misión consista de mil almas y que, sin embargo, haya entre sus feligreses tantas tribus diferentes como Suiza tiene cantones, aliados, afiliados y ciudadanos. Entre los míos conté *Paurus*, *Atschemés*, *Mitschirikutamáis*, *Mitschirikuteurus*, *Mischirikutaruanajéres*, *Teackwás*, *Teengáubebes*, *Utschis*, *Ikas*, *Anjukwáres*, *Utschipujes*: todos grupos diferentes, pero entre todos, no llegaban a medio millar de californios.

Alguien podría preguntar por qué había 15 de estas misiones, en vista de que 3 ó 4 debían haber sido suficientes para enseñar y atender a 12 mil indios o más y administrarles la Santa Comunión. La contestación es que esto podrá ser practicable en Alemania y también costumbre en cientos de lugares fuera de Europa donde las circunstancias lo permiten, pero imposible en California; porque, primero: si tres o cuatro mil

californios viviesen juntos en un área reducida y perteneciesen a una misma misión, muy pronto los víveres, tan terriblemente escasos en California, resultarían insuficientes para tanta gente en la región; segundo, cada californio, cada grupo y cada tribu, tienen su patria, de la que están tan locamente enamorados como otras gentes de la suya y hasta aun mucho más por ser ellos menos juiciosos, de modo que no se dejarían cambiar ni cincuenta o más horas de camino del lugar donde nacieron; tercero, las tribus que viven en tierras distantes, la una de la otra, siempre están enemistadas entre sí, y por eso, ni vivirían en buena armonía y no sería fácil encerrarlas en el mismo corral; cuanto, en tiempos de epidemias o enfermedades generales que se propagan con frecuencia, no sería posible para sólo un padre visitar a los enfermos dispersados en muchas leguas a la redonda y socorrerlos en sus necesidades espirituales y corporales. Mis feligreses no llegaban, ni con mucho, a mil almas, y, sin embargo, tenían muchas veces sus campamentos a una distancia de 30 horas de camino en todas direcciones. Las lenguas indígenas con sus dialectos, también son numerosos, y un misionero ya se siente satisfecho si llega a dominar uno.<sup>205</sup>

Ahora sólo resta que dé yo mi opinión acerca del problema de dónde y cuándo pueden haber llegado los californios a esta noble tierra. Esto puede suceder desde varios rumbos y de manera diversa: por voluntad propia o por la fuerza. Lo primero, es decir, que una tribu haya inmigrado a California por libre decisión, sin violencia ni presión, me parece muy inverosímil y hasta imposible de creer. América es lo suficientemente extensa para poder proporcionar subsistencias a cincuenta veces más habitantes que los que tiene California y en tierras mucho más fértiles. ¿Cómo entonces imaginarse que alguien haya tomado la resolución, sin otro móvil que su propia voluntad, de establecer su tabernáculo en medio de tales rocas áridas y salvajes? Naturalmente, no es imposible que los

---

205 Las observaciones de Baegert respecto a la belicosidad y diversidad de los californios son sumamente interesantes, lo mismo que su referencia a la multiplicidad de lenguas. Este autor dedica un capítulo entero al aspecto lingüístico, que he decidido no incluir, pues ya ha sido ampliamente abordado como una de las fuentes principales para el libro *Vocablos indígenas de la Baja California*, de Gilberto Ibarra Rivera, incluido en la bibliografía de este compendio, mientras que el tema de las epidemias y cómo éstas diezmaron a la población indígena se trata por varios autores contemporáneos, entre ellos Mario Alberto Magaña Mancillas.

primeros habitantes hayan llegado por una casualidad a California desde el otro lado del Golfo, es decir, desde Sinaloa o Sonora; sin embargo, que yo sepa, la navegación nunca se ha practicado en aquel litoral entre los indios, como tampoco se conoce hoy día, a causa de que se carece de las maderas indispensables, aún para embarcaciones pequeñas, hasta a muchas leguas tierra adentro; más fácil hubiera sido el camino por tierra, desde la Pimería, el último país frente a California hacia el norte, o en fin, la travesía por agua (porque el Golfo está allí ya bastante estrecho y muy poblado de islas), si no en embarcaciones, por lo menos en balsas o con flotadores, hechos de haces de caña como aún están en uso entre los californios que viven cerca del mar, y que emplean para la pesca y caza de tortugas o para pasar un islote que queda a dos horas de distancia de la costa. Pero yo me imagino que estos pimas, si hubieran hecho la travesía por curiosidad o hubieran sido echados a la costa por una borrasca, muy pronto hubieran buscado y encontrado el modo de regresar, después de haberse dado cuenta de la miseria californiana.

Conforme a esto, mi opinión es que los primeros californios, perseguidos por sus enemigos, llegaron por tierra a la península desde el norte y que allí encontraron un refugio seguro. Los anales de California, o por lo menos, las tradiciones de padre a hijo, podrían darnos la mejor información a este respecto, pero aquellos aun no han visto la luz del día, y en cuanto a las tradiciones, ningún californio sabe algo de lo que sucedió en su tierra antes de su nacimiento, y nadie les revelará quiénes o qué clase de gente fueron sus padres, ni si ya los habían perdido mientras vivieron en su infancia.<sup>206</sup>

Según todas las apariencias, los californios, por lo menos los que viven hacia el sur, creían, antes de ver llegar a los españoles, hace ahora casi dos y medio siglos, que California era el mundo y ellos sus únicos habitantes, porque ellos no se arrimaban a nadie, ni nadie se arrimaba a ellos, y cada pequeña tribu concretaba su existencia a su pequeña comarca. Algunos

---

206 El inquietante vacío de información o la incompleta memoria de los indígenas que informaron a Baegert acerca de su propio origen, como ya se ha mencionado, desvela todavía a historiadores y antropólogos, quienes, echando mano de diversas fuentes —especialmente arqueológicas— y sin referencia clara debida a los propios californios, especulan sobre una o varias muy posibles migraciones transcontinentales terrestres provenientes del norte, así como una o varias olas de inmigración marítima desde el sur.

de la gente mía creían que descendían de un ave, otros de una piedra, y otros soñaban a este respecto en algo todavía más fantástico y disparatado que el otro.

## **De las habitaciones de los californios**

En California no hay más edificios que los siguientes: las iglesias y casas de las misiones que cada misionero construyó como Dios le dio a entender –y según se lo permitían el tiempo y las circunstancias– de piedra y cal, de piedra y lodo, de adobes enormemente grandes, o de cualquier otro material; unas barracas que poco a poco iban levantando los indios y que se empleaban en los servicios religiosos o en los quehaceres de la casa, así como en algunos otros jacales que unos indios hacían; y, finalmente, las chozas de los pocos soldados, marineros, vaqueros y mineros. Fuera de esto, no se nota nada en California que se parezca a una ciudad, a un pueblo, a una mansión, a una casucha o a una perrera.

Con lo que he dicho, queda demostrado que los californios siempre permanecen al aire libre; que comen, duermen y viven a campo abierto y sobre suelo pelón. Sin embargo, cuando, en el invierno, el aire sopla fuerte, se hacen una mampara de ramas secas, en forma de media luna y de una altura de dos brazas, pero solamente del lado de donde viene el frío, con lo que demuestran que también saben “irse con el viento que corre.” Es imposible que hagan otra cosa y no se les puede exigir más, sólo que quisiesen cargar con su casa a cuestras como los caracoles o las tortugas o transportarla en carretas, como los tártaros, aunque para esto, como antes lo he indicado, el terreno bonitamente se prestaría, –pues, toda su vida la pasan vagando por los campos, a lo cual les obliga la necesidad de buscar sus alimentos. No pueden salir, durante todo el año, de un lugar determinado, temprano en la mañana, para regresar al mismo en la noche, porque un terreno limitado no es suficiente para proveerlos todo el tiempo con el sustento diario, y esto, a pesar de que cada horda se compone de tan poca gente; en un lugar se acaba tal vez hoy el agua y mañana tienen que estar en otro lugar para recolectar oportunamente cierta semilla que ya está por caerse o diseminarse. De modo que cumplen al pie de la letra

lo que está escrito respecto a todos nosotros: que en este mundo no hemos de tener morada fija.<sup>207</sup>

Sólo Dios, que cuenta todos nuestros pasos, aún antes de haber nacido, sabrá cuántos miles de leguas recorrió un californio al llegar a la edad de 80 años o a la hora de encontrarse con su tumba, de la que, durante toda su vida, por cierto, nunca ha estado distante más que el largo de un dedo. No me equivoco grandemente, cuando aseguro que la mayoría de estos hombres cambia el lugar de su campamento nocturno más de cien veces al año y que no duermen ni 3 veces consecutivas exactamente en el mismo sitio, ni sobre el mismo terreno, con excepción de que pernocten en la misión. Dicho de paso, se acuestan donde los sorprende la noche, sin preocuparse por sabandijas o inmundicias que pudiera haber en el suelo. De modo que tampoco viven en la sombra de los árboles, como dicen algunos escritores que están de acuerdo con la no existencia de ciudades y pueblos, porque no hay árboles en California; tampoco viven en guaridas subterráneas, construidas por ellos mismos, como pretenden otros escritores, sino sólo incidentalmente en agujeros o grietas de las rocas y eso cuando llueve de veras muy fuerte, porque tales cuevas no son ni numerosas, ni las hay en todas partes.

## **De la indumentaria de los californios**

(...) como el aire libre les es más que suficiente para tener casa, así su piel morena les basta sobradamente en lugar de traje o abrigo; de pantalón o de jubón, de zalea o de camisa; de ropa para verano o invierno; para días de trabajo o de fiesta, y en vez de todo aliño; pero en cambio, con esto logran grandes ventajas, como son: que nunca tienen que temer incendios en sus casas, así como tampoco necesitan cuidarse de daños o de ladrones con respecto a sus ropas o “garderobe”; que nunca les resulta la levita angosta, ni el abrigo corto; que nunca pueden perder la camisa

---

207 Sin duda, debió haber sido tentadora la posibilidad de extrapolar a la comprensión del nomadismo californio los numerosos pasajes y referencias bíblicas, en el Viejo Testamento, dedicados a la errancia del pueblo elegido. No obstante, es claro que ello no contribuyó a entender la naturaleza singular y particulares estrategias de adaptación al medio desarrolladas por los nativos. Los hebreos eran pastores y agricultores con una estructura social bien definida, no cazadores-recolectores.

en el juego, y que, en fin, siempre y a cada hora están listos, enjaezados y vestidos, para cualquier negocio importante, y no les sucede como a algunas mozas que se viven muchas preciosas horas que suelen perder tan irresponsablemente, sin pensar que día llegará en que desearán que se les devuelvan algunas de ellas, pero que entonces, tal vez, no lograrán recuperar.

No obstante lo que acabo de decir, y a pesar del hecho de que se han encontrado, en la parte más septentrional de California, mujeres totalmente desnudas, entre las demás naciones californianas, las mujeres, (muy exclusivamente ellas), siempre han tratado de cubrirse un poco. Entre ellas existía, y aún existe la costumbre de sacar un hilo blanco de las pencas de la planta que en Alemania se conoce con el nombre de áloe; que luego hacen de este lino o cáñamo silvestre, unos lacitos delgados, y sobre ellos ensartan muchos cientos de pequeños botones, cortados de cierta caña chica, como rosarios. De estas sartas, así adornadas, fijan una buena cantidad y bien amontonadas, en un cinturón, de modo que las sartas quedan colgando tanto debajo de la barriga, como también atrás con un largo de más o menos un palmo; entre otras naciones, hasta las rodillas; en ciertas otras hasta la pantorrilla y, en algunas más, hasta los pies. Pero los dos costados y todo el resto del cuerpo, no quedan cubiertos con otra cosa que con su propia piel.

Hombres y mujeres, grandes y chicos, andan siempre, desafiando vientos, neblinas, lluvias y sol, con la cabeza descubierta, aun aquellos que, en cierta misión, saben hacer, para gente extraña, bonitos sombreros de hoja de palma, de los que los misioneros suelen servirse para sus viajes, gracias a su poco peso.

En ciertas ocasiones y en sus días de fiesta, se pintan todo el cuerpo, por aquí y por allá, de rojo y amarillo, colores que consiguen, quemando ciertas piedras.<sup>208</sup>

---

208 La observación sobre el recurso a la pintura corporal por parte de los californios en época de celebraciones, así como el origen mineral de sus pigmentos, arroja luz y refuerza la tesis acerca de la existencia de una continuidad entre las prácticas rituales de los primeros habitantes de la península y quienes la habitaban a la llegada de los españoles, permitiendo, al menos en parte, acercarnos al desciframiento del enigma representado por el arte rupestre del llamado por la especialista María de la Luz Gutiérrez "Gran Complejo Ceremonial".

## De los bienes y utensilios, ídem del trabajo y actividades de los californios

Los bienes inmuebles de los californios, no son otros que las duras rocas, los cerros pelones y la tierra arenosa y árida; los bienes muebles son los montones de piedra, los zarzales y todo lo que anda o se arrastra sobre y debajo de la tierra. Sus enseres de casa, si he de llamarlos así, son arcos y flechas; una piedra en lugar de cuchillo; un hueso o madero puntiagudo para sacar raíces; una concha de tortuga que hace las veces de canasta y de cuna; una tripa larga o vejiga para acarrear agua o llevarla durante el camino, y, finalmente, si la suerte ha sido benigna, un pedazo de tela tan rala como red de pescador y hecha de la fibra de maguey mencionada, o un cuero de gato montés para guardar o cargar las provisiones, los huarachos o cualesquier andrajos viejos y asquerosos.

Para extenderme un poco más sobre estos utensilios y bienes de los californios, debo decir que el bondadoso suelo viene a ser la mesa para banquetes y juegos, su sillón, su canapé y su consultorio, su gabinete y su alcoba; su cocina y su comedor. Las desiertas serranías y peñascos son sus cortinas y sus tapices; los zarzales, verdes o secos, y horribles espinares, son sus parques y vergeles, sus paseos y bulevares; los charcos y aguas, siempre estancadas, les proporcionan enormes espejos y salones enteros de cristal.<sup>209</sup>

En todo esto consisten los tesoros y riquezas de los californios, con los que pasan los días de su vida en perfecta salud, y con más grande sosiego, tranquilidad y buen humor, que miles y miles de hombres de Europa que nunca ven el fin de sus riquezas y que apenas pueden con las cuentas de sus monedas antiguas y modernas.

Es muy cierto que California tiene sus espinas, pero estas no molestan ni lastiman con tanta frecuencia, ni tan hondamente los pies de los californios, como aquellas otras que guardan los corazones de sus dueños, por medio de punzantes congojas, conforme a lo que está escrito en San

---

209 La comparación irónica de las “miserias” californianas con la riqueza que Baegert atestiguó en las cortes europeas deriva en algo que Raúl Antonio Cota no duda en denominar “sensibilidad poética”, remitiéndonos a la apropiación fenomenológica de los grandes espacios californios. Sin embargo, más que lirismo o una intención conscientemente estética, el religioso parece guiarse por lo que el propio Cota denomina “una extraña y fascinante comicidad”, según puede leerse en *op. cit.*, pp. xv-xvi.

Lucas 8, 14;<sup>210</sup> sin tomar en cuenta las muchas heridas mortales que asestan, por medio de los abusos que se cometen con ellas. Así es que la extremada pobreza de los californios y la absoluta falta de todas las cosas que a nosotros nos parecen indispensables para la vida humana, nos dan una demostración, de ninguna manera despreciable, que nos enseña cómo la naturaleza se conforma con tan poco y cómo con tan poco puede uno mantenerse; y que, por tanto, no es la miseria, sino una opulencia inmoderada y un exceso de lujuria, las que han inventado miles de cosas, cuyo valor, tantos indigentes podrían y deberían ser alimentados y arropados.<sup>211</sup>

Todos los oficios y las artes que sus antepasados podrían haber sabido, y a los que quizá estuvieron acostumbrados, así como también todas las herramientas cuyo uso podrían haber conocido, ya han caído en desuso y en olvido entre todos los americanos y, por consiguiente, también entre los californios. Arcos y flechas son los únicos cuyo uso y arte de elaborar, han quedado y se han conservado, porque todos tienen necesidad de estos últimos y han menester de su manejo para su defensa y sustento.

## **De los alimentos, arte culinario y glotonería de los californios**

A pesar de lo árido del suelo de California, ningún californio se muere de hambre, sólo que sea un enfermo en el campo y lejos de la misión, ya que los sanos suelen preocuparse bien poco de los enfermos, aunque sean sus propios maridos, mujeres u otros parientes cercanos; o si se trata de una criatura que haya perdido prematuramente a su madre, o a su padre

---

210 La versión *Reina Valera* de esta cita dice: *Y la que cayó entre espinos; éstos son los que oyen; mas yéndose, son ahogados de los afanes y las riquezas y los placeres de esta vida, y no llevan fruto.* En tanto, una interpretación más contemporánea, tomada de la *Nueva Biblia de los Hispanos*, afirma: *La semilla que cayó entre los espinos, son los que han oído, y al continuar su camino son ahogados por las preocupaciones, las riquezas y los placeres de la vida, y su fruto no madura.*

211 La conformidad con la pobreza no es sólo una enseñanza bíblica que se refleja especialmente en los Evangelios, sino también el fundamento esencial de una vertiente ascética adoptada durante los primeros siglos de la era cristiana con la finalidad de lograr el alejamiento de los placeres y tentaciones del mundo para mejor acercarse a Dios. El estoicismo de los jesuitas, que les permitió resistir y perseverar en condiciones muy adversas a la evangelización californiana, indudablemente retoma sus fundamentos éticos y filosóficos de dicha tradición.

también, porque en ese caso ocurre que no hay nadie que la atienda; algunas veces, ni su propio padre se interesa por su criatura o se presta para dispensarle el más insignificante servicio caritativo.

Aquí pido permiso a mi más humilde lector, para agregar algo verdaderamente atroz y asqueroso, como quizá no se haya sabido nada parecido de ningún pueblo del mundo; lo relato sólo porque es la mejor evidencia, no sólo de la miseria de los californios, sino también de su voracidad y de la inmundicia en que viven. En la primera parte de estas Noticias, capítulo seis, he hecho saber que las pitahayas encierran una gran cantidad de semillas, como granos de pólvora, que el estómago, sin que sepa yo el porqué, no puede digerir y que las evacua intactas. Para aprovechar estos granitos, ellos juntan en la época de las pitahayas, todos los (c. lic.) excrementos y recogen de ellos la mencionada semilla, tostándola y moliéndola para comérsela entre bromas; lo que llaman los españoles la segunda cosecha o la de repaso. Ahora, si esto lo hacen por necesidad, por glotonería o por amor a las pitahayas, me abstengo de decidir; es muy posible creer que sean los tres motivos los que los conducen a tal asquerosidad. Se me hizo difícil dar crédito al informe que sobre esto me dieron, pero he tenido que verlo varias veces y sé que no pueden, desgraciadamente, desistirse de esta costumbre muy arraigada, como tampoco de otras parecidas.<sup>212</sup>

Los californios no saben nada de lo que en otras tierras se entiende por cocinar, guisar o asar; en parte, porque carecen de los trastos necesarios y de los conocimientos indispensables para fabricarlos; en parte, porque se les haría largo el tiempo si tuviesen que esperar tres o cuatro horas a que estuviera cosido o asado un pedazo de carne. Por eso, ellos queman,

---

212 La descripción escandalizada de la “segunda cosecha” es uno de los detalles más anecdóticos y pintorescos de la crónica californiana en su conjunto, pues expresa de manera muy palpable y hasta cómica la enorme distancia que separa dos culturas y mentalidades enfrentadas durante la época misional: por un lado, los indígenas, para quienes la categoría de lo “asqueroso” es ajena y adversa a la enorme astucia que desplegaron para aprovechar íntegramente los diversos recursos que les ofrecía su entorno, tanto en épocas de escasez como abundancia. Por otro lado, los europeos, contaminados por una interminable cantidad de prejuicios, que además de impedirles comprender al *otro* que pretendían evangelizar, tampoco les facilitaron adaptarse a las condiciones ambientales. Un lector moderno inevitablemente reacciona ante esta anécdota de una forma muy similar a como lo hicieron los cronistas de hace varios siglos, y ello nos permite también entender, de una forma muy simple, hasta qué punto los prejuicios y visiones parciales de la cultura, que constituyen una especie de velo ocultando el verdadero rostro de los californios, han sobrevivido hasta nuestros días.

chamuscan y tuestan en la lumbre todo lo que no comen crudo. De modo que botan simplemente al centro de la lumbre, o a las flamas o sobre las brasas, la carne o el pescado, pájaros, serpientes, ratones o murciélagos, como si fuesen pedazos de leña; allí los dejan un cuarto de hora, humeando y sudando. El asado que resulta, está negro y quemado por fuera, crudo y chorreando sangre por dentro.

El áloe o mezcal, como le llaman los mexicanos y los españoles, necesita más tiempo y cuesta más trabajo prepararlo. Primero se quitan todas las pencas, y luego, los cogollos tienen que estarse asando algunas horas; en seguida, los californios los entierran, doce o veinte juntos, en un agujero muy hondo, y allí los cubren con cenizas y piedras calientes y tierra. Doce o catorce horas después, al día siguiente, sacan al muerto. Entonces, las cabezas de áloe, que antes estaban blancas, se han vuelto color de oro y muy tiernas. No es comida mala y varias veces me he servido de ella, sea por necesidad o en lugar de la fruta a la hora del postre; pero a los que no están acostumbrados a este manjar, les causa fácilmente un poco de diarrea y les deja la boca algo áspera durante varias horas.<sup>213</sup>

Los californios, para nada tienen una hora fija. Comen cuando tienen algo que comer y cuando les da la gana, la que raras veces suele faltarles. Nunca he preguntado a uno de ellos, (a pesar de que vi que su barriga estaba tiesa, como dicen ellos), que si tenía hambre y no ha habido ninguno que haya contestado afirmativamente. Lo que menos acostumbran es, comer al medio día, porque ya a tempranas horas se encaminan para buscar provisiones y no regresan al hogar de donde han salido, sino hasta ya entrada la tarde o la noche, (si es que piensan volver a este mismo lugar, o a donde de otra manera se propongan establecer su posada.) De modo que durante todo el día andan vagando por aquí y por allá, buscando comida, y al medio día no tienen nada que masticar ni tiempo para prepararlo, porque no piensan en hacer economías para el día siguiente; y si

---

213 Hasta donde se sabe, el aprovechamiento nutricional del agave no incluía, para los indígenas, su destilación o fermentación, como aclara el propio Baegert más adelante. Sin embargo, a partir de la época misional, la elaboración de vinos y mezcales artesanales por parte de los colonizadores fue una tradición que pervivió hasta hace muy poco tiempo (mediados del siglo XX, para el mezcal) y hasta la actualidad para el caso del vino. Al respecto, vale la pena consultar *Los últimos californios*, de Harry Crosby, donde se describen dichas prácticas entre los rancheros.

por casualidad ha sobrado algo en la tarde, esto se lo tragan en la noche, si acaso despiertan o, si no, en la mañana, antes de dejar el campamento.

## De los matrimonios y crianza de los niños entre los californios

Una vez que los jóvenes californios encuentran un buen partido, no pierden tiempo en esperar la boda; es más, algunas veces piden con energía, sobre todo las muchachas, que el misionero les consiga un marido antes de alcanzar la edad que la ley exige para el matrimonio, o sean los doce años. No obstante, si he dicho “encuentran un buen partido”, esto se refiere a los jóvenes de ambos sexos, porque la queja más común en todas las misiones, con excepción de una, era que el número de hombres superaba marcadamente al de las mujeres.

Poco hay que averiguar cuando se presenta una pareja para el casamiento, y poco se fija uno en la conducta o el carácter de la persona que está por recibir la bendición nupcial. Y realmente, para confesar la verdad, no pueden hacerse grandes distinciones entre ellos, ni escoger mucho, en cuanto a sus prendas del intelecto o del corazón. No sé si jamás alguien se ha casado en California, en cuya persona, sea novia o novio, haya sido posible descubrir algo de las cinco cualidades primera, segunda, cuarta y quinta del conocido verso latino: *Sit pia*,<sup>214</sup> etc. Con mucho más frecuencia se tropieza con el llamado *impedimentum affinitatis*,<sup>215</sup> por cuyo motivo muchos matrimonios no llegan a realizarse, si no es que se les puede conceder el recurso de la dispensa. Pero en realidad, y haciendo a un lado todo esto, al casarse con quien sea, ellos tienen la certidumbre de casarse de todos modos con sus semejantes, en cuanto se refiere a inteligencia,

214 Las caracterizaciones (especialmente femeninas) promovidas por los *carmina epigraphica*, y retomadas por la tradición cristiana valoran altamente cualidades como la castidad, inocencia, sabiduría, pulcritud y sensatez, entre otras; aunque es preciso aclarar que desconozco específicamente el contenido del verso latino al cual hace referencia Baegert.

215 El mencionado impedimento se refiere a la imposibilidad de unir en matrimonio a parientes consanguíneos hasta en segundo grado: *impedimentum affinitatis ex copula illicita ultra secundum gradum...*, según consigna el religioso Ludovico Engel en su tratado sobre derecho canónico publicado en el año de 1723, en Venecia.

virtudes, conducta y riquezas; por consiguiente, siempre cumplen con el precepto: *Si vis nubere, nube pari*.<sup>216</sup>

Parece que no son muchos entre ellos los que contraen matrimonio para la finalidad para la que Dios lo ha consagrado. Lo que ellos buscan, es algo seguro, y, además, el hombre quiere tener su criada para poder darle órdenes, aunque este mando no es para tanto, ni la mujer lo toma muy a pecho.

Siempre que yo los unía en matrimonio, costaba mucho trabajo que el novio aprendiera primero, cómo colocar en el dedo correspondiente el anillo de boda que yo tenía para estos casos, y, después, que efectivamente lo hiciera en el momento de la ceremonia. Tan pronto como terminaba este acto, el hombre se iba v. g. al oriente y la mujer recién casada al poniente, para buscar sus alimentos, cada quien por su lado, como si esta fecha no tuviese más importancia para ellos que cualquier otra, y sin volver a encontrarse durante todo el día; la causa de lo cual es, sin embargo, fácil de adivinar para uno que los conoce.

Así como lo hacen el primer día de su matrimonio, así lo hacen al día siguiente y siempre en lo adelante, es decir, siguen vagando el hombre y la mujer por aquí y por allá, por donde a cada uno le venga en gana; por semanas no viven juntos, sin ponerse para ello de acuerdo, sin permiso mutuo. Con respecto a sus alimentos, el hombre no cuida de la mujer, ni la mujer del hombre, ni ninguno de los dos de sus hijos, si es que los tienen ya un poco crecidos. Los dos cónyuges comen lo que tengan, cuándo y dónde los hallen, sin preocuparse de la otra parte ni de los hijos.

En los días anteriores a la época en que recibieron el bautismo, cada hombre tomaba varias mujeres como podía y como quería. No les importaba nada el cariño, ni la gravidez. Hace pocos años, se pudo averiguar que un hombre contaba a su propia hija entre sus esposas; por lo menos así él mismo lo creía. También en aquellos tiempos se juntaban sin ceremonia alguna, y ni siquiera tenían en su idioma una palabra para “casar”. (...) En aquel entonces, nadie vivía sin cometer diariamente adulterio, y esto sin temor, ni vergüenza alguna, de modo que su vida conyugal no se parecía

---

216 La sentencia es de Ovidio y reza: *Si vis apte nubere, nube pari*; es decir: *Si quieres bien casar, cástate con tu igual*.

en nada a un verdadero matrimonio, pues en el fondo más bien era un negocio común a todos, y los celos constituían una bestia desconocida para ellos, hasta el grado de que las diversas tribus vecindadas llegaban a visitarse frecuentemente entre sí, con el propósito único de pasar algunos días en una pública convivencia licenciosa, y en estas ocasiones nada tenía precio para nadie.

Nada hay que cause menos molestias o preocupaciones a los californios que la educación de sus hijos. Toda la crianza se concreta a alimentarlos mientras no sean capaces de buscarse su sustento por cuenta propia, es decir, el de desenterrar raíces, atrapar ratones y cazar serpientes. Una vez aprendido todo esto, y tan pronto como tengan las fuerzas suficientes para ello, resulta lo mismo para los jóvenes californios tener padres que no tenerlos, porque pueden hacer lo que quieran o portarse de la manera que les convenga, pues de sus padres no tienen que esperar o temer ni enseñanza, ni advertencia, ni cuidado, ni castigo, ni órdenes, ni preceptos, ni mohinas, ni buen ejemplo.

¡Que Dios quiera iluminar aún más a los californios y que guarde a Europa de tal crianza de los niños, que, en parte, corre parejas con los planes que el infame soñador J. J. Rousseau ha ideado en su “Emile”, así como con la moral de algunos filósofos modernos de la cofradía de los canallas! Quieren estos, que se dé rienda suelta a las pasiones e instintos y que no se empiece con la educación de los niños, en cuanto toca a la religión, la fe y el temor de Dios, antes de los dieciocho o veinte años. Lo que mirándolo bien y a la luz del día, quiere decir tanto como relegarla al olvido o, conforme a la bonita usanza de los californios, abandonarla por completo.<sup>217</sup>

---

217 Baegert argumenta hábilmente en contra de la educación liberal propuesta por Rousseau para “enseñar al hombre a ser feliz aquí y ahora” como alternativa frente al “temor de Dios” inculcado por la Iglesia, utilizando como ejemplo de la ausencia del “temor de Dios” a los californios; es decir, mostrando a la nueva moral laica, fundada en los valores racionales de la Ilustración como un camino de retroceso hacia estadios “primitivos” de la humanidad.

## De las enfermedades y medicinas de los californios; cómo mueren y cómo se entierran

A pesar de su mala alimentación y sus muchísimas penalidades, los californios raras veces caen enfermos. Son, como ya he dicho, por regla general, gente fuerte, maciza y mucho más sana que miles de otros hombres, a quienes se sirve todos los días con abundancia lo que codicia su corazón y lo que alcanzan a prepararles los cocineros de París. Muy probable es que la mayoría de ellos, después de haber resistido el bárbaro trato de su niñez, alcanzarían una edad muy avanzada, si supieran moderarse en sus glotonerías, sus correrías, sus baños y en ciertas cosas, en las que acostumbran excederse.<sup>218</sup>

Poco están expuestos a la enfermedades que se conocen en Europa y en donde sí hacen grandes estragos, con excepción de la tisis y de aquella enfermedad que fue transmitida de América a Nápoles y de allí a otros países. No se ve ni se oye nada de gota, apoplejía, hidropesía, escalofríos, tifo, etc.

No tienen en su idioma la palabra “enfermedad”, ni otras con las que podrían señalar ciertas enfermedades en concreto. Pero “estar enfermo” no lo llaman de otra manera que *atembàtie*, que es “echarse o estar acostado en el suelo”, y esto, a pesar de que todos los californios sanos, cuando no están efectivamente ocupados en comer o buscar su comida, también se acuestan o descansan en el suelo. Al preguntársele a un enfermo ¿qué te pasa?, comúnmente se recibe la contestación: me duele el pecho; y esto es todo.

Igual que sucede con todos los otros americanos, los californios deben la viruela negra a los europeos. Entre ellos, esta enfermedad resulta tan contagiosa como la más terrible peste. Un español que apenas se había aliviado de la viruela, regaló un pedazo de paño a un californio, y este jirón costó, en una pequeña misión y en sólo tres meses del año de 1763, la vida de más de 100 indios, sin contar los que se curaron gracias al infa-

---

218 La afirmación de Baegert acerca del excelente estado físico de los californios, por supuesto, desmiente y contradice cualquier presunción acerca de su ignorancia o “bestialidad”; no obstante, hay que tomar en cuenta que para el jesuita la “salud” espiritual de los nativos no era menos sino más importante que la física.

tigable empeño y los cuidados del misionero. Nadie se hubiera escapado del contagio, si el principal núcleo de ellos, al darse cuenta del contagio, no hubiera puesto pies en polvorosa, alejándose del hospital hasta una distancia más que suficientemente grande.<sup>219</sup>

La paciencia de los californios es algo que realmente llama la atención. Apenas se les oye dar un suspiro, no importa que miserables y adoloridos estén echados en la tierra desnuda. Miran sus llagas y heridas sin espantarse y dejan cauterizarse u operar, y hasta ellos mismos se cortan la carne, cuando se les ha clavado una espina, como si fueran insensibles, o como si la operación se practicare en otra persona. Por lo demás el síntoma que por lo regular indica que la muerte se acerca, es cuando pierden el apetito.

Sus cirujanos y médicos de cabecera no tienen que estudiar mucho, y sus boticas siempre están vacías. No importa el estado que guarde el enfermo, la medicina que se le aplica, –si es que se deja–, siempre consiste en ligar fuertemente con un cordel o una soga, la parte del cuerpo que le duele, sea el pecho o la barriga, el pie o el brazo. De vez en cuando, se hace también uso de una especie de sangría, practicando con una piedra filosa unas cuantas pequeñas incisiones en cualquier parte del cuerpo y hasta en la cara misma o en los tumores. De estos rasguños sacan un poco de sangre para obligar a la enfermedad a emprender la retirada.

Además de los dos mencionados remedios naturales todavía acostumbra acogerse a otro remedio sobrenatural que seguramente nunca ha curado a nadie. Es el caso que muchos entre ellos se las echan de curanderos, pero que, en el fondo, no son más que estafadores. Pero los indios son tan ingenuos que creen ciegamente en ellos, y en cuanto se sienten indispuestos, mandan llamar a uno, dos o más de esos bribones. Los charlatanes lamen y chupan al enfermo, y con un tubito le soplan un rato, hacen unas muecas, pronuncian unas frase entre dientes que ellos mismos no entienden y al fin, después de mucho jadear y batallar,

---

219 Este dramático aserto nos demuestra que los evangelizadores jesuitas estaban conscientes, hasta donde sus conocimientos lo permitían, del devastador efecto demográfico ocasionado por las epidemias traídas de Europa, y que lejos de mostrarse indiferentes ante este indeseable efecto de su presencia en el “Nuevo Mundo” hicieron lo posible –claramente insuficiente, sino es que francamente ocioso– para paliarlo. Es claro que en este caso los “atrasados” nativos fueron muy prevenidos al reconocer el mencionado y bienintencionado “hospital” como lo que era: un peligroso foco de contagio.

enseñan al enfermo un pedazo de pedernal u otra cosa, que han traído oculta, y anuncian que ahora ha quedado removida la causa del mal que no ha sido otra cosa que dicho pedernal, y que la raíz de la enfermedad ha sido arrancada del cuerpo por completo. Un buen día, di su merecido a doce de estos embusteros, y todo el pueblo tuvo que prometerme que ya no haría caso de ellos en lo futuro, amenazándolo, en caso contrario, con no predicarle ya, etc. Pero apenas se enfermó, pocas semanas después, uno de los jefes de ellos, quien en primer lugar y en presencia de todos me había dado su palabra de abjurar del diablo, luego mandó llamar al flautista para que cumpliera con su cometido.<sup>220</sup>

## **Del carácter, costumbres y naturaleza de los californios**

Por regla general, puede decirse de los californios que son tontos, torpes, toscos, sucios, insolentes, ingratos, mentirosos, pillos, perezosos en extremo, grandes habladores y, en cuanto a su inteligencia y actividades, como quien dice, niños hasta la tumba; que son gente desorientada, desprevenida, irreflexiva e irresponsable; gente que para nada puede dominarse y en todo siguen sus instintos naturales, igual a las bestias.

Pero a pesar de todo, ellos son seres humanos y verdaderos hijos de Adán, como todos los americanos, y no se han formado de tierra o de las piedras, como el musgo o las hierbas, (como quiere hacer entender cierto librepensador, más desvergonzado que todos los americanos juntos); yo, por lo menos, no he visto a ninguno formarse de tal manera, ni he oído nada auténtico acerca de esto. Ellos tienen razón e inteligencia, y mi opinión es que, si se les mandara en su infancia a Europa, los niños a los seminarios colegios y las niñas a los conventos de monjas, progresarían en modales, virtudes, artes y ciencias, iguales a los europeos, porque así ya ha quedado demostrado en otras provincias americanas; que su estupidez bestial no les es innata, sino que su inteligencia, poco a poco, llegaría a desarrollarse, al igual que sucede con otros niños, y que aumentaría con los años.

---

220 El apego de los californios a sus usos y costumbres, a pesar de la intentona evangelizadora, queda plenamente documentado, así como la natural disputa de los jesuitas con los “guamas”, chamanes o “curanderos”, y la autoridad que estos ejercían con base en el conocimiento y la transmisión de sus tradiciones ancestrales.

He conocido algunos entre ellos que aprendieron un oficio en poco tiempo y hasta observando simplemente el trabajo de los artesanos; pero también hubo otros que me parecieron, después de 12 y más años, mucho más irracionales que cuando los conocí al principio de mi presencia en su país. Por consiguiente, han recibido de Dios y la naturaleza sus dones y talentos, solo que estos, por falta de ejercicio, quedan enmohecidos y se enmohecen cada día más. Tal vez contribuye a este hecho, además de su modo bestial de vivir, el que, desde que nacen, llevan la cabeza siempre descubierta, no sólo durante el frío de las noches, sino también bajo el bárbaro calor del día. Por eso, es más que cierto que son muy torpes, groseros y de una inteligencia muy lenta, y que cuesta gran trabajo, mucho tiempo y más paciencia, inculcarles una doctrina cristiana; que puede uno pronunciar ante ellos doce y más veces unas cuantas palabras, sin que sean capaces de reproducirlas y repetirlas.<sup>221</sup>

Su arte de contar y hacer cálculos sólo llega a seis, y entre algunos nada más hasta tres, así que nadie entre ellos sabe ni puede decir cuántos dedos tiene. La causa de esto estriba en el hecho de que no poseen nada que valga la pena de contar. Les importa bien poco que el año tenga seis o doce meses o el mes tres o treinta días, porque entre ellos siempre es día de fiesta o San Lunes. Tampoco les importa que tengan un niño o ninguno o dos o doce, porque doce ni les cuestan más ni les originan más trabajo que dos, y porque la herencia que corresponde a cada hijo, no disminuye en lo más mínimo por lo numeroso de los hermanos; y así sucesivamente con todas las cosas. Y aun en el caso de que tengan interés en esto o en lo otro, sea mucho o poco, no les importa lo que sepan o puedan decir, qué mucho o qué poco realmente, porque no tienen que hacer cuentas ni son responsables ante nadie.

---

221 A resultas del gran choque cultural que representó la implantación del régimen misional en California hubo, como ya se ha consignado, genuinas rebeliones que culminaron con la muerte de sacerdotes y la intervención militar española, pero también es muy probable que los nativos hayan ejercido permanentemente formas sutiles de resistencia a la aculturación, tratando sólo de beneficiarse de aquellos elementos que percibían como positivos a partir de la presencia colonizadora –por ejemplo, la disponibilidad de alimentos dentro de las misiones–, sin que ello les impidiera mostrarse refractarios a platicar, compartir y adoptar rituales, prácticas y costumbres religiosas.

No es fácil que alguno de ellos confiese un crimen, si no es que se le coge *in fraganti*, porque ellos no comprenden la evidencia de los argumentos y como una cosa resulta de la otra, y porque no les da vergüenza decir mentiras. Así se explica por qué aquel ladrón del pan no quiso confesar su segundo hurto; mientras él se comía dos panes, había escondido debajo de una piedra, la carta de su misionero, a quien conforme al contenido de ella, tenía que llevar 4 panes.<sup>222</sup>

La indolencia, el mentir y el hurtar, estos son los tres vicios innatos y los tres pecados originales de ellos. No son los californios gente en cuyas palabras se puede tener confianza. De un aliento, le dicen a uno seis veces sí y seis veces no, sin sentirse avergonzados y sin darse cuenta siquiera de que se están contradiciendo. No trabajan absolutamente nada, y por nada en el mundo quieren preocuparse de lo que no es indispensable para saciar su hambre; y esto, sólo cuando ya la tienen encima o los esté amagando. Por consiguiente, cuando hay que hacer algún trabajo en la misión, nunca se hace nada si no anda uno tras ellos incesantemente y por todos lados. El resultado es que hay enfermos todos los días y hasta que no acaba la semana. Acostumbraba yo llamar el domingo día de los milagros, porque el domingo recobraban infaliblemente la salud todos los que durante la semana habían estado gravemente enfermos.

Los californios podrían mejorar su suerte mucho, si quisieran ser un poco más activos y laboriosos, porque hay lugares donde podrían sembrar unos puñados de maíz, algunas calabazas y un poco de algodón; también podrían tener sus pequeños rebaños de chivos u ovejas y hasta ganado mayor; con la piel de venado, que saben muy bien preparar, podrían hacer jubones y abrigos. Pero no hay que abrigar la esperanza de que lo hagan. No piensan comer palomas, si no les vienen volando, ya asadas, a la boca. Trabajar hoy y recoger el fruto de sus esfuerzos tres meses o medio año después les parece una idea inaguantable. En suma, los trigueños

---

222 Este episodio ya fue relatado por otro autor en este mismo libro. El pensamiento lógico de los jesuitas es contrastado aquí con el analógico de los californios: mientras para los primeros una carta es sólo un objeto que transmite información, para los segundos es un *agente* que representa y simboliza a su emisor y/o destinatario.

californios, primero se volverán blancos que cambiar sus costumbres y modo de vivir.<sup>223</sup>

Los californios son tremendos corredores. Con gusto les hubiera entregado mis tres caballos para que se los comiesen, si hubiera podido caminar a pie como ellos. Pero, en mis viajes, me cansaba yo siempre mucho más a caballo que ellos a pie. Ellos caminarán hoy veinte horas y regresarán al lugar de donde salieron sin demostrar mucho cansancio.

Ahora, en cuanto a las costumbres y la conducta, con referencia al cristianismo, no me es posible elogiar gran cosa a los californios, entre los que he vivido 17 años, y a quienes, por consiguiente, me ha sobrado tiempo para estudiar; al contrario, tengo que decir, con mi más grande aflicción, que no sólo muchos otros recursos de que me he servido, sino también la semilla misma de la Divina Palabra, han dado muy poco fruto entre ellos, pues, esta semilla caía en corazones que ya estaban endurecidos en el mal desde su más tierna infancia o desde los tiempos de su juventud, por la seducción y por el mal ejemplo. Ni el celo más ardoroso de los misioneros podrá ser suficiente para guardarlos de esta seducción. Las oportunidades para el mal, entre viejos y jóvenes, son innumerables y se presentan diariamente. Los padres mismos dan el ejemplo, y los soldados españoles, los pastores y unas cuantas pocas personas más que llegan al país de paso o para dedicarse a las minas o a la pesca de perlas, contribuyen mucho a alimentar el mal. Y en el corazón de los californios no existe ninguno de aquellos dispositivos humanos, ni ninguno de los motivos naturales o temporales que, en otras partes, contienen a la gente dentro de los confines de la honestidad y que, de esta manera, permiten la libre entrada y, por decirlo así, abren la senda a los motivos sobrenaturales y a la Gracia e Inspiraciones Divinas.<sup>224</sup>

---

223 El tono de Baegert ha sido injustamente interpretado como “calumnioso”, cuando en realidad corresponde fielmente a la amargura y decepción del religioso ante la tarea no concluida, el proyecto no realizado que comenzó en 1697 el padre Juan María de Salvatierra, con grandes expectativas de las cuales, tanto el propio Baegert como el resto de sus colegas fueron violentamente arrancados.

224 El jesuita parece sincero y autocrítico al elucidar que buena parte del fracaso del régimen misional se debió a las fallas, mala fe o ignorancia de quienes encabezaron o acompañaron este proyecto.

## De ciertas costumbres y modo de vivir de los californios

Por no haber tenido los californios entre sí ninguna policía, ni gobierno, ni nada que se pareciera a la religión, (lo cual se explicará detalladamente en este capítulo); pero, en cambio, sí haber llevado una vida verdaderamente bestial, no habrá aquí nada de extraordinario que informar o contar respecto a sus costumbres, motivo por el cual tengo que suplicar al lector se conforme con algunas pequeñeces y varias usanzas de otra índole, como son las que he podido observar en mis feligrases.

En tiempos anteriores, perforaban con una varita puntiaguda las peyllas de las dos orejas a los recién nacidos del sexo masculino y seguían ensanchando paulatinamente estos agujeros por medio de huesos o pedazos de madera, que metían en ellos, de modo que algunos viejos resultaban con las orejas, colgándoles hasta los hombros. Hoy en día ya han abandonado esta costumbre, pero en cambio, siguen todavía con la asquerosa práctica de lavarse con (c. p. d. Ud.) orina, lo que a veces se nota, cuando se acercan mucho a uno en el confesionario. Lo hacen, en parte, por la escasez de agua, en parte, por indolencia, por ser demasiado perezosos para ir a buscarla, aunque la tengan muy cerca, o por parecerles a veces la temperatura muy fría.<sup>225</sup>

No saben lo que realmente significa un año, ni dónde empezarlo, no cómo terminarlo; por eso, cuando quieren decir, v. g., “un año” o “en este año”, los californios de la lengua guaicura, entre los que yo vivía, tienen que decir “ya pasó un Ambía” o “esta Ambía”, lo que en su idioma significa pitahaya (...). Por consiguiente, “3 pitahayas” significa entre ellos tanto como 3 años; pero sólo raras veces se valen de esta frase, en virtud de que entre sí apenas hablan del año o de los años, porque solamente dicen “hace poco” o “hace mucho”; por eso, el tiempo transcurrido puede haber sido un año o veinte años, porque todo esto no les importa, De

---

225 La plena adaptación de los californios a su entorno no permitía concesiones con el “buen gusto” de los europeos. Todavía hoy en día la orina humana es recomendada como remedio natural contra las quemaduras y picaduras de animales, además de servir como un recurso de hidratación en condiciones extremas. Podríamos, en este caso, como en el de la llamada “segunda cosecha” considerar, sin exageración alguna, que el “reciclaje” tan de moda en nuestros tiempos, era y es una condición indispensable e inevitable para aprovechar adecuadamente los recursos disponibles y por ende sobrevivir ante los desafíos del desierto y el semi-desierto.

igual manera, tampoco hablan de meses, ni tienen palabra que indique “mes”. Pero la semana, la llaman a veces *ambujá*, que es “casa” o “el lugar donde uno reside”. Esta palabra la han dado a la iglesia por antonomasia: por tener que presentarse y quedarse cada tercera semana del mes en la misión y, por consiguiente, también en la iglesia, por eso llegaron a llamar la semana “casa” o “iglesia”.<sup>226</sup>

Los hombres se dejan crecer el cabello hasta los hombros, y las mujeres lo llevan mucho más corto y, en ciertas regiones, como los anabaptistas. Pero mientras guardan luto por un difunto, hombres y mujeres se lo cortan casi por completo. Antiguamente, el pelo cortado pertenecía a sus médicos y exorcistas, que lo usaban para fabricarse capotes de ceremonia y espantosas pelucas. Sus cuchillos y tijeras, no son más que piedras afiladas, con las que pueden cortar cañas, varas, pencas de áloe y también el pelo hasta la piel, o destripar y desollar al ganado. Con este mismo “bisturí” practican la sangría o la escarificación y suelen abrirse manos o pies para buscar una espina o astilla, haciéndose así campo para poder sacarla.

Cuando vienen a visitar a uno, cualquiera que sea el motivo, tienen la mala costumbre de no pronunciar palabra, y, al inquirir uno la causa de su llegada u objeto de sus deseos, su primera contestación es invariablemente “vâra”, que quiere decir “nada”. Nunca le dan a uno los buenos días, ni saludan a nadie, porque esto tendría cierto sabor a urbanidad, de la cual poseen bien poca; y para la cual no tienen palabra, así como tampoco ninguna que signifique saludo o saludar. Pero si se les regaña o de otra manera se les dice algo que no les gusta, entonces escupen a un lado y frotan o rascan la tierra con el pie izquierdo, para manifestar su mal humor.

---

226 La categoría del tiempo estaba claramente determinada por dos factores esenciales para la vida cotidiana de los californios, en tanto constituían grupos de cazadores-recolectores caracterizados por el nomadismo o semi-nomadismo: 1. Por una parte, la dependencia de los ciclos de reproducción y abundancia de ciertos vegetales (semillas, raíces, tallos, flores o frutos), destacando entre ellos la pitahaya; de la cual, según se ha visto, extraían valiosos nutrientes; y 2. por otra parte, y en estrecha relación con esta misma disponibilidad de los recursos naturales, el vínculo claramente definido entre tiempo y espacio, pues los periodos de tiempo, largos o cortos, de su vida se delimitaba por los periodos de desplazamiento o permanencia a lo largo de un territorio fluido. Los antropólogos contemporáneos han acuñado el término *fluidscapes* (“paisajes de la fluidez” o “paisajes en flujo”) para entender esta concepción “primitiva” del mundo, donde espacio y tiempo se funden, se con-funden, se integran.

Mientras existía entre ellos la poligamia, acostumbraban casarse con todas las hermanas, si había varias en una familia. Durante cierto tiempo, el yerno tenía prohibido mirarle la cara a su suegra y a otras mujeres de respeto de la misma familia, y tenía que hacerse a un lado y esconderse en presencia de estas damas.<sup>227</sup>

A pesar de que uno de ellos me dijo que, en tiempos anteriores, acostumbraban fracturar la espina dorsal a sus muertos antes de enterrarlos, y tirarlos a la fosa enroscados como una bola, con el pretexto de que, sin efectuar esta bestialidad, los difuntos resucitarían; yo personalmente he visto varias veces que les ponían zapatos a los cadáveres antes de llevarlos a la tumba, lo que más bien parece indicar que trataban de arreglarlos para un viaje o una salida. Pero, preguntándoles el por qué de esta antigua costumbre, no saben qué contestar.

Los individuos que quieren patentizar su amor y cariño hacia un difunto ante los parientes del muerto, sean su viuda o viudo, su padre o su madre, su hermano o su hermana, preparan una emboscada en el lugar en que están acampados los dolientes o por donde tiene que pasar, y se acercan poco a poco, arrastrándose, mitad parados, mitad sentados, y entonan un lóbrego y lastimoso “Hu-hu-hu”, es decir, un llanto seco, y se golpean la cabeza con piedras filosas y puntiagudas, hasta que la sangre les corre por los hombros.

Antes solían celebrar, y todavía celebran secretamente, muchos ritos y cultos supersticiosos con los muchachos púberes, muchachas casaderas, mujeres encintas, niños recién nacidos y parturientas, ritos de los que no me parece conveniente informar aquí.<sup>228</sup>

---

227 Sigmund Freud estudia varios casos de este tipo de prohibiciones rituales entre los “pueblos primitivos” y analiza sus implicaciones simbólicas, en *Tótem y tabú*; donde queda manifiesto que en sus orígenes este tipo de restricciones al contacto entre determinadas personas busca preservar la integridad del colectivo al cual pertenecen, evitando posibles conflictos que surgirían al emerger relaciones “ilícitas”, si bien resulta contradictoria su referencia al hacer memoria de que se acusa a los indígenas de mantener relaciones carnales hasta con sus propias hijas.

228 Es una lástima que los “escrúpulos” de Baegert le impidan consignar mayor información sobre la ritualidad de los californios, pero al menos resulta revelador que haga explícita esta autocensura, la cual, sin duda, opera a lo largo de todo el texto, en diferentes niveles y momentos. Es decir: no siempre el jesuita es consciente ni explícito respecto a sus prejuicios, pero de alguna forma nos muestra que dice y cómo lo dice.

También tienen sus canciones que llaman *ambéra didi*, y sus danzas que llaman *agènari*. Su canto sólo consiste en cuchicheos y exclamaciones inarticuladas, sin sentido preciso, que cada quien entona como le da la gana, para expresar su alegría y contento, porque ni su idioma, ni su inteligencia, permiten una verdadera poesía rimada. Y la danza que siempre acompaña a estas canciones, no es más que un extraño y absurdo gesticular, brincar y marchar; un ridículo caminar hacia delante, hacia atrás y en círculos. Sin embargo, este modo de divertirse les da tanta satisfacción, que pasan una media noche y hasta noches enteras bailando sin cansarse. En esto imitan a los europeos entre los que hasta ahora ha habido más gente que se ha matado, bailando durante el carnaval o en otras ocasiones, que de aquellos que han muerto a causa de su mucho rezar o ayunar en la cuaresma.

Estas canciones y estas danzas causan a primera vista la impresión de algo muy inofensivo, pero en el fondo, dan oportunidad a los más bestiales excesos, maldades y crímenes públicos, en gran número. Por tal motivo, les han sido prohibidas estrictamente, pero no es posible hacerlos desistir de ellas.

Siempre ha habido entre ellos brujos y hechiceros y todavía los hay, pero en verdad, les falta mucho para que merezcan este título. Hay evocadores y evocadoras del diablo, aunque nunca lo han visto; curanderos y curanderas de enfermedades que nunca curan; hacedores y hacedoras de pitahayas, aunque sólo son capaces de cogerlas y comerlas. En realidad, todos estos milagrosos y mujeres clarividentes no son otra cosa que una pandilla de tontos e ineptos, como los hay en todas partes, los que a veces se meten en una cueva, desde cuyo fondo hablan con la voz cambiada, para hacer creer a la gente que platican con quién sabe quién; que amenazan con hambres y enfermedades; que prometen ahuyentar o desviar la viruela negra u otras pestes. Anteriormente, cuando estos granujas presumidos hacían su desfile, ceremoniosamente atados con sus trajes de gala, se presentaban cubiertos de largos capotes, trabajosamente compuestos de puro cabello humano. Había muchísimos de ellos, porque los misioneros los han quemado en grandes cantidades en todas las misiones nuevas. La intención de los embusteros era procurarse el sustento de balde, sin tener que buscarlo trabajosamente en el campo, pues la gente boba les regalaba todo lo que podían y lo mejor que hallaban, para tenerlos de buen humor

y bien dispuestos. Hoy día, su influencia ya ha decrecido mucho, aunque los enfermos no dejan de confiar en ellos, como lo he hecho notar en páginas anteriores.<sup>229</sup>

Cabría en este capítulo decir y sería oportuno informar, sobre todo, lo relacionado con su sistema gubernativo y sobre la religión de los californios que tenían en los tiempos anteriores a su cristianización. Pero de estas dos cosas no sé decir más que no entendían ni jota del uno ni de la otra; de manera que no tenían ni autoridades, ni policía, ni leyes; que no conocían ni ídolos, ni templos, ni cultos, ni ritos, ni nada que se les pareciera; que no adoraban el verdadero y único Dios, ni creían en falsos dioses. Y en realidad, ¿qué autoridad puede existir, qué régimen puede haber, donde todos son iguales; donde nadie tiene más, ni puede tener más que su prójimo; donde cada uno y todos juntos no poseen otra cosa que su cuerpo, su alma y su piel morena; donde el niño, desde que sabe andar, ni siquiera obedece a sus padres, ni se siente impelido a obedecerles?

Donde no hay autoridad suprema, allí parece, no puede existir tampoco religión alguna, porque la religión exige que haya leyes y su aplicación. Este hecho es probablemente la causa de que todos los ilusos y ateos de nuestros tiempos profesen el mismo odio contra todo gobierno y autoridad, como contra toda religión; que no menos se atrevan a ultrajar la majestad, que burlarse de todo culto de Dios, y que con gusto verían, si las cosas se llevasen a tal extremo, que todo el mundo en Europa quedara al mismo nivel que California, y que se fundasen en lugar de los reinos, puras repúblicas californianas. Por supuesto, ningún hombre honrado envidiaría a estos señores su parentesco y confraternidad con una nación tan noble como fueron y aun son los gentiles californios, aunque hay que tener en cuenta que todavía los separa una enorme diferencia en lo que concierne a la religión: porque una cosa es, no saber nada de un Ser

---

229 La ritualidad de los *guamas*, sacerdotes o chamanes guaycuras fue probablemente heredera de las prácticas ceremoniales instauradas desde la época de composición de las primeras expresiones del arte rupestre (por lo menos hace 7,000 años, según ha consignado María de la Luz Gutiérrez para la cueva El Palmarito, cerca de la misión de San Ignacio, en la Sierra de Santa Martha, ubicada en la porción central de la península) y constituye una práctica muy singular, sino es que única en el mundo, tomando en cuenta que no se tiene noticia, por ejemplo, del uso de estas “capas” de cabelleras humanas en región alguna del planeta.

supremo y Eterno a base de pura maldad y razones ficticias que, a su vez, son el producto de razones deliberadas.<sup>230</sup>

Con mucho empeño he tratado de informarme con la gente entre la que yo vivía, y he hecho investigaciones por todas partes, para llegar a saber si antiguamente tenían una noción de el más leve indicio de Dios, o de su vida futura o de su alma, pero no pude hallar ni el más leve indicio de tales ciencias. Con esto concuerda perfectamente el hecho de que no poseen en su idioma, palabras ni para la una ni para la otra cosa, de modo que las palabras españolas Dios y Alma tienen que sustituirlas. Realmente, no era de esperarse otra cosa entre gente que sólo pensaba en comer y divertirse y que no acostumbraban meditar ni reflexionar en nada, que no miraban el sol, la luna, las estrellas y el resto del mundo, como no fuera a la manera que lo hacen las bestias; que, cuando algo les llamaba la atención por no tener relación directa con sus alimentos o diversiones, lo rechazaban bruscamente con un *aipekériri* que quiere decir “¿Quién sabe?” A mí también me mandaron siempre a paseo con un *vâra* o sea ¡No!,<sup>231</sup> cuando les preguntaba algo de esto, v. g., si nunca habían pensado en quién podría haber hecho el sol o la luna, o quién los mantenía y regía.

---

230 En este punto del texto, Baegert argumenta, con gran agudeza, que la “ignorancia de la religión” por parte de los californios no puede ser equiparada con la deliberada “ausencia de religión” practicada, a sus ojos, por una parte de los europeos ilustrados de su época (entiéndase que tanto aquellos que profesan una fe protestante como quienes, apoyados en el racionalismo de la Ilustración, no profesan una fe apegada a la ortodoxia).

231 La negativa de algunos indígenas ante las preguntas de Baegert o cualquiera de sus colegas puede y seguramente debe interpretarse llanamente como eso: una indisposición rotunda a compartir con esos *otros* intrusos e intolerantes sus creencias. Está plenamente documentado por parte de otros misioneros, como fray Luis Sales y algunos de los autores consignados en este mismo libro, que los diversos grupos humanos que habitaron California contaban con sus propias cosmogonías, mitos y prácticas religiosas, pero resulta natural que fueran renuentes a hablar de ellos ante quienes de manera constante los reprendían por adorar “a los demonios” o resistirse a la “verdadera” religión. Todavía hace falta un estudio más profundo y completo acerca de las diferentes formas de resistencia cultural adoptadas por los californios durante el periodo de la evangelización. “Mandar a paseo” a los religiosos seguramente fue una estrategia más prudente y socorrida que el recurso a las armas, sin que ambas prácticas se excluyeran.



## Bibliografía

- Alcalá, Luisa Elena. *Fundaciones jesuíticas en Iberoamérica*, Madrid, El Viso, 2002.
- Alfaro, Alfonso, “La redondez de la tierra”, en “Misiones jesuitas”, *Artes de México*, No. 65, junio de 2003, México.
- Altable, Francisco. *La California en los caminos de la expansión española*. Editado por Dení Trejo Barajas, Edith González Cruz y María Eugenia Altable Fernández. CONACYT, UABCS. SEP de BCS ed. Vol. 2, “Historia General de Baja California Sur: Los Procesos Políticos.” México, Plaza y Valdes, 2003.
- Andrés, Melquíades. *Historia de la mística de la Edad de Oro en España y América*, Madrid, Biblioteca de Autores Cristianos, 1994.
- Aschmann, Homer. *The Central Desert of Baja California: demography and ecology*. Vol. 42, U. of Calif. P, Berkeley, 1959.
- Baegert, Juan Jacobo. *Noticias de la península americana de California*. Introducción por Paul Kirchhoff. Traducción Pedro Heindrichs. Editor Elizabeth Acosta Mendía. México, AHPLM, 2013.
- Baldini, Ugo. *Saggi sulla cultura della Compagnia di Gesù (secoli XVI-XVIII)*, Padua, CLEUP, 2000.
- Barth, Fredrik. *Introducción. Los grupos étnicos y sus fronteras: la organización social de las diferencias culturales*. Editado por Fredrik Barth. Fondo de Cultura Económica, México, 1976.
- Bourdieu, Pierre. *El sentido práctico*. Buenos Aires, Argentina, 2007.
- Clavijero, Francisco Xavier. *Historia de la Antigua o Baja California*. Editorial Porrúa, México, 1975.

- Conkey, Margaret W. *To find ourselves: art and social geography of prehistoric hunter gatherers*. Editado por C. Schrire, en "Past and present", en *Hunter-Gatherer Studies*. Academic Press, Nueva York, 1984.
- Crosby, Harry W. *Antigua California. Mission and colony on the peninsular frontier, 1697-1768*, University of Nuevo México Press, Arizona, 1994.
- Del Barco, Miguel, *Historia Natural y Crónica de la Antigua California*, ed. Miguel León-Portilla, UNAM, México, 1973.
- De Sales, Luis. *Noticias de la provincia de Californias*. Estudio introductorio y notas de Salvador Bernabéu Albert. Colección de documentos sobre la historia y la geografía del municipio de Ensenada. Fundación Barca, Restaurant La Finca, Lecturas Californianas, Ensenada, Baja California, 2003.
- Del Río, Ignacio. *A la diestra mano de las Indias*. Gobierno de BCS, La Paz, 1985.
- \_\_\_\_\_. *Conquista y aculturación en la California jesuítica (1697-1768)*, UNAM, 1984
- Del Río, Ignacio y María Eugenia Altable Fernández. *Breve historia de Baja California Sur*. Editado por Alicia Hernández Chávez, Series Breves Historias de los estados de la República Mexicana. Colegio de México, Fideicomiso Historia de las Américas, 2000.
- Díaz, Marcos. *Arquitectura en el desierto. Misiones jesuitas de Baja California*. UNAM, México, 1986.
- Eliade, Mircea. *Tratado de historia de las religiones*. Biblioteca Era, México, 1972.
- Giménez Montiel, Gilberto. "Teoría y análisis de la cultura." *CONACULTA, México*, 2005.
- Habermas, Jürgen. *Fundamentos prepolíticos del Estado democrático de Derecho*, 2005.
- Heidegger, Martin. *El ser y el tiempo*. Fondo de Cultura Económica, Buenos Aires, 2009.
- Hernando, Almudena. *Arqueología de la identidad*. Vol. 1, Ediciones Akal, 2002.
- Hinojosa Oliva, Salvador. *La arquitectura misional en Baja California Sur*. Gobierno del estado de Baja California Sur, La Paz, Baja California Sur, 1984.
- Ingold, Tim. *The perception of the environment: essays on livelihood, dwelling and skill*. Routledge, Londres y Nueva York, 2000.

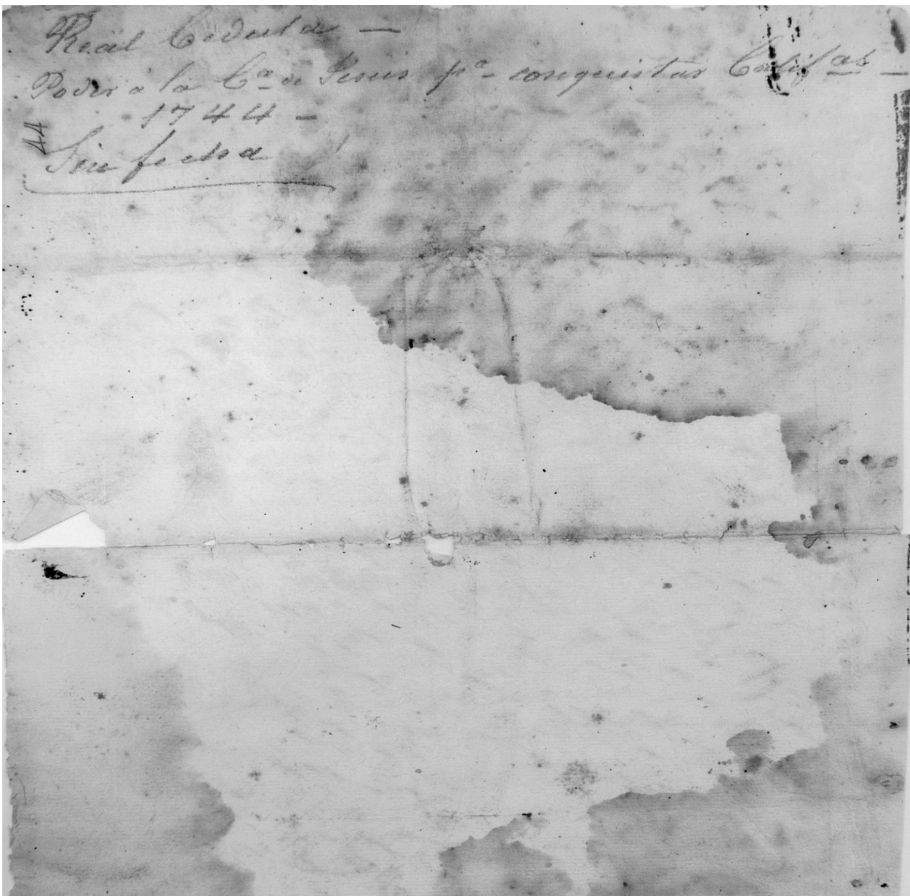
- León-Portilla, Miguel. *La California mexicana. Ensayos acerca de su historia*. UNAM, México, 2000.
- \_\_\_\_\_. *Cartografía y crónicas de la Antigua California*, UNAM, Fundación de Investigaciones Sociales A. C. , México, 1989.
- \_\_\_\_\_. *El Camino Real y las misiones de la península de Baja California*. CONACULTA-Instituto Nacional de Antropología e Historia, México, 2008.
- \_\_\_\_\_. “Baja California: una geografía de la esperanza”, incluido en “Misiones jesuitas”, *Artes de México*, No. 65, junio de 2003, México.
- Leroi-Gourhan, André. *Gesture and speech*. Massachusetts Institute of Technology, Cambridge, Massachusetts, 1993.
- Lotman, M. Yuri. *La semiosfera I. Semiótica de la cultura y el texto*. Ediciones Cátedra, Madrid, 1996.
- Loyola, Ignacio de, *Obras. Edición manual*, transcripción, edición y notas de Ignacio Iparaguire, Biblioteca de Autores Cristianos, Madrid, 1977.
- Lucero, Manuel, *Loreto y los jesuitas. Los soldados de Loyola en la Antigua California, 1697-1768*, Gobierno del estado de BCS-CONACULTA, La Paz, 2012
- Lugones, Leopoldo, *El imperio jesuítico*, CONACULTA, México, 2013.
- Martínez, Pablo L. *Historia de Baja California*. Editorial Baja California, México, 1956.
- Mathes, Michael. *Californiana III, Documentos para el conocimiento de la transformación colonizadora de California, 1697-1698*. José Porrúa Turanzas, Madrid, 1974.
- Mathes, Michael. *Baja California: a special area of contact and colonization, 1535-1697*. Editado por H. D. Thomas. Vol. 1, Smithsonian Institution Press, Ashington, 1989.
- María, Carlo, cardenal Martini, “Los ejercicios y la educación estética”, en “Arte y espiritualidad jesuitas I, Principio y fundamento”, *Artes de México*, No. 70, junio de 2004, México.
- Meighan, Clement W. “Prehistoric rock paintings in Baja California.” *American Antiquity* 31, 1966, pp. 372-92.

- Meyer de Stinglbamber, Bárbara y Carlos Lazcano Sahagún. *Iglesias de la Antigua California: fachadas y retablos del siglo XVIII*. Instituto Nacional de Antropología e Historia, México, 2008.
- Meyer de Stinglbamber, Barbara. *Arte sacro en Baja California Sur, siglos XVII-XIX: objetos de culto y documentos*. Instituto Nacional de Antropología e Historia-CONACULTA, Gobierno del estado de Baja California Sur, 2001.
- Pícolo, Francisco María. *Informe del estado de la nueva cristiandad de California*. Editado por J. Porrúa Turanzas, Madrid, 1962.
- Plazaola, Juan, *Ignacio y el arte de los jesuitas*, Ediciones Mensajero, Madrid, 2003.
- Pozzo, Andrea, *Perspective in architecture and painting: reprint of the English-and-Latin edition of the 1693 "Perspectiva pictorum et architectorum"*, Nueva York, Dover, 1989.
- Ramenofsky, Ann Felice. *Vectors of death: the archaeology of european contact*. University of New Mexico Press, Albuquerque, 1987.
- Rodríguez Tomp, Rosa Elba. *Los límites de la identidad. Los grupos indígenas de Baja California ante el cambio cultural*. Gobierno del estado de BCS, La Paz, 2006.
- Sale, Giovanni. *Ignacio y el arte de los jesuitas*, traducción de Enrique Hurtado García, Ediciones Mensajero, Madrid, 2003.
- Salvatierra, Juan María, *La fundación de la California jesuítica. Siete cartas de Juan María Salvatierra, S. J. (1697-1699)*, edición, introducción y notas de Ignacio del Río, estudio biográfico a cargo de Luis González Rodríguez, UABCS, La Paz, 1997.
- Tapia Landeros, Alberto. "Algunos geosímbolos de Baja California. Identidad y memoria colectiva en la ruralidad." En *Revista Culturales*. Mexicali, julio-diciembre, 2009.
- Thomas, Julian. "The politics of vision and the archaeologies of landscape." En *Landscape: politics and perspectives*. Editado por B. Bender, Berg Providence/Oxford, 1995, pp. 19-47.
- Uriarte, María Teresa. *Historia y arte de la Baja California*. UNAM, México, 2013.
- Venegas, Miguel, *Noticia de la California y de su conquista temporal y espiritual hasta el tiempo presente*, Editorial Layac, México, 1944.

## Anexos

### Anexo 1

Real Orden a favor del Provincial Jesuita de México para iniciar la conquista espiritual y temporal de las Californias. (Incompleto) Año 1744. Legajo 12; Documento 1. Nota: Documento bajo resguardo Legajo Núm. 23, Archivo Histórico Pablo L. Martínez (AHPLM).







Yo EL REY - Por mandado de sus nobres  
 Fernando Quinto - Señalado con tres Rubricas  
 1  
 D. P. Pico & la Compañia de Jesus de la P. de M.  
 participandole la Oñ, que se da al Vnaxey de la Nueva España  
 para que ponga en practica la Congrua Espiritual y Temp  
 ral de las Californias; y encargandole que por su parte concuerde  
 año 1744 este yncerto, en la forma que se representa conegido a V. M.  
 margen dice: Oficio dup-  
 do

GOBIERNO DE LA CALIFORNIA SUR  
 Estado de México

ARCHIVO HISTÓRICO DE LA CALIFORNIA SUR  
 PABLO I.

AÑO 1744  
 LEGAJO NUMERO 12  
 DOCUMENTO NUMERO 1

# 26.610

Paleografía del documento que le antecede.

ARCHIVO HISTORICO "PABLO L.MARTINEZ"  
LA PAZ, B. CFA. SUR

CARTA DEL REY FELIPE V DE ESPAÑA DIRIGIDA AL VIRREY DON AGUSTIN PEDRO  
CEBRIAN, CONDE DE FUENCLARA, EN EL AÑO DE 1744.

ORDEN PARA LA EVANGELIZACION DE LAS CALIFORNIAS.

El Rey Venerable devoto Padre Provincial de la Compañía de Jesús de la provincia de México, con motivo de las noticias recibidas en mi Consejo de las Indias de lo acaecido en el año de 1735 en el levantamiento de los indios de las naciones llamadas de Pericú y de Guaycura en la provincia de las Californias, se han visto y examinado con la mayor exactitud y diligencia los antecedentes que pasan en él y han causado el origen progreso y estado actual de la conquista Espiritual y Temporal de la referida provincia, y se ha reconocido que habiéndose intentado desde el año de 1523 por Don Fernando Cortés, Marqués del Valle y Primer Virrey de esas provincias y después por algunos de sus sucesores y por otros sujetos particulares en varios tiempos, con grave dispendio del real erario, nunca pudo tener efecto por los desgraciados sucesos que sobrevivieron y por las insuperables dificultades que se encontraron, sin embargo de que estimulaba tanto a la meditada conquista, la fertilidad y abundancia de aquella provincia y la inclinación y docilidad que se reconocía en sus naturales para recibir y abrazar nuestra Santa Religión Cristiana y la vida civil y política como (entre otros misioneros Jesuitas) lo reconocieron los R.P.<sup>s</sup> Juan María de Salvatierra y Eusebio Francisco Quino.

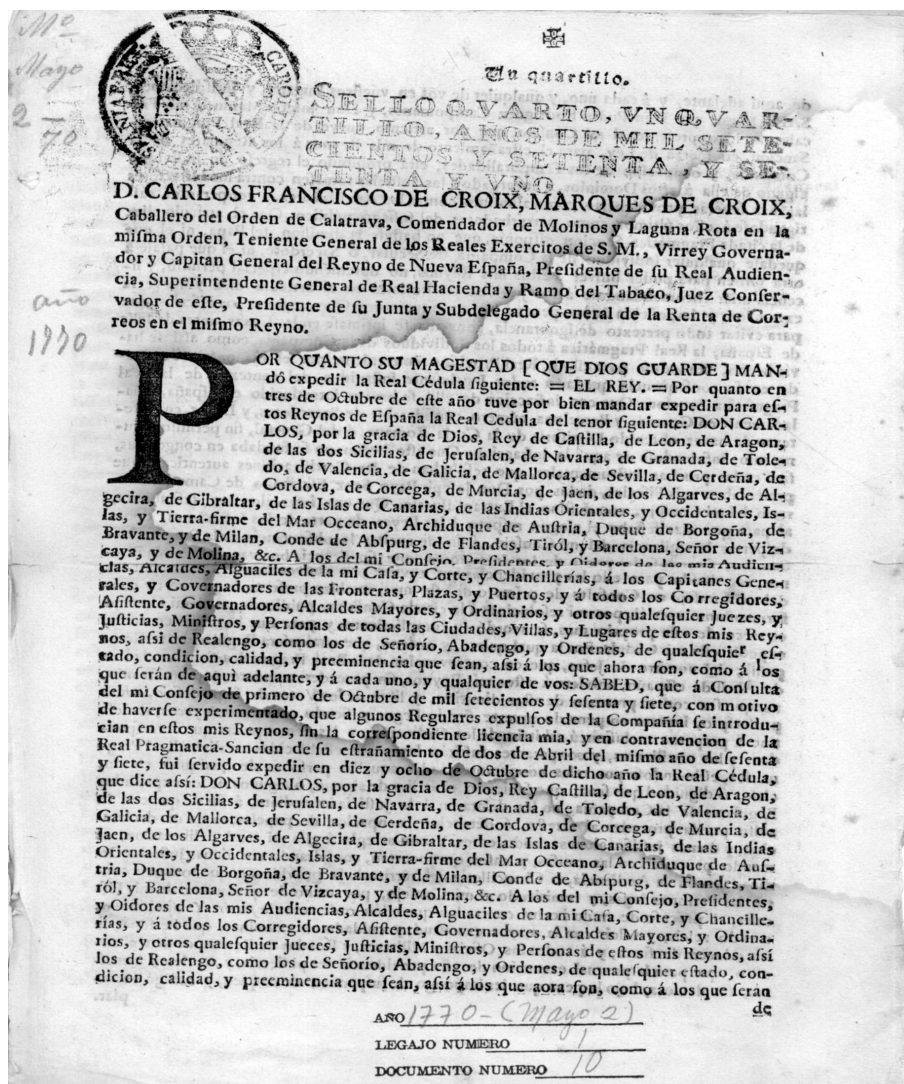
En el año de 1698 y con mayor individualidad y distinción el Padre Francisco María Pícolo en el de 1716 en el cual se hallaban ya muy adelantadas aquellas misiones y conversiones por medio de los individuos de vuestra misión que son los únicos que se han dedicado a ellas y por el de las limosnas de los fieles, contribuyendo también nuestra Real Hacienda a esta grande obra con el cuidado efectivo de trece mil pesos

al año desde el de mil setecientos y tres destinados especialmente a la manutención de la escolta de las misiones y de la tripulación del barco que desde la costa de Sinaloa conduce los misioneros a ella, con cuyo conocimiento tratándose en el referido mi consejo del modo con que se podría acabar de conseguir esta conquista y teniendo presente lo que con este motivo informaron la contaduría del Padre Pedro Ignacio Altamirano; Procurador General de la Compañía de Jesús por sus provincias de las Indias y especial de las misiones de las Californias y otros sujetos de vuestra misma religión inteligentes y prácticos en aquellas conversiones y lo que sobre todo expuso mi fiscal, considerando lo mucho que importa el que se apliquen desde luego los medios más eficaces y oportunos para acabar de reducir al gremio de la Santa Iglesia y a mi dominio la enunciada provincia de las Californias, cuya fructuosa empresa se ha malogrado tantas veces no obstante lo mucho que la promovieron en su Católico celo mis gloriosos predecesores y los Virreyes de esas provincias sin haberse podido asegurar hasta ahora un palmo de tierra estable en su basto territorio, se me ha propuesto que para su más pronto y cumplido logro debe ser la base fundamental y sólida la conversión de aquellos naturales a nuestra Santa fé por medio de los propios.

Yo el Rey. Por mandato del Rey nuestro Señor, Fernando Treviño= Señalado con tres rúbricas= al Padre Provincial de la Compañía de Jesús de la provincia de México participándole la orden que se dá a el Virrey de la Nueva España para que ponga en práctica la conquista espiritual y temporal de las Californias y encargándole que por su parte concurra a este intento en la forma en que se expresa = corregido al margen dice: oficio duplicado.

## Anexo 2

Cédula de expulsión de los reinos españoles a los Jesuitas, emitida por Carlos III el 18 de octubre de 1767; (1770. México, mayo 02) Vol. 1; Documento 10. Aspecto Político, Archivo Histórico Pablo L. Martínez (AHPLM).



de aquí adelante, y á cada uno, y qualquier de vos en vuestros Lugares, y Jurisdicciones: SABED, que por Don Pedro Rodriguez Campomanes, y Don Joseph Moñino, mis Fiscales, se hizo presente al mi Consejo, que por artículo nueve de la Real Pragmatica-Sancion, en fuerza de Ley, para el estrañamiento de mis Reynos á los Regulares de la Compañía, y ocupacion de sus Temporalidades, está prohibido el regreso de Individuo alguno de ella á estos Dominios, y encargado á las Justicias tomasen contra los Infractores las mas severas providencias, como asimismo contra los Auxiliadores, y cooperantes, castigandose á estos últimos como perturbadores del sosiego público: Que el artículo diez de la citada Pragmatica-Sancion disponía, que no bastase la dimision del Papa, ni el que quedase qualquier Individuo de la Compañía de Secular, ó Sacerdote, ni el que pasase á otra Orden para poder bolver á estos mis Reynos, no obteniendo especial permiso, y licencia mia: encomendandose á las Justicias territoriales en el artículo diez y nueve la execucion, y imposición de las penas á los contraventores: Que creyeron los Fiscales, que para evitar todo pretexto de ignorancia, convenia se intimase en las Caxas, antes de salir de España, la Real Pragmatica á todos los Individuos de la Compañía, como así se havia hecho, librandose para ello la Real Provisión conveniente por el mi Consejo: havien-do en su consecuencia quedado todos legalmente instruidos del contexto de la Real Pragmatica-Sancion: Que con infraccion de ella, se havian introducido en España, señaladamente en Gerona, y Barcelona, número considerable de Sacerdotes, y Legos, con pretexto de haver obtenido Dimisoria de la Curia Romana, ó del General, sin permiso alguno mio, infringiendose de aquí la infraccion: Que este hecho no se fundaba en congeturas, sino en las pruebas instrumentales, que resultaban de las Certificaciones autenticas, que presentaban mis Fiscales, dadas por Don Joseph Payo Sanz, Escribano de Camara honorario del mi Consejo, con destino al Extraordinario: Que una infraccion tan descubierta, al paso que manifiesta el ningun respeto á las Leyes de parte de los Infractores, debía despertar la vigilancia del mi Consejo, á fin de excitar la observancia de la Pragmatica-Sancion, fixandose las penas de los Infractores, que sin licencia buelvan á estos mis Reynos, acordando para ello las providencias que conviniere por conveniencia: Y visto por los del mi Consejo en Consulta de primero de este mes, me hizo presente su parecer; y conformandome con él, por mi resolucion á la citada Consulta, publicada en el mi Consejo en trece de este proprio mes, se acordó su cumplimiento; y para que le tenga en todo, expedir esta mi Cédola: Por la qual quiero, y ordeno, que qualquiera Regular de la Compañía, del nombre de Jesus, que en contravencion de la Real Pragmatica-Sancion de dos de Abril de este año, bolvere á estos mis Reynos, sin preceder mandato, ó permiso mio; aunque sea con el pretexto de estar dimitido, y libre de los Votos de su profesion, como proscripto, incurra en pena de muerte siendo Legos; y siendo ordenado *in sacris*, se destine á perpetua reclusion, á arbitrio de los Ordinarios, y las demas penas que correspondan, y los auxiliantes, y cooperantes sufriran las penas establecidas en dicha Real Pragmatica, estimandose por tales cooperantes todas aquellas personas de qualquier estado, clase, ó dignidad que sean, que sabiendo el arbitrio de alguno, ó algunos de los expresados Regulares de la Compañía, no les delataren á la Justicia inmediata, á fin de que con su aviso pueda proceder al arresto, ó detencion, ocupacion de papeles, toma de declaracion, y demas justificaciones conducentes: Y con arreglo á esta mi Real deliberacion, os mando procedáis en las causas, y casos que ocurran, consultando vos dichas Justicias Ordinarias con la Audiencia, ó Chancillería del territorio la providencia que tomareis contra las Personas legas, y remitiendo al mi Consejo, por mano de qualquiera de mis Fiscales, el proceso de nudo hecho contra los que estén ordenados *in sacris*: Y asimismo os mando veleis, y veleis con la mayor exactitud, y cuidado en examinar, que Personas se introducen de fuera, y á todos los Oficiales Militares, y Rondas de Rentas, os den el auxilio, que para la puntual execucion de esta providencia les pidieris, y huvieris menester, sin demora, bajo la pena que les impongo de suspension de empleo, y castigo exemplar.

CASA

ORDEN DE LA REAL

ORDEN DE LA REAL

plar. Y para que llegue á noticia de todos esta mi Real Resolucion, la hareis publicar por Vando con todas las solemnidades acostumbradas, por convenir así á mi Real Servicio, bien de estos Reynos, y ser así mi voluntad; y que al traslado impreso de esta mi Cédula, firmado de Don Ignacio Estevan de Higareda, mi Secretario, Escribano de Camara mas antiguo, y de Gobierno del mi Consejo, se le dé la misma fé, y crédito, que al original. Dada en San Lorenzo á diez y ocho de Octubre de mil setecientos y sesenta y siete. YO EL REY. = Yo Don Joseph Ignacio de Goyeneche, Secretario del Rey nuestro Señor, le hice escribir por su mandado. = El Conde de Aranda. Don Juan de Lerín y Bracamonte. Don Jacinto de Tudó. Don Gomez Gutierrez de Tordoya. El Marqués de San Juan de Tafó. *Registrada.* Don Nicolas Verdugo. *Teniente de Canciller Mayor:* Don Nicolas Verdugo. = Y no obstante esta literal prohibicion, se ha tenido noticia de que se van introduciendo en el Reyno algunos Regulares esparcidos con Pasaportes, y pretextos, con cuyo motivo por mis Fiscales Don Pedro Rodriguez Campomanes, y Don Joseph Moñino, se hizo presente al mi Consejo, en el Extraordinario, lo preciso que era en el día renovar la publicacion de la citada mi Real Cédula, encargando á todas las Justicias su puntual cumplimiento, y estendiendola á mis Dominios en las Indias, con las demas providencias, que el mi Consejo estimáre: Y havindose visto en el mi Consejo Extraordinario, en Consulta de veinte y dos de Agosto proximo pasado me hizo presente su parecer; y por mi Real Resolucion, que fue publicada, y mandada cumplir, así en el citado mi Consejo Extraordinario, como en el mi Consejo Real, en diez y seis, y veinte, y dos de Septiembre proximo (entre otras cosas) se acordó expedir esta mi Cédula: Por la qual os mando, que luego que la recibais, veais la Real Cédula, que en esta va incerta, expedida por mi en diez y ocho de Octubre de mil setecientos y sesenta y siete, y la guardéis, y cumplais, y hagais guardar, cumplir, y executar en todo, y por todo, segun, y como en ella se contiene, ordena, y manda, sin permitir la menor contravencion en manera alguna; y os encargo muy particularmente á vos todos los Capitanes Generales, y Gobernadores de las Fronteras, Plazas, y Puertos de estos mis Reynos, zeleis con la mayor exactitud sobre las Personas que entran en ellos, no solo reconociendo los Pasaportes, sino informandoos de las circunstancias, citadas, exercidas, y de otras que traen, y lo mismo executareis vos los Corregidores, Alcaldes Mayores, y todas las Justicias del Reyno, é Islas adyacentes, executandose lo mismo en mis Dominios de las dos Americas, escusando dar Pasaportes sin formal conocimiento del Sugeto que le pide, y con asignacion precisa de Itinerario, para evitar que vaguen, quedando á todo responsables vos las Justicias respectivas: Y tambien os encargo á vos los Presidentes, Regentes, y Oidores de las mis Chancillerias, y Audiencias, cuideis en vuestros respectivos distritos del cumplimiento de la citada Real Cédula, velando sobre las Justicias, y evitando las omisiones que puedan experimentarles en la inteligencia, de que el delito de qualquier contravencion en este punto, y su castigo, es tanto mas de vuestro cargo, que los demas que se cometieren contra las Leyes del Estado. Y para que llegue á noticia de todos esta mi Real Resolucion, la hareis publicar por Vando vos dichas Justicias, con todas las solemnidades acostumbradas, por convenir á mi Real Servicio. Que así es mi voluntad; y que á el traslado impreso de esta mi Cédula, firmado de D. Ignacio Estevan de Higareda, mi Secretario, Escribano de Camara mas antiguo, y de Gobierno del mi Consejo, se le dé la misma fé, y crédito, que á su original. Dada en San Ildefonso á tres de Octubre de mil setecientos y sesenta y nueve. YO EL REY. = Yo Don Joseph Ignacio de Goyeneche, Secretario del Rey nuestro Señor, le hice escribir por su mandado. = El Conde de Aranda. Don Francisco Lofella. Don Phelipe Codallos. Don Gomez de Tordoya. Don Manuel Ramos. *Registrada.* Don Nicolas Verdugo. *Teniente de Canciller Mayor:* Don Nicolas Verdugo. = Y siendo mi Real Animo, que se estienda las providencias, que comprende la preincerta Real Cédula, á mis Reynos de las Indias, y Islas adyacentes: He resuelto, á Consulta de mi Consejo de aquellos Dominios, de veinte y cinco del proprio mes de Octubre, que se publique, y cumpla en ellos en todas sus partes. Por tanto, ordeno, y man-



En quartillo.  
SELLO QVARTO, VN QVARTILLO, AÑOS DE MIL SETECIENTOS Y SETENTA, Y SE.

mando á mis Virreyes del Perú, Nueva España, y Nuevo Reyno de Granada, á los Presidentes, Oidores, y Jueces de las Audiencias de aquellos Distritos, y del de Philipinas, á los Gobernadores, y demas Ministros, Jueces, y Justicias de ellos, y Islas adyacentes, y ruego, y encargo á los Muy Reverendos Arzobispos, Reverendos Obispos, Provifores, Cabildos en Sede-vacante de sus Iglesias, á los Provinciales, y Prelados Locales de las Religiones, y otros qualesquiera Jueces Eclesiásticos de ellos, á quienes en todo, ó parte tocare el cumplimiento de lo dispuesto en la preincerta Real Cédula, que cada uno, en la parte que le pertenezca, y corresponda á sus respectivas facultades, observen puntualmente su contenido, publicando por Vando quanto se previene en la misma Real Cédula, para que lleve á noticia de todos la renovacion de las penas impuestas en la de once de Noviembre de mil setecientos y setenta y siete contra los nominados Regulares de la Compañia, aunque esten dimitidos, que se introduzcan en estos, y aquellos Reynos, y contra los que les auxiliaren, ó encubrieren con aperebimiento, de que no cumpliendo lo que se manda, y justificada su inobservancia, serán rigurosamente castigados con las mismas penas, cuidando tambien mis Virreyes, Gobernadores, Oficiales Reales, y demas Jueces, y Justicias de los Puertos de aquellos Dominios, del exacto cumplimiento de lo que se dispone, en quanto á Pasaportes, y asignacion precisa de Itinerarios, informando unos, y otros al ex- prefado mi Consejo de las Indias en pliegos separados, y por mano de mi infracripto Secretario, de todo lo que haya ocurrido, y estando muy á la mira del puntual cumplimiento de este importantísimo encargo, pues de su contravencion, incurrirán en mi Real defagrado, y en las demas penas que correspondan, por ser así mi voluntad. Fecha en Madrid á nueve de Diciembre de mil setecientos y setenta y nueve. YO EL REY. = Por mandado del Rey nuestro Señor: Don Thomas del Molino. = Por mi vilita, y obedecida en Decreto de veinte, y cinco de Abril proximo pasado. Por el presente mando se guarde, cumpla, y execute lo prevenido, y ordenado por S. M. y á los Jueces, y Justicias de esta Governacion el que cuiden, y celen el exacto, y puntual cumplimiento de lo que se dispone, sin permitir la menor contravencion en manera alguna bajo las penas que en ella se contienen, y expresan, las que irremisiblemente se executarán en los contraventores: y para que llegue á noticia de todos, y por ninguno de los Havitantes de esta Ciudad, y demas del Reyno se alegue ignorancia mando asimismo se publique por Vando en la forma acostumbrada, y que se fixe un tanto de este Despacho en las partes, y Calles que es este. México dos de Mayo de mil setecientos y setenta.

El Marques de Croix.

N.º 23  
Sobrelacopilacion  
delos Testamentos  
Por mandado de su Excia.  
Juan P. de S. J. O. J.

N.º 12.

V. Excia. manda se guarde, cumpla, y execute lo ordenado, y prevenido por S. M. en la Real Cédula incerta, y á las Justicias de este Reyno celen, y velen su puntual, y debido cumplimiento en la forma, y bajo las penas que incluye.

# Contenido

<b>Introducción</b> .....	7
California y su épica.....	7
Los jesuitas en su época .....	11
Las misiones y sus visiones.....	16
<b>Juan María de Salvatierra</b> .....	23
Carta de Salvatierra al padre Juan de Ugarte .....	27
<b>Miguel Venegas</b> .....	57
<b>Historia natural</b> .....	63
Del nombre, situación y extensión de la California .....	63
Descripción de la tierra de la California, y sus calidades.....	65
De la antigua falsa religión de los californios.....	68
Crónica.....	80
Mueren por Cristo los padres Carranco y Tamaral, líbrase el padre Taraval de sus manos y se pierden cuatro misiones .....	84
<b>Miguel del Barco</b> .....	93

<b>Historia natural</b> .....	99
De las diversas naciones y lenguas que pueblan l a California.....	99
Del carácter y costumbres de los californios, y de su gobierno en paz y en guerra .....	108
De la antigua falsa religión de los californios.....	115
Crónica.....	118
<b>Juan Jacobo Baegert</b> .....	125
<b>Historia natural</b> .....	129
De California en general, su carácter, clima y productos.....	129
De la posición, longitud, latitud y extensión de California, así como del Golfo de California .....	131
Del calor, del frío y de las cuatro estaciones del año en California.....	134
De la lluvia y otras aguas en California .....	135
De las cualidades, fertilidad y aridez de la tierra en California.....	137
De los matorrales y espinas.....	139
De las sabandijas de California .....	140
De las minas y perlas en California.....	142
De los habitantes de California.....	145
De las habitaciones de los californios .....	148
De la indumentaria de los californios.....	149
De los bienes y utensilios, ídem del trabajo y actividades de los californios .....	151
De los alimentos, arte culinario y glotonería de los californios .....	152

De los matrimonios y crianza de los niños entre los californios .....	155
De las enfermedades y medicinas de los californios; cómo mueren y cómo se entierran .....	158
Del carácter, costumbres y naturaleza de los californios .....	160
De ciertas costumbres y modo de vivir de los californios .....	164
<b>Bibliografía</b> .....	171
<b>Anexos</b> .....	175

*La California jesuita*  
(*Salvatierra, Venegas, del Barco, Baegert*)

Se terminó de imprimir en Formas e Imágenes, S.A. de C.V. en noviembre de 2016.  
La impresión de interiores se realizó en papel Cultural de 90 gr.  
Impresión de forros en cartulina Couché de 300 gr.  
Su tiraje consta de 500 ejemplares.